



se

# EL LIBRO DE LA VIDA DOLIENTE: DEL HOSPITAL



Manuel  
Ciges  
Aparicio

Lectulandia

La secuencia de los hechos que nos relata Ciges en la tetralogía no coincide con la publicación de los libros. Los correspondientes a este, su segundo libro por orden de publicación, habría que situarlo, temporalmente, dentro de su tercer libro.

El relato de la tetralogía se inicia con su ingreso en el Ejército como recluta en Barcelona, su primera experiencia bélica en la Campaña de Melilla en el otoño de 1893 y las grandes maniobras de 1894 en Manresa —todo ello relatado al inicio del *Libro de la crueldad* (1906)— hasta su ingreso en el hospital en mayo de 1895 —relatado en este que nos ocupa.

Una enfermedad le obliga a ingresar en el hospital de Manresa y después en el Militar de Barcelona en 1895, ya con el grado de sargento, para curarse un herpes en los brazos. De aquella circunstancia nace *El libro de la vida doliente: Del hospital*, publicado en 1906, que es una denuncia de la hipocresía y la opresión que las monjas cuidadoras ejercían sobre los enfermos, de las cuales se salva sólo la figura angelical de sor María de los Ángeles, no se sabe bien si es real o ficticia, porque con Ciges no siempre es fácil saber dónde acaba lo autobiográfico y dónde comienza la ficción.

Al poco de volver al servicio, recuperado de su enfermedad, es enviado con su unidad a Cuba para participar en la Guerra de Cuba, hechos relatados en la cuarta parte del *Libro de la crueldad*, hasta que es arrestado en la prisión habanera de la Cabaña —relatado en el *Libro del cautiverio* (1903).

Finalmente, sus experiencias en el mundo del periodismo y de la política son relatadas en su último libro, el *Libro de la decadencia* (1907)

**Lectulandia**

Manuel Hilario Ciges Aparicio

**El libro de la vida doliente: del  
hospital**

**Los cuatro libros 2**

ePub r1.0

emiferro 03.04.2019

Título original: *El libro de la vida doliente: del hospital*  
Manuel Hilario Ciges Aparicio, 1906  
Diseño de cubierta: emiferro

Editor digital: emiferro  
ePub base r2.0



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

M. CIGES APARICIO

EL LIBRO DE LA VIDA DOLIENTE

# Del Hospital



Preço: 3 pesetas

**El libro de la vida doliente**

---

**Del Hospital**

---

---

---

---



*Portadilla interna de la edición de 1906*

El libro de la vida doliente

# Del Hospital

POR

**M. Ciges Aparicio**



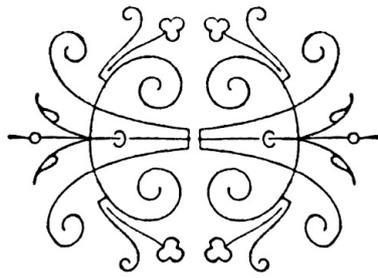
MADRID

---

*Portada interna de la edición de 1906*

Á  
Sor María de los Angeles

¡Salus infirmorum!



# Del Hospital

---

## I[a]

Fué una mañana de Abril cuando barrunté los primeros síntomas de la enfermedad. Aquella picazón asidua, más insistente cuanto mayor placer recibía frotándome en los espacios interdigitales, me llenó de secreto terror. Era la segunda vez que en cuatro años padecía el repugnante mal de las personas desaseadas.

La primera fué en mi pueblo, durante la plenitud del estío. En una alberca de dormidas y asoleadas aguas solía bañarme con un amigo al decaer la tarde. Cierta día nos encontramos á un anciano que, á pesar de cubrir sus carnes con blancos calzoncillos y holgada blusa azul, ponía gran cuidado en recatar bajo la turbia llanura de las aguas estancadas. El picante sarpullido que una semana después hizo su aparición en nuestras manos, hízonos saber que estábamos inoculados del sucio mal que en el baño fué á curarse el viejo.

Los remedios que contra esa enfermedad de la piel suelen dictar los médicos, surtieron feliz y pronto efecto en mi compañero. Yo no fuí tan dichoso. El agua de colonia y el jabón, el recio estropajo y la untuosa pomada de Elmerich, parece que sólo servían de alimento y propagación al mal. De un salto se me agarró á entrambas piernas, sin dejar de morderme en los dedos. Al mes y medio de recibir el inolvidable baño, apenas podía sostenerme sobre las columnas tumefactas de mis piernas: á los dos meses mis piernas eran llagas

vivas que daban grima á quien las veía. Otro mes pasó, y el mal iba en alarmante progresión.

Ni podía salir del cuarto, ni podía ponerme los pantalones, que eran harto angostos para no sentir al rozar en la carne llagada, molestias y dolores lacerantes. Sobre la densa capa de amarillo unguento, algodones y anchas bandas de lienzo me preservaban de los contactos exteriores. Si quería ponerme en pie, la sangre afluía colérica y agresiva hacia las partes enfermas, suscitando ardientes punzadas que me obligaban á caer vencido en el sillón. Sentado en él ó tendido en la cama, asistía al angustioso desfilar de las uniformes semanas, leyendo catorce y quince horas diarias á mis autores predilectos. Entonces me familiaricé con Séneca y Marco Aurelio.

En aquella época profesaba ya la máxima de que se debe ser estóico en los tiempos adversos, y epicúreo en las horas prósperas. A compás de los sucesos infelices de mi vida, he ido leyendo y releendo á los discípulos de Zenón, y sólo una he cultivado por curiosidad el trato de Lucrecio. Por mucha admiración que la filosofía estóica me inspire, creo que la amistad de Epicuro debe ser más eficaz para sonreír á la dicha, que las severas sentencias de Marco Aurelio y Séneca para recejar los empujes del dolor. No niego que en muchas ocasiones apuradas he sentido la inmunidad de los fuertes filósofos, sobre todo cuando mi ánimo ha estado repuesto; pero si la desdicha facinerosa me ha acosado con todos sus fieros, más consuelo y fortaleza he hallado en el maldecir que en el filosofar.

Maldiciendo y filosofando pasaba los soles, cuando por mi bien vino al cuarto una bruja entrometida, de esas que á cada enfermo arbitran un filtro que á veces mata y en ocasiones sana. Verme y asegurar que en cinco días estaría curado, fué excesiva lisonga para que yo la creyese. Al sexto de hacerme esta promesa, andaba ufano y rozagante por mi pueblo.

Ahora era en el Cuartel donde segunda vez quería manifestarse la enfermedad astrosa. No me sorprendió, porque el aseo sólo es aparente en los soldados, La limpieza que recomienda la Ordenanza y se impone á bofetadas, refiérese al traje y á los arreos militares. El soldado que más lucientes lleva los botones y el correaje más lustroso, reúne mayor número de probabilidades para no prestar servicio y obtener destino en el Cuartel ó en la plaza. El militar pulquérriero renueva sus ropas interiores de ocho en ocho días, y sólo una vez al mes le ordenan que

ponga lienzos limpios á la cama. Entre tanto, las sábanas tachadas de betún y pasta roja, pasan de lecho en lecho, adhiriéndose de noche á distintos cuerpos que han estado siempre en divorcio con el baño. Así se propagan la tiña astrosa y la picante sarna. El tardo parásito, que se nutre y prolífica en la ruindad, cambia de morada con el cabezal ó la manta. En estos trasiegos de ropas debí recibir los gérmenes de la enfermedad.

Apenas sentí los primeros escozores en la piel, dime buena prisa en disponer el remedio que antaño me administró la vieja á expensas de mis huesos. Primero tejí un grueso cordón de lana, y luego lo empapé en aceite, hurtándolo al farol de la guardia. En la tapa de mi marmita deposité un real de tembloroso azogue, y durante media hora estuve zaleando el esponjoso cordón para que las partículas del mercurio se fuesen adhiriendo y filtrando por sus repliegues. Cuando el toque prolongado de la corneta ordenó recogimiento, saqué de la marmita mi pesado cordón, que á la tibia luz del dormitorio parecía rico cingulo entretegido de inquieta y fastuosa perlería, y me lo ceñí á la cintura. Al arrancarme la enérgica diana á las blanduras del sueño, la mitad del mercurio se había desprendido del artificioso lazo que lo retuviera, y cada oquedad del jergón servía de lecho á las partículas emancipadas. Con la mano hundí vigorosamente el centro, y como ríos plateados que se pierden en la mar, el disperso azogue acudió raudo y serpenteante á la honda cuenca para fundirse en una sola masa densa, luminosa, con sus flujos y reflujos. Luego cogí de un extremo la sábana, y sacudiéndola fuertemente, volqué aquella imagen reducida del Océano, que se deshizo en innumerables chispas rodadoras, nerviosas, refulgentes.

Tranquilo esperé el siguiente día en que habría de notar los primeros efectos curativos con la manifestación de un punto negro en la corona de cada grano; pero pasó una semana, y en lugar de iniciarse la mejoría, nuevos granos y escoriaciones nuevas aparecieron en los espacios interdigitales de mis manos. Cuando el cingulo hubo perdido la suavidad del óleo y el mercurio que no absorbió mi cintura pudo escapar á la mañosa atracción de la lana, yo debía estar curado; pero mi mal era persistente, y mis muñecas siempre escuetas, empezaban á adquirir alarmantes redondeces. Sin reparar en la ulterior influencia sobre mi organismo, volví á empapar de aceite el cordón ventral y á cubrirlo enseguida con profusa capa de azogue; pero otra vez volvió á

secarse sin más efecto perceptible que el grosor de mi muñeca, de donde el mal empezaba á rampar por el antebrazo haciéndome sufrir acerbísimos dolores. Viendo que la enfermedad había conquistado ambos brazos, resolví que me examinase el médico, pues empezaba á sospechar que el mal fuese distinto.

En un libro de maldades y muertes he hablado de cierto médico que todo pretendía curarlo con quinina. El que á la sazón prestaba sus servicios en el Cuerpo era otro emulo del doctor Sangredo, que á cuantos enfermos iban al reconocimiento les prescribía el empleo del agua boricada. Yo no había de constituir excepción. Viendo mis brazos duros é inyectos, díjome risueño y tranquilo:

—Eso no es nada. Báñelos varias veces diarias con agua boricada, y dentro de dos semanas estará curado.

Mejor que remedio parecía el agua fomento del mal. Ríos de fuego me circulaban por los brazos: ni podía prestar servicio, ni de noche podía dormir. Sólo cuando la lozana aurora derramaba su frescor por el dormitorio aquietando las ardientes punzadas de mi sangre enferma, el cansancio y el sueño aletargaban mi cuerpo; pero al poco rato cantaba la corneta su clara salutación al nuevo día, y con el tráfago cuartelario el sueño volaba como pájaro asustado de mis torpes ojos y el padecer acudía presuroso... ¡Y la robustez de mis brazos progresaba palpablemente!... Donde quiera que fijaba un dedo, por allí parecía que iban á estallar. A un baño sucedía otro, y no más pronto el agua empapaba la piel, cuando el torrente de fuego interior la sorbía ó disipaba.

—¡Doctor, el mar entero no puede apagar este incendio!

Y el médico aseguraba con su imperturbable sonrisa, pródiga de esperanzas:

—¡No se apure! ¡Báñese el brazo en agua boricada, que ya sanará!

Yo observaba su consejo; pero con gran alarma y miedo, veía que mis brazos empeoraban por momentos. Como si el oculto fuego circulante quisiera fundir las carnes que lo aprisionaban y escapar en llamaradas, empezaron á brotarme grandes, tersas ampollas henchidas de un liquido viscoso, que al estallar y verter su contenido me producían en la carne vivos escozores semejantes á hierros recién sacados del brasero. Aquellas ampollas reventadas fueron transformándose en bocas amenazadoras, verdaderos cráteres por

donde surtía abundante cantidad de espesa lava, que así debo llamar á lo que expulsaban los volcanes de mis brazos.

Medio año hacía que en sustitución de un oficial me nombró secretario el Teniente Coronel del Batallón. Mi enfermedad había retrasado el antes puntual servicio de la oficina, y para enterarse de si curaría pronto, fué el jefe á verme. Yo le enseñé mis pobres brazos, acribillados de eczemas, y él me preguntó condolido:

—¿Qué le ha dicho el médico?

—Que me lave con agua boricada.

—¿Nada más?

—Nada mas.

—¿No le ha ordenado ninguna medicación interior?

—Ninguna.

El jefe meditó un instante. Luego me dijo con decisivo acento:

—Es preciso que vaya usted al Hospital. Aquí no se curaría nunca.

Al oír nombrar el Hospital sentí escalofrío. Muy bajo había descendido el antiguo señorito; pero no hasta el extremo de tenerse que curar en los establecimientos adonde van los indigentes... ¡Si el Batallón estuviese en Barcelona!... Allí había Hospital Militar; pero en la pequeña ciudad catalana donde estábamos destacados, tendría que ingresar en un establecimiento civil nutrido de holgazanes y hampones... Tímido, semisuplicante, dije al Teniente Coronel:

—El médico asegura que curaré pronto...

El me interrumpió irónico y reticente:

—Con agua boricada ¡eh!... ¡Al Hospital; al Hospital mañana mismo!

Y como si antes hubiese reparado en mis escrúpulos, continuo:

—En el Hospital se encontrará mejor. Allí hay monjas que le asistan, y yo le recomendaré para que nada le falte. Sobre que usted no va de solemnidad: de su paga abonará el Cuerpo seis reales por estancia, y es posible que le den cama en la sala de distinguidos.

Y he aquí porqué durante cinco meses, tuve que gemir en el Hospital, donde los anhelos más poderosos de vida desfallecen, viendo á todas horas del día cómo la materia se pudre y la inteligencia se apaga.

## II

El doctor extendió al siguiente día mi baja, y por la tarde marché al doliente establecimiento con los brazos en cabestrillo, amohinado el ánimo.

Era domingo, segundo de Mayo pomposo, y el aire vital de la tarde batiéndome blandamente el rostro, evocó en mi pecho apocado ansias caudalosas de libertad y grandezas siempre apetecidas y jamás logradas. El látigo odioso de la necesidad me ha retenido en dura servidumbre. Yo quisiera gozar media vida del campo y otra media del mar; sentir los íntimos latidos de la Naturaleza y la plenitud cósmica en mi Yo autónomo; renovar de tiempo en tiempo el heroico espectáculo de la tempestad, observando con entusiasmo y terror cómo los escuadrones asaltantes de las olas recorren el barco en clamorosas cargas, lo levantan y lo hunden hasta tocar sus bordas en el férvido Océano, que se retuerce, retumba y brama alargando sus sibilantes lenguas lívidas y abriendo sus hondas fauces para engullirlo por siempre... Y cuando á espaldas del ciclón sólo queda la mar serena e inmensa poblada de delfines que asoman sus ágiles cabezas para recibir las postreras bendiciones del áureo sol poniente, presentir solitario, religioso y pitagórico el concierto de los mundos en la música inimitable de las rítmicas rodantes olas...

A mitad del camino me detuve dubitativo y triste. Sonaban las siete, y podía disponer de una hora. Vivos deseos de saludar por última vez el campo me hicieron torcer el rumbo, tomando hacia la derecha.

Insigne y feudal sobre escueta peña está la victoriosa Seo dominando la ciudad y el llano. Árboles y plantas la preceden, y una recia baranda impide que la turbación nuble los ojos y el vértigo asesino arroje en el precipicio al espectador que desde la altura otea la extensa campiña ó sorbe el fuerte viento invisible. Al pie de la tajada roca pasa canoro un anchuroso río de pardas aguas, que en su correr continuo difunde alma y fuerzas entre las innumerables fábricas que á

una y otra margen se alzan como puntos negros de dilatado rosario para rezar al Trabajo. La estación del ferrocarril destaca activa más abajo, y allende la estación se extienden pingües los rizados campos adornados de verdor y de primaverales pompas. Sobre dos cintas que rebrillan tortuosas se acerca en rápido deslice un gigantesco reptil sonando sus anillos férreos. Lejano, solitario y fantasmagórico cual una aparición, brota del suelo fornido haz de pétreas estalacmitas, que parece erigirse hasta los cielos: es Montserrat de mil conos. El azul vaporoso de la tarde lo envuelve con delicado velo: el sol lo corona de oro. Tenue neblina empieza á difundirse por la lejanía como el aliento tranquilo del campo en reposo. ¡Es la hora solemne del panteísmo! Serenísima paz agraria puebla el paisaje y se inspira en el alma. La Naturaleza y el Espíritu celebran sus sacros esponsales y dicen misteriosos diálogos. Quien devotamente los escuche podrá interpretar su eleusino lenguaje y conocer la unidad sustancial en que se resuelve todo lo creado.

Realza la obsesionante majestad del momento la gloria de los tiempos modernos que entre alaridos enérgicos y nubes de humo y herrados tumultos se acerca en veloz carrera inspirando ideas de vida briosa y campeadora... Cuando el tren pasa y la calma se restituye, oigo un canto de juventud y amor que tembloroso se eleva desde la orilla del río. Bajo la fronda de los árboles viene un entonado coro de mozas y donceles cantando esta fragante canción de Clavé, que Corominas ha traducido:

La matutina brisa  
del rico estío  
el rocío recoge  
que alienta el río;  
Vengan claveles, rosas  
y pensamientos,  
palabras amorosas  
que lleva el viento.

El sol se esconde tras los montes dejando en el azul del cielo rachas de oro y escarlata. La neblina se hace más densa. Por los distantes campos manresanos fluyen, flotan, giran imprecisas las primeras sombras...

El coro anacreóntico se aloja cantando su dulce canción de juventud y amor:

L'air de matinada

del rich estú  
replega la rosada  
qu'alena el riu.

Antes de abandonar la eximia altura miro por última voz el tren que resoplando galopa entre el fausto de Mayo. Pronto será la noche; pero el gigante de volcánicas entrañas no teme á los nocturnos miedos que conturban nuestras almas cobardes, y con su inflamada pupila, que como el ojo encendido de la inspiración rasga tinieblas y aclara misterios, correrá imponente, clamoroso pasará por los abismos trágicos, invencible superará las ásperas laderas hasta encrestarse sobre la frente de los montes donde sólo señoreaban las nubes vagas ó las perennes nieves.

Compungido me retiro del barandal. El grupo anacreóntico se ha hecho invisible entre la arboleda sombrosa; pero su dulce canción de juventud y amor resuena como un eco en mis oídos, y me persigue zumbando todo el camino:

Vingan clavells y rosas  
y pensaments,  
paraulas amorosas  
que porta 'l vent.

Cuando me acerco al Hospital se abren las puertas de la iglesia adjunta, y entre hálitos suaves de sagrado incienso y alegres poemas de tembladoras faldas, sale muchedumbre de jóvenes luciendo sobre los altos pechos las cintas celestes y el bordado escapulario que anuncian á las Hijas de María. Mis brazos deformes excitan la curiosidad de las bellas, y para escapar á sus miradas inquisitivas que me turban, apresuro el paso y me refugio en el vestíbulo de la temida mansión.

Al místico perfume del incienso sucede ahora el penetrante olor del ácido fénico, amigo de los lugares dañados, que al principio me produce vértigo. Trémulo, pulso en la tachonada puerta y presto atento oído. Nadie me responde: dentro parece reinar quietud imperturbable. Cuando la confusión que ha nublado mis ojos se disipa, veo una cadena que por la pared depende, y de ella tiro.

En el interior suena una campana celosa y alarmante: pasa tiempo, y cuando por segunda vez voy á llamar, la puerta se abre cauta, misteriosa, y entre las tupidas sombras distingo una forma de obsesionadora blancura que me llena de respetuoso temor. Ante la

beata aparición duda mi lengua incrédula, y acaba por formular vencida un piadoso saludo:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Bendito y alabado sea por siempre!

Oigo que me dice la blanca forma con voz cristalina; pero tan fría, que parece venir con un aire de muerte.

Luego se mueve la vaga aparición, acércase á la pared, y brilla de súbito una luz en el centro de la estancia.

—¿Qué se le ofrece, hermano?

Yo le entrego el papel que me otorga derecho á ingresar en el establecimiento: recójelo ella con sus tenues dedos, más deslumbradores que sus tocas, y alejándose dos pasos, hiere la campana con moderado golpe. Sin abandonar la cadena deja que pase un trecho, y vuelve á batir el bronce con prolongado repique. En seguida viene hasta mi contemplándome asiduamente á los ojos con los suyos azules, fríos, inalterables. Su palabra suena precisa y helada:

—Ahora saldrá la Madre Superiora.

¿Es bella? ¿Es hermosa esta mujer de grandes ojos azules, rasgos purísimos y aristocrático perfil? Yo no puedo decirlo: sólo sé decir que si fuese la Eva única, jamás en mi pecho encendería la sagrada antorcha. Sus ojos no tienen la divina serenidad de las vírgenes y los lagos: son profundos como los abismos; gélidos como los mares antárticos. ¿Posee instintos? ¿Siente pasiones bélicas esta mujer inflexible y patricia?... Quizás haya un alma yerta; un corazón cinerario... ¡Pero esos ojos de azul y nieve!... Yo sospecho que esos ojos han de ser terribles y vengadores como los de una Euménide, si la chispa de la ira brilla en ellos.

La Superiora se acerca con remiso andar. Tiene unos cincuenta y cinco años, que han dejado como imborrable estampa algunas arrugas en su rostro. El cuerpo es enjuto y breve: la frente empieza á rendirse sobre el pecho raso. Sus primeras palabras tienen vivos acentos de simpatía y bondad:

—¡Dios le guarde, hijo mio! ¿Qué mal le trae por aquí?

Yo le explico lo mejor posible mi enfermedad, y ella procura tranquilizarme con benigna sonrisa, en que me parece advertir algo chocante, como doblez ó astucia:

—¡Eso no será nada!... Alguna erupción herpética... Depurativos...

Luego se vuelve á la Hermana, y le dice:

—Llame á Sor Eustaquia.

La campana vuelve á sonar alarmante.

Poco á poco se amortigua: las vibraciones se extinguen. Los tres observamos grave y meditativo silencio... Un chiquillo pasa cantando por la calle, y me recuerda el jocundo coro anacreóntico: su dulce canción de juventud y amor, resuena tristemente en mis oídos:

L'airet de matinada  
del rich estíu  
replega la rosada  
qu'alena el ríu.  
Vingan clavells y rosas  
y pensaments,  
paraulas amorosas  
que porta 'l vent.

Cuando se cierre la puerta por donde aún llegan los ecos del mundo, ¿á quién podré decir yo esas dulces mentiras de amor que el viento lleva?... ¿A quién?... ¿A esta Superiora de casta y rugosa ancianidad? ¿A esta Hermana tersa y marmórea? ¿O á esta otra que se acerca, alta y compacta, que en la firmeza del resuelto andar advierte varoniles ímpetus?...

...La puerta se ha cerrado. Ante ella se apagan los últimos clamores de la vida sonante y guerrera... ¡Aquí comienza el taciturno imperio del Sufrimiento, hijo de la Enfermedad y hermano de la Muerte!

### III

Los pasos de Sor Eustaquia suenan tácitos en la fría oscuridad. Los míos evocan ecos secretos que resbalan misteriosamente por la pared y se abisman en negras oquedades. La sala no puede estar lejos; pero el solitario camino que recorro guiado de la enfermera, me parece interminable. En el confín de una galería, que tal vez sea inhabitada estancia, advierto hacia la derecha punzante olor de revueltas medicinas, y una luz remota, cansada y funeraria, como si alumbrase la cámara de algún agonizante. Luego desemboco en un dormitorio penumbroso que tiene adosado á los muros doble y correspondiente fila de lechos discretamente celados con blancas cortinas, que mueve y riza el juguetón airecillo al deslizarse por tres altos ventanales. La idea me corre por la mente de suplicar á la Hermana que me deje en este oasis; pero ella rebasa la extrema puerta en cuyo frontal leo:

#### SALA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

y me conduce al próximo dormitorio.

Lo primero que percibo al trasponer el quicio es el torvo halago de la sala que me recibe enviándome al rostro el beso caliginoso de su aliento putrefacto. La enfermedad y las drogas vagan en impalpables átomos por el tétrico recinto y forman con el humo del tabaco densa calina que al agruparse y girar en torno de dos cansadas luces hacen más tímida su riña con las tinieblas de este poblado ámbito. Quiméricas, oscilantes y sin precisos contornos, ambulan entre la densa nube varias sombras encaperuzadas de blancos gorros rematados por borlas enhiestas. Cuando yo entro, unas sombras se detienen y otras me rodean para inspeccionarme desde lo hondo de sus cuencas, donde rebrillan ojos tristes y febriles. Hay un enfermo que me reconoce, y fingiendo gran alarde de interés, atrae á otros enfermos que con igual solicitud me demandan noticias de la enfermedad. Son los que me

interrogan soldados, y tardaría mucho en darles cumplidos informes, si la Hermana no ataja el chorro de preguntas, llamándome á tiempo:

—Sargento: aquí tiene su cama... n.º 13.

Sor Eustaquia se aleja en seguida, diciendo que vuelve, y mientras dura su breve ausencia, reparo atentamente en la sala que me alberga. Es más larga que ancha, y la ocupa una veintena de sencillas camas vestidas con uniformes colchas de cretona listada. De las dos luces que perezosas aclaran el opaco dormitorio, la primera es un débil foco eléctrico, y la otra tradicional mariposa que ante un retablo de la Virgen del Carmen consume el óleo de vetusta lampara. Seis ú ocho enfermos están levantados, y rodean mi cama para recibir el cigarrillo que les ofrezco. De allá enfrente viene una voz quejumbrosa y mendicante:

—¡Hermanito: haga el favor de darme un poco de tabaco, que Dios se lo pagara!

Y otra voz me implora en semejante tono:

—¡Buen hermano: si me diese usted un pitillo no sabe cuánto se lo agradecería!

Un soldado grita colérico:

—No haga caso á estos sinvergüenzas. Son dos embusteros que están sanos, y vienen para que les den de comer.

Yo no hago caso al soldado, y comenzando por la derecha voy distribuyendo cigarros entre los enfermos que están en cama. Son otros seis ú ocho: unos aceptan y otros rechazan el tabaco que les brindo. Cuando lo ofrezco á mi vecino de la izquierda, noto aterrorizado que su boca esta recubierta de negras pústulas, su nariz afilada, sus parietales hundidos y sus ojos como mirando á lejanos mundos. Yerto y tembloroso me aparto de su vera, y antes de que con un gesto haya podido preguntar por la enfermedad, de allí enfrente sentencia sarcástico el primer mendicante:

—Ese pájaro vivirá pocos días.

Y el soldado locuaz que antes le reprendiera, me dice con misterioso acento:

—¿Sabe usted de que se acaba su vecino?... Pues del tifus.

—¡No es posible! —le replico yo mirando atemorizado mis brazos en carne viva, por donde fácilmente puede insinuarse el contagio.— No es posible; en este Hospital debe de haber otras salas para aislar á los

enfermos peligrosos. En último término, ahí fuera está ese dormitorio deshabitado...

El mozo no pudo contestarme, porque Sor Eustaquia estaba de retorno trayendo el gorro blanco y la holgada camisa, de zafio lienzo que al ingresar recibía el enfermo. Yo cogí la camisa, y á la tibia claridad, observé detenidamente las grandes manchas de que estaba salpicada. Mi insistencia en mirar al trasluz excitó el interés de la mercenaria...

—¿Qué mira usted?

—Hermana, estas manchas negras...

—Son de las medicinas. La camisa está bien limpia.

—¡Sin embargo!... Supongo que me será permitido usar mi propia ropa.

Sor Eustaquia hizo un gesto desabrido, y con altanería mal embozada, me contestó:

—¡Muy escrupuloso parece usted!...

—¡Hermana!...

—Ignoro si el reglamento de la casa permite usar ropa de afuera; pero es costumbre que los enfermos reciban la que nosotras entregamos.

A punto estuve de replicar á la enfermera en tono más altivo; pero me refrené á tiempo, y encogiéndome de hombros dejé la camisa sobre la almohada para ponérmela luego.

Viendo que me declaraba vencido, Sor Eustaquia se volvió hacia un soldado convaleciente, y con vivo ademán le dijo:

—Vamos, Tony: vamos al cuarto y termine de contarnos el cuento.

A la izquierda del retablo había un cuarto ropero que en ocasiones solemnes se trocaba en sacristía. Tras la Hermana siguió Tony, y á continuación los otros enfermos de ambulantes, ávidos de saber el remate del cuento que mi entrada en el Hospital había interrumpido. Cuando llegaron á la puerta se volvió la enfermera, y dulcificando gesto y tono, me invitó á que les acompañase.

El cuarto estaba rodeado de arcones donde se guardaba la ropa, y en el centro había una gran mesa cuadrada. Próximos á ella, y frente á frente, fuimos sentándonos en dos largos bancos. Cesó el remover de los cuerpos; cesaron las toses, y cuando el silencio hubo prevalecido, habló Sor Eustaquia:

—Continúe usted, Tony.

—¿Por dónde íbamos, hermana?...

—Decía usted que el pastor arrojó la colmena contra una roca, y que salió un cura...

—¡Ah, si!... Ya recuerdo.

El narrador volvió á tomar el hilo del interrumpido relato. Su palabra era dulce, insinuante, afeminada. Sus guiños y maneras sabían suplir lo que de intención faltaba á las palabras. Aunque yo desconociese el principio del cuento me pareció el remate harto transparente y vivo para dicho en aquel lugar, tan en despropósito con las amatorias burlas, y ante aquella religiosa de místicos hábitos, que hinchaba los carrillos por no soltar el torrente de la risa cuando el narrador decía alguna donosa impertinencia.

—¡Muy bien; muy bien! —exclamaron todos cuando hubo terminado el cuento.

Y Sor Eustaquia observó algo pudorosa:

—¡Un poco subido de color! Tony se ha descarriado esta noche.

—¡Que cuente otro! ¡Que cuente otro!

La Hermana intervino imperiosa:

—Basta por hoy; debe faltar muy poco para tocar silencio. Mañana será otra cosa.



## IV

Una tos seca y débil, de pecho quebrantado, llega lastimosa del próximo dormitorio. La reflexión y el presentimiento se imponen al regocijo anormal de los enfermos, y un silencio profundo, meditativo, reina en la sacristía. Las frentes se inclinan rugosas y abrumadas. Pasan callados los minutos, y por decir algo, pregunto á la mercenaria:

—¿Cuántas Hermanas son ustedes, Sor Eustaquia?

Ella eleva la cabeza; me mira con vagos ojos, y distraída me responde:

—Doce y la Superiora.

En seguida vuelve á hundirse en su cavilación. Transcurre otro trecho silencioso, y torno á interrumpirla:

—¿Y los enfermos?

Sor Eustaquia repasa la diestra por las mejillas ardientes; apoya el brazo en la mesa, y murmura:

—Quince con usted, y ocho mujeres.

Parecióronme muchas enfermeras para tan pocos enfermos, y al manifestarlo á la Hermana, me contesto:

—Le prevengo que sólo dos estamos al cuidado de los enfermos: Sor Benigna en la sala de mujeres, y yo en la de hombres.

—¿Y las demás?

—Prestan distintos servicios.

En seguida fué enumerándome el orden de ellos. Había una Hermana clavera; otra al cuidado del botiquín; la tercera de la iglesia; la cuarta era ropera... En fin; tres ó cuatro estaban encargadas de dar la enseñanza, presidiendo clases de tanto cuidado, que eran terror de los establecimientos privados instituídos en la ciudad. De trescientos pasaban los párvulos y adultos que recibían instrucción en la planta baja del Hospital, destinada casi íntegramente á este oficio. A los pobres de solemnidad concedíaseles liberal entrada; pero las clases media y superior abonaban no recuerdo qué cuota al mes. Más altos

honorarios implicaban las enseñanzas especiales, como bordado, planchado, corte y algunas otras que aprendían las jóvenes casaderas.

Cuando Sor Eustaquia me hubo comunicado estos detalles, le pregunté ingenuamente:

—¿Los beneficios de la enseñanza ingresarán en la Caja del Hospital?

—¿De ninguna manera! —me contestó sorprendida.— Esos productos son para la Orden. Las Hermanas de la Merced somos pobres, y no recibimos del Estado los emolumentos que las monjas claustradas.

—¿Pero abonarán algo por su manutención las que no prestan servicio directo al Hospital?

La imprudencia de mis palabras, que contenían un inconveniente reproche, punzaron como haz de ortigas á Sor Eustaquia. Con despechado tono, y volviendo la cabeza á otro lado, me replicó:

—Prestan el servicio de guardia la noche que las toca...

—Perdone, Hermana.

—Y sobro todo, hacen lo que les mandan.

Yo volví á pedirle perdón, advirtiéndole de paso que no había encono en mis palabras, sino desconocimiento de las prácticas reinantes en aquellos establecimientos. Para disipar en la enfermera sombras ó celos de aviesa intención, le ponderé cuán profunda era mi simpatía por sus semejantes, que renunciaban á los bienes del mundo y huían de la dicha posible, no para aprisionarse entre rejas y celosías hasta secar la dulce flor de la vida entre ayunos estériles, duras flagelaciones y preces sin humana eficacia, sino en noble lid heróica, ayudando enfermos, curándolos benignas, limpiándolos como no lo hicieran sus deudos más allegados.

Sor Eustaquia nada dijo cuando hube terminado; pero creo que mi discurso debió halagarla íntimamente. Pasó otro espacio de mutismo grave. Incluidos sobre la mesa dormitaban los mendigos. Tony bostezó de hastío, y los demás enfermos comenzaron á bostezar. De la sala adjunta llegó una voz tenue y angustiosa:

—¡Me arde la cabeza! ¡Me arde la cabeza!

Devaneando mi memoria lejanas cosas y lugares, recordé haber oído que estas Hermanas, así como las de Paul, renovaban sus votos periódicamente. Por romper el fastidioso silencio más que por

curiosidad pregunté á Sor Eustaquia, y ella me confirmó la exactitud de la noticia:

—Tres veces he prestado yo los votos.

Admirado de su abnegación, le dije:

—¿Volverá á renovarlos?

—Dentro de año y medio, en que expirarán los actuales.

—¿Y nunca anhela volver al mundo, Hermana? ¿No tiene lazos cordiales ni recuerdos que á él le unan?

Lenta y denegativa movió la cabeza. Después repuso sentenciosamente:

—¡Todo es acostumbrarse!... Durante los primeros meses de profesión sí que se siente la ausencia de la familia: luego viene la costumbre haciéndolo todo llano y soportable.

—De veras que son ustedes admirables... Jamás me acostumbraría yo á consumir mi existencia curando llagas y velando enfermos que no me atañen.

Seducida de mis entusiastas elogios, Sor Eustaquia inclinó la cabeza fingiendo aires de infantil modestia, y sin pensarlo ella misma, adivinó el secreto que sustrae muchas mujeres al mundo.

—Créame usted —dijo parsimoniosa y sin alzar los ojos— créame que esta vida no es tan dolorosa como algunos creen... Más que nosotras sufren las mujeres que tienen seis hijos y ningún pedazo de pan para llevarles á la boca.

Esta última sentencia que oí á Sor Eustaquia se me quedó tan fuertemente grabada, que múltiples veces la repetí luego á las profesas durante los ratos de acaloradas disputas.

—¡Bárbaro, irrespetuoso! —me decían, embozando la agresiva intención felina con las ideas de paz que el blanco hábito sugiere.— ¡Ni siquiera le conmueve la abnegación con que nos entregamos al cuidado de los enfermos!

Y replicaba yo con brutal estilo:

—¡Ni abnegación, ni cuidados, holgazanías é hipócritas rezadoras! Cuando no las conocía reputábalas de piadosas heroínas; pero ahora que las trato, sólo me inspiran afecto «las mujeres que tienen seis hijos y ningún bocado de pan que llevarles á la boca».

## V

La campana vibra con lentos y dilatados plañidos anunciando recogimiento, y su quejumbrosa voz se explaya por los quietos ámbitos del Hospital hasta abolirse en el misterio de las soledades. El grupo de oyentes se disuelve al oír el metálico aviso, y cada enfermo aguarda al pie de su lecho á que Sor Eustaquia haya recitado las preces de la noche. Ella recorre á grandes pasos el dormitorio, que retiembla bajo la pesadumbre de su cuerpo macizo, y con recia labia más que implorar por los enfermos, ordena á las celestes potestades:

—Roguemos al Señor que os devuelva la salud, si ha de servir para vuestro bien: —«¡Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea el tu nombre!...»

—A la Virgen del Carmen, Patrona de la Sala, para que os envíe un buen sueño: —«¡Dios te salve, María, llena eres de gracia!...»

—Al Angel de la Guardia para que vele por vosotros: —«¡Padre nuestro que estás en los Cielos!...»

Los rezos duran diez minutos. Cuando la religiosa se aleja por el dormitorio de las blancas cortinas voceando el «Con Dios me acuesto, con Dios me levanto», acércaseme un enfermo de mirada tristísima y suplicante, en quien no había reparado hasta entonces:

—¿Se acuerda usted de mí?

Como mi cama está deshecha y no puedo valerme de los brazos, él quiere mullirla y servirme en lo que pueda.

Si, que le recuerdo. Es el soldado más infeliz del Batallón: el que presta más servicio y recibe superior número de palos. Su alma no tiene viriles energías: es dócil y sumisa como la de un esclavo. Su cerebro apenas lo ilumina un débil albor de inteligencia. ¿Por qué los médicos declararon idóneo á este muchacho insipientísimo? ¿Tenían que salvar de ese tan honroso como aborrecido servicio al hijo de algún cacique? ¿O eran tantos los que por venales gratificaciones adquirieron

el compromiso de excusar, que hubieron de suplir el cupo con gente patentemente inútil?

Quizás no recordase al zafio soldado alicantino, aunque perteneciendo á mi compañía, si cierta mañana no me visita en la oficina para que se le concediera por mi intercesión una licencia mensual. Al encontrarme ahora vecino de su lecho, quería pagar una deuda de gratitud ayudándome en mi desvalimiento. Han pasado nueve años sin que haya olvidado á Jordá. Nueve siglos pasarían sin que pudiera olvidarlo. Entre las muchas representaciones trágicas de que está sobrecargada mi imaginación, ninguna tan roja y cruel como la de Jordá suicida.

Suicida de miedo... El poseía la innata humildad de los parias, y en el Ejército acabaron de vejar su alma á insultos, á puntapiés, á bofetadas, echando sobre sus menguadas fuerzas el peso excesivo de servicios irritantes é injustos. Miedo era también su enfermedad: un miedo invencible que le robaba el apetito y le indigestaba el villano rancho que comía. Y superior al miedo de morir debió ser el que experimentaba recibiendo el tormento por la mañana y por la tarde, por la noche y al siguiente día.

Dos semanas después que Jordá, recibí yo el alta y fui á incorporarme al Batallón, que ya había recibido orden de regresar á Barcelona. Cuando entré en el viejo cuartel del Buen Suceso, mi compañero de Hospital estaba de centinela, más extenuado de cuerpo, más doliente de mirada. Relevaron la guardia, y como el Cuerpo había sido mermado con dos sorteos sucesivos para nutrir los Batallones que fueron á Cuba, donde la guerra ardía pujante, Jordá no pudo reposar, y apenas se hubo quitado el correaje que llevó veinticuatro horas, cuando el furriel le llamaba á grandes voces para mondar patatas y limpiar calderas de pastoso rancho. Por la noche —mal dormido de la anterior— cumplió una imaginaria atrasada que de castigo le habían impuesto, y á la siguiente la hizo por turno, después de prestar durante el día servicio de cuartel, y advertirle que al otro le tocaba volver de guardia.

Rendido, vejado, se ciñó el cinturón y la bayoneta, para velar mientras los demás dormían. Duraba su imaginaria desde las diez, en que tocaron silencio, hasta las doce; pero quiso su mala estrella que antes de terminar el servicio repasara las compañías el capitán de

Cuartel. Al llegar á la nuestra, nadie salió á comunicarle las novedades. El capitán llamó:

—¡Imaginaria! ¡Imaginaria! —sin obtener respuesta.

Entonces recorrió la compañía, encontrando á Jordá dormido, hacia el término del largo y estrecho dormitorio. Una sonora bofetada aplicada en pleno rostro, despertó al durmiente. ¿Profirió el soldado alguna de aquéllas vagas frases que al recibir un duro castigo le inspiraba su inepticia? Sin duda; porque de callar él, no tuviera honrada justificación la feroz paliza que siguió administrándole el capitán, hasta expulsar su cuerpo entre dos adjuntas camas, que al recibir el choque impetuoso, flaquearon los banquillos y se derrumbaron con estrépito de las desarmadas tablas.

El capitán se retiró voceando:

—¡Castigado, la segunda imaginaria!... ¡Y mucho ojo, pues si te encuentro durmiendo otra vez, pasarás de plantón hasta tocar diana!

Al poco rato llamé á Jordá para que me diese agua, y él acudió solícito y humilde. Los golpes habían amoratado su cara; pero en sus ojos no brillaba el relámpago del odio ó de la desesperación: seguían derramando el caudal inextinguible de una paciencia resignada y cobarde. Pero ¿y detrás? ¿Qué había detrás de aquellos ojos tímidos? ¿Los dragones de la cólera no mordieron en su corazón? ¿Ni una ráfaga de locura emborrascó su denso y opaco intelecto? ¿Ni se abrevó su alma agostada en algún ideal río de sangre, que manando á borbotones de su fantasía se perdiese en los vagos senos de la eternidad?...

A las dos despertó al imaginaria que había de relevarle, y entró en el cuarto de la compañía, donde estaba aislado juntamente con otro muchacho para que no propagasen entre los demás la fauna parasitaria que por personal dejadez había hecho en ellos acomodo.

Y pasó la noche.

Y sonó diana.

Y sonó un tiro.

Sonó cerca y pareció haber sonado remoto. Los soldados empezaron á interrogarse expectantes:

—¿Ha sido un tiro?...

—¿Ha sido un portazo?...

—¿Dónde ha sido?...

Yo que dormía pared por medio del cuarto fui el primero en percibir el olor de la pólvora quemada. ¡No había duda! Por las fisuras

de la puerta salían tenues columnas de humo azulenco.

Presuroso me alcé del lecho para reconocer la habitación. Mi cabo de cuartel entró detrás de mí llamando sin que nadie lo respondiera. Yo escondí con alterado pulso una cerilla, y sin que pudiéramos remediarlo, al cabo se le escapó un grito de horror, y á mi el fósforo de entro los dedos crispados. En nuestra breve inspección habíamos visto muy poco; pero suficiente para que nuestras carnes temblasen azogadas: un cuerpo agitándose espasmódico y una gran mancha, que como estanque iluminado por cárdena luna, brillaba sangrienta y aciaga.

Repuesto un tanto, volví á encender. Cautamente, sintiendo aumentar á cada paso el herizamiento de los pelos, fui acercándome á entrambos lechos, hasta contemplar frente á frente al suicida...

¡Inmenso horror! ¡Sublime grandeza trágica! ¡Vivo cuadro de la muerte hecho de sangre caliente y de repugnancia infinita!... ¿Qué pintor podría idearte, ni qué escritor concebirte?... ¿Pero estoy seguro yo mismo de haber visto lo que creo estar viendo?... ¿No será la gran sombra del Dante quien me muestra el más terrible círculo del Infierno, que por piedad le ocultó Virgilio?... Veo á Jordá yacente sobre el rudo lecho, y una siniestra aureola de púrpura circundando su testa desgarrada. Veo un ojo negro é informe, que sujeto por largo y ensangrentado filamento, oscila como péndulo ideado por infernal hechicera sobre los labios del suicida, que se estremecen nervosos é intermitentes cual si en los postreros momentos se esforzasen por anudar los sueltos cabos de una olvidada oración. Veo el otro ojo inyectado, aterrorizado y fijo, como si un implacable fantasma —oficial, sargento ó cabo— le amenazase cruel. También veo en este punto aquella su pobre boca, tarda y resignada antes, que ahora se abre varias veces aspirando un poco del aire vital que le huye, y cerrarse en seguida, cerrarse por siempre, echando en un aliento el alma cautiva. Pero lo que más me espanta, es ver aquel deshecho cráneo de palpitantes gajos convertido en hórrido estuario, donde la sangre bulle, se revuelve y sale. Rota, estrellada está la frente, y por la ancha puerta que abrió la bala, se vislumbra honda y negra caverna, plena hace poco, vana al presente.

El cuarto se inunda de soldados que á la temblorosa luz de la cerilla, contemplan atónitos el cadáver de su compañero.

—¡A ver si alguno puede abrir la ventana! —les digo.

Un paisano de Jordá sube con tiento á los dos camastros para no pisar la sangre; pasa sobre el próximo cuerpo del otro soldado, á quien el susto ha debido privar de sentido, y abre las ventanas, que derraman en el cuarto un chorro de claridad fría y mate.

Con la cruda luz del amanecer, el espectáculo adquiere poderoso vigor trágico. La sangre se cuaja rápidamente alrededor de la rota cabeza, y el lúgubre péndulo se ha parado con la última vibración de la vida.

El cuerpo inánime de Jordá está atravesado en la cama. Caído en el suelo, rígido, indiferente, con la suprema indiferencia de las cosas, el fusil descargado. La victima estaba vestida, y sólo el pie derecho aparecía descalzo de la alpargata.

Fácil es reproducir el momento que precedió á su fatal desastre. Se había tendido en el lecho, y apoyando el cañón del arma en la frente, hizo fuego con el pulgar del pie, saltándose el cráneo. Al lado, y formando ambos cuerpos una cruz, está su compañero de aislamiento, arrebujado en la manta. Es un muchacho pálido, lampiño, y no tiene otro reparo en la compañía que su desamor á la limpieza. Si no lo creyéramos desmayado, podría tomársele por dormido: tanta es la apacibilidad y dulzura que ostenta su carita pueril.

Pero aún hay algo que supera en patético horror á todo lo visto. Es tan fuerte la atracción que sobre los ojos ejerce aquella testa desgarrada, que no los deja espaciarse por el cuarto. Necesario es que un soldado lance desde la puerta un grito de terror y asco, para que al mirarle sorprendidos los demás nos fijemos en la dirección de su mirada... ¿Debo decirlo?... ¿Debo advertir al lector que salte algunas líneas?... La violencia del proyectil ha expulsado de su antro todo el hemisferio derecho. Constelada de infinitas chispas sanguinolentas está en la pared la masa encefálica de Jordá, aplastada, estriada de rojos filamentos, resbalando lentamente como un sapo desollado.

El cuarto sigue llenándose de gente. Yo ordeno salir; establezco un vigilante en la puerta para que nadie penetre, y bajo á dar parte al oficial de guardia.

—Aunque el muerto ya no necesita de médicos —le digo— conviene que alguno reconozca al soldado que junto al suicida dormía.

El oficial me contestó:

—Salga en seguida usted mismo, y búsquelo.

Las calles de Barcelona estaban desiertas y los portales cerrados. Era tan de madrugada, que ni las brigadas de limpieza habían salido para hacer su matutina tarea. Sólo algún carro de verduras, lento y chirriante, encontraba á trechos, camino del mercado. Estando el vetusto cuartel del Buen Suceso á pocos metros de la Rambla, es posible que por allí hubiese alguna casa de Socorro; pero no encontrando á nadie que me encaminase, tuve que recorrer buen número de calles y callejas, hasta parar en un caserón, muy cerca de las Rondas.

El médico de guardia estaba descansando en un ancho sofá de gutapercha. Sucintamente le referí la desgracia que había ocurrido en el Cuartel, y al solicitar su ayuda para el muchacho sincopizado, me preguntó haciendo un gesto de recelo y temor:

—¿Está usted seguro de que no habrá muerto?

Entonces volví á recordar la posición que los dos aislados afectaban, las camas estaban juntas, paralelas: Jordá se había terciado en la primera, y su cabeza tocaba en el costado derecho del vecino.

El médico se puso la chaqueta y el sombrero; recogió el bastón, y con paso rápido tomamos el camino del Cuartel. Precedidos del oficial subimos á la compañía, donde todo el Batallón estaba, comentando el infausto suceso.

El médico hizo una leve mueca de repugnancia al entrar en el cuarto. Luego miró atentamente al soldado, y dijo con fúnebre voz:

—¡Parece muerto!

Para cerciorarse pidió un espejo. Los soldados rebuscaron en sus bolsas de aseo, y escogiendo el más terso, ofreciéronselo al doctor. Este posó su mano en la pálida frente del muchacho, hizo otro guiño, y luego aproximó el luciente espejo á la boca inmóvil.

—¡Muerto está!

Dijo al ver el cristal impasible.

Con vivo ademán tiró de la manta que cubría el segundo cadáver, y puso de manifiesto un gran lago de sangre, que fué á mezclarse con la de su matador. El proyectil había perforado la cabeza del suicida, y abriendo brecha en el costado derecho del durmiente, lo atravesó de parte á parte, yendo el irritado plomo á sumirse en las entrañas de la densa pared.

Al ver esta segunda víctima manando púrpura, apenas tuvo tiempo de horrorizarme de ella, Pensé en mí, y en cuán cercana había estado

mi muerte. Si dos días antes no entran un armero, que impidió emparejar las camas junto al liviano tabique, la bala lo hubiese atravesado, sobrándole fuerza para cruzarme el pecho indicando el orificio de salida que en el cuerpo del durmiente hizo, el punto por donde me habría herido.

Las dos grandes placas rojas de uno y otro costado impedían determinar exactamente el tamaño de las bocas que abrió el proyectil; pero á simple vista se observaba que la del lado izquierdo era enorme, como si el encendido plomo hubiese querido dejar ancho boquete para que fácilmente le siguiese el alma.

El médico dijo al retirarse:

—¡No se ha dado cuenta de su muerte!

La bala le sorprendió durmiendo; partióle el corazón, y durmiendo sigue.



## VI

—¡Me arde la cabeza!... ¡Me arde la cabeza!

Es el enfermo atacado de tífus quien lamenta como en una pesadilla, Pasan cinco minutos, y la queja doliente y monótona vuelve á romper el silencio sombrío de la enfermería:

—¡Me arde la cabeza!... ¡Me arde la cabeza!

Nadie responde á su lamento entristecedor; nadie le socorre con una frase de piedad. Los enfermos están durmiendo. En la vaguedad penumbrosa de la sala cargada de miasmas, yo los tomo por muertos viéndolos rígidos é inmóviles en sus alineados lechos, cubiertas las pobres cabezas con los blancos gorros puntiagudos. Un vacío muy grande siento en el pecho, y una nube de tristeza me envuelve más densa que la calina plomiza agrupada en torno de la luz. Acostumbrado á yacer en los barros de Melilla ó en los duros camastros, mi cuerpo ha perdido el recuerdo de las muelles blanduras, y se revuelve prisionero é inquieto en este lecho de esponjosa lana, que aumenta el ardor insufrible de mis brazos. Pasan horas como eternidades, y sobre mis mustios ojos no viene ningún beso calmante del sueño: no vendrá: hasta que los nácares orientales de la aurora jueguen y reluzcan en las altas ventanas... ¡Angustias inexplicables empiezan á agruparse en mi garganta: mi fantasía ve quimeras fabulosas en la neblina cenicienta que gira tarda alrededor del foco eléctrico!... A mi derecha escucho la respiración fatigosa de Jordá; el satisfecho roncar de un mendigo suena allá enfrente. Mas tarde estalla una tos árida. De tiempo en tiempo oigo á mi izquierda la débil queja del tífico repitiendo como en una pesadilla:

—Me arde la cabezal... ¡Me arde la cabeza!

Hacia media noche suena una voz argentada, que difunde juventud y frescura por el seco dormitorio:

—¡El caldo!

Al oírla despiertan algunos enfermos; otros siguen durmiendo. Una joven se acerca resueltamente al primer lecho y vierte líquido de enorme tetera en la taza que le presenta el enfermo. Luego pasa airosa de cama en cama, sonando un gran rosario que de su costado derecho depende. Cuando se para junto al primer mendigo, la oigo hablar amistosamente. El la llama Rosalía, y le pregunta si está resuelta á profesar. Asiente Rosalía mientras el supuesto enfermo apura el caldo, y dice en seguida á la gentil enfermera:

—¡Muy sabroso, hija mía! Dame otra taza, que hoy apenas he comido.

Ella sonrío mientras renueva el humeante líquido, y lo censura benigna:

—¡Vamos, Evaristo, no mienta! Ya sabemos que usted repite siempre.

El pícaro ríe también, y despide á Rosalía prometiéndole que rogará á Dios para que la haga una santa.

Después de recorrer algunas camas, vuelve la vigilante á hablar con regocijado tono:

—¿Cómo está Vuestra Majestad?

El enfermo responde conciso, y su voz es tan débil, que apenas la oigo. Ella sigue hablando difusa, y sus palabras triviales vuelan ligeras por la sala ardorosa como un gracioso vientecillo que viniese risueño á orear las frentes abrumadas por el sufrimiento.

Distribuyendo caldo y entusiastas alientos, llegó la educanda ante la cama del tífico. Viéndola cerca la reconocí en seguida. Era la misma joven que algunas semanas antes recorría alegre el paseo avivando la codicia en los ojos chispeantes de los hombres, é inspirando quedas palabras de censura en las mujeres. ¿Qué súbita mudanza la había inducido á dejar la vida sonora por la asistencia de los enfermos?... ¿Pero había quizás mudado su naturaleza intrínseca?... Fuera del llano hábito del Carmen que ahora llevaba, todo lo demás subsistía en ella. Ni siquiera la compunción de la neófita atenuaba su alegría exuberante y sana.

De un pecado capital acusaban hombres y mujeres á la hermosa Rosalía: de haber tenido muchos novios. En una sociedad burguesa y bien organizada, todos los excesos merecen vituperio: más aún los excesos en amor. Hubiera administrado aquella hermosa joven los grandes dones de su corazón con compás, peso y medida, y

probablemente sería su esposo alguno de los muchos mozos que ante su reja desfilaron. ¿Quién iba á casarse ahora con una mujer insaciable en frívolos amoríos, cuando había tantas muchachas ordenadas, mediocres, que podrían ser castas esposas? Rosalía cometió la imprudencia de cerrarse las puertas del matrimonio, y como el amor de los hombres la abandonaba, tuvo que abrazarse al de Dios. En aquella pequeña ciudad catalana, consagrada casi exclusivamente al comercio de los santos y á la industria de hilados, los hombres que no visten hábitos talares están en gran minoría. Las fábricas se surten de sabrosos brazo femeninos, que cuestan baratos, y esta invencible competencia expatría á los varones. El que en la población queda, vuélvese orgulloso como gallo rodeado de múltiples gallinas, hácese exigente con las hembras, y se casa con la más honesta y que mejor dote aporta. Por eso los fingidos amadores pasaron como en juego ante la reja de Rosalía, para olvidarla en seguida é ir en busca de otra menos fecunda en amor.

Estoy por decir que aquellos<sup>[1]</sup> mozos egoístas perdieron la más tierna esposa, cuando veo á Rosalía soplar cariñosamente en el rostro abrasado del tífico; decirle pródigos consuelos que suspenden sus amargas quejas; acercar la taza con amor y cuidado á los postemosos labios para que reciban el contenido á pequeños sorbos.

Cuando la educanda se me allega, le presento la taza que sobre la mesita de noche me han dejado, y mientras vierte el caldo le pregunto por el tiempo que está en el Hospital.

—Veinte días —me contesta.

Yo cato el líquido; hago un gesto de repugnancia, y ella me dice:

—¿Está frío?

—No; es que le sobra agua.

Rosalía sonríe, y exclama con picaresco guiño:

—¡La verdad es que anda algo ligerillo de sustancia!

—Y este sabor tan raro, como de metal ó droga, ¿no sabe de qué procede?

La educanda se encoge de hombros, hace un lindo mohín con los labios, y se aleja diciendo:

—Si dependiese de mí, á gallina sabría.

Jordá no quiere caldo. La educanda lo ofrece á los últimos enfermos, que lo aceptan ó rehusan, y desde la puerta se despide con amoroso tono:

—¡Buenas noches, hermanos! ¡Que se alivien todos!

Ligera y alegre como un pájaro, se aleja por el dormitorio de las blancas cortinas: sus pasos resuenan vivaces, se atenúan, se extinguen en las sombras silenciosas.

Un velo funerario parece que desciende sobre la sala en fermentación. Los corpúsculos que exhalan enfermedades y drogas, se condensan formando opaca nebulosa en torno del impávido foco eléctrico. Una mariposa que agoniza en el altar da algunas boqueadas, y proyecta negras sombras culebreantes sobre la Virgen, que indiferente á los seres enfermos contempla arrobada al Niño Jesús, que en su regazo sonrío... Y de tarde en tarde, el tífico hiere el silencio sombrío y pesado con su débil queja, que se repite como en una pesadilla:

—¡Me arde la cabeza!... ¡Me arde la cabeza!



## VII

La noche se desliza con lentitud irritante, y el sueño no viene á mis ojos. Los brazos me arden como vivos hogares. Desesperado me debato en la cama; me incorporo; vuelvo á caer vencido sobre la almohada. Los fétidos corpúsculos que palpitan en el tórrido ambiente parecen alojarse y fermentar en mi cerebro.

De pronto, veo una figura livianísima que se yergue en su lecho dirigiendo ambos brazos, patéticos ó suplicantes, hacia el punto ideal donde están fijos sus ojos vagos, atónitos. Ya empiezo á tomar la sutil figura por peregrina ilusión que mi fantasía ardorosa crea, cuando oigo un largo grito estridente y el óseo chocar de un cuerpo en tierra. Sobresaltado me incorporo, y aún no repuesto, levántase ligero el caído y empieza á recorrer el dormitorio marcando el ritmo de sus pasos con la Marcha Real que á grandes voces entona.

Los enfermos despiertan malhumorados, y Evaristo, el mendigo, exclama entre dos blasfemias:

—¡Ya nos ha dado la noche el loco!

Y un soldado grita:

—¡Loco, á dormir!

El loco no les oye, y prosigue su rítmico pasear á lo largo de la sala. Es un hombre como de cuarenta años; pero su sequedad de espátula le da apariencias valetudinarias. Lleva el gorro al modo de solideo, cubriéndole la parte posterior del cráneo, y la anterior reluce como marfil bien pulimentado. La ancha camisa desabotonada se mece formando: grandes pliegues sobre el cuerpo chupado, y permite ver la inverosímil escualidez de un pecho negro cubierto de enredada pelambreira. Las piernas, desnudas y vellosas, son secas, quebradizas como sarmientos por invierno, y al moverse flaquean torpemente cual las de un inseguro infantilillo que aprendiera á marchar. Los ojos iluminados contemplan fijos el tenso índice que va marcando la

cadencia, y la borla del gorro responde al conjunto de movimientos golpeando acompasadamente la nuca del enfermo.

Dos soldados convalecientes son los primeros en levantarse para sujetar al loco.

—¡Quietos! —les dice con severo gesto. ¡No me toquéis, que soy el Rey!

Otros acuden para ayudar á los primeros, y formando cerco, ordenan al loco que vuelva á su cama. El enfermo avanza resueltamente; rompe el asedio, y erigiendo el índice prosigue su interrumpido pasear á compás de la Marcha Real. Un convaleciente le ataja en su camino; otro le sujeta de los brazos, y un tercero intenta cogerle de los pies. El loco hace un brusco movimiento de rechazo; se desase ligeramente de los tres obstáculos echándolos á rodar por el suelo, y reanuda imperturbable su entusiasta Marcha Real.

Los expulsados se alzan corajudos; á ellos se incorporan otros enfermos, y entre todos caen violentamente sobre el loco. Al pie del altar se traba irritada lucha. Los enfermos con las camisas remangadas y los gorros desordenados, acosan al furioso para obligarle á ingresar en cama. El acosado resiste como jabalí perseguido por vehementes canes; á cada ímpetu hace rodar varios enemigos, y grita enérgico, espumoso:

—¡No me toquéis! ¡No me toquéis que soy el Rey!

Durante un rato se acallan las voces, y sólo se oye el chocar de los cuerpos; el jadear de los hombres en porfiada lucha, el vigoroso rasgar de alguna camisa. Luego recomienzan las imprecaciones del loco; juran nerviosos sus agresores, y cuando le sienten vencido levantan su cuerpo á pulso, llegan á la cama y lo arrojan como impertinente fardo, que hace crujir los hierros. El loco se debate con temerosas voces; castigarle á secos puñetazos los mendigos, y dos soldados se le sientan sobre el vientre para calmar con el peso la furia.

—¡Esto no puede continuar! —advierte el mendigo Evaristo. Como los soldados tenéis más autoridad, es necesario que mañana mismo roguéis á la Superiora que saque de la sala á este hombre.

El catalán de los cuentos verdes, dijo entonces con su voz afelpada é insinuante:

—Por fortuna se lo llevarán pronto. Ayer me dijo Sor Berta que habían pedido permiso para trasladarlo al manicomio de San Boy.

—¿Y qué haremos ahora para sujetar á esta fiera y poder dormir?

—Veamos si es posible atarle con las sábanas. No hay otro medio.

Los alaridos del loco conmovían al Hospital: pero no desvelaban á ninguna Hermana. Los enfermos sacaron á tirones las sábanas, retiraron la colcha de cretona, y levantando al frenético por cabeza y piernas, empezaron á ligarlo desesperadamente, retorciendo las ropas que hacían de ataduras. Cuando ya le creían sujeto y empezaban á acostarse, el demente forcejeó un momento, libróse sin dificultad de las ropas, y saltando de la cama inició pomposo el paso al son de la Marcha Real.

Los enfermos volvieron á la lucha para reducir al loco. Algunos llamaron á las Hermanas: pero ni las voces ni los insultos atrajeron á ninguna. El soldado catalán de melífluas palabras pasó ante mi cama ondeando su gran camisión de lienzo; recorrió el dormitorio de las blancas cortinas, y al término de él empezó á vocear:

—¡Hermana Rosalía! ¡Hermana Rosalía!

Varias veces tuvo que repetir la llamada. Pasó un rato, y volvimos á oírle en más bajo tono, como dirigiéndose á alguien que le escuchase:

—El loco está furioso, y no podemos sujetarle.

Tony reingresó en el dormitorio. Tras el sonaron animados pasos, y Rosalía apareció en la puerta, con los cabellos despeinados, como si acabase de dormir. La educanda se detuvo algo desconcertada viendo el grupo nada gentil que los enfermos hacían forcejeando con el loco: repuesta en seguida sonrió animosamente á sus castos escrúpulos, y haciendo un gesto de indiferencia, se acercó jovial á la cama.

—¿Qué le sucede á Vuestra Majestad? —le dijo al loco.

El no contestó. Sus ojos brillantes y fosfóricos giraban iracundos en las sombrías órbitas cuando después de un esfuerzo era vencido, y su boca no paraba de gritar ronca:

—¡Que soy el Rey! ¡Que soy el Rey!

De continuarse algún tiempo la lucha, el vencedor sería el loco. Sus fuerzas se reduplicaban bajo el violento acceso de enajenación, mientras que se agotaba rápidamente la escasa de los enfermos que le detenían. Uno dijo jadeante á la educanda:

—¡La camisa de fuerza, Hermana! ¡Es preciso ponerle la camisa de fuerza!

Rosalía preguntó ingenua:

—¿Y eso qué es?

—¡Pues no hemos adelantado nada llamándola á usted! ¿Por qué no avisa á Sor Eustaquia?

—Ya saben que no presta servicio de noche.

—Despierte entonces á la Superiora, Y dígale que no podemos sujetar al loco.

—Imposible; no me atrevo... Pudiera reprenderme si la molesto...

—Pues necesitamos una camisa de fuerza para retener á esta fiera.

A Rosalía se le ocurrió una provechosa idea:

—¿Por qué no le atan con cuerdas?

—¿Donde están?... ¡Vengan pronto!

—Tengo miedo de bajar sola al huerto, acompáñeme alguno de ustedes, y recogeremos en el tendedero de ropas las que hagan falta.

Tony se ofreció cortésmente, y con ellos fué Jordá, que también se había levantado para prestar ayuda. Mientras estaban ausentes, el mendigo cogió una almohada, y con ella se entretuvo en golpear la boca del loco.

—¡Calla, loco del infierno!... ¡Calla!... ¡Valiente noche estás dándome con la Marcha Real!

Al poco rato volvieron la educanda y sus acompañantes con tres largas sogas de esparto. El catalán hizo una lazada de leñador en la primer cuerda, y ordenando que levantasen á la victima, pasó el círculo por la cabeza hasta ceñir busto y brazos. Cuando le hubo dado varias vueltas ató del cabo la segunda cuerda, y de ésta la tercera para sujetar reciamente el vientre, las piernas y los pies. La operación duró largo trecho, porque el loco no se mostraba sumiso. Cuando fueron definitivamente vencidas sus rebeldías, quedó estático y entretegido como una rígida momia egipcia.

El cuerpo impetuoso quedó postrado; pero la boca seguía libre. El mendigo propuso que se le obturase con un pañuelo para hacerle callar, y que los enfermos durmiesen el resto de la noche. Ya iba á cubrir la boca escandalosa, cuando Rosalía se opuso enérgicamente á tan bárbaro remedio por temor de que la enajenada victima muriese de asfixia.

Media hora después empezó á remitir el acceso, y el loco quedó exhausto de fuerzas; dolorido de cuerpo. Siguió otro espacio de abatimiento, y la voz del enfermo comenzó luego á solicitar, humilde y plañidera:

—¡Quítenme estas ligaduras!... ¡Por Dios se lo suplico!

Los enfermos están durmiendo. Un airecillo vagaroso se desliza por las altas ventanas refrigerando la calidez de la sala. En pos llegan las

primeras sonrisas de la blanca aurora. Mis ojos se cierran dulcemente acariciados por tenues, irreales formas, que sobre ellos bajan: mi cerebro se desmaya. Entre sueños me parece oír angustiosas suplicaciones:

—¡Quítenme estas ligaduras!... ¡Quítenmelas por Dios!...  
¡Quítenmelas!...

---

## VIII

La voz autoritaria de Sor Eustaquia me despertó:

—¡Sargento!... ¡Sargento!

—¿Qué desea, Hermana?

—El desayuno.

—¿Qué hora es?

—Las siete.

Adormilado me incorporé en la cama. Dos enfermos sostenían un gran recipiente de estaño, donde humeaban doradas sopas de ajo. Sor Eustaquia me puso un plato en la cama y fué llenándolo con tino. Yo tomé dos ó tres cucharadas, que me parecieron sabrosas; pero mi sueño era tan vehemente y aguantaba tan poca espera, que depositando el plato sobre la mesa de noche, rendí la cabeza en la almohada.

Dos horas: pasaron, que me parecieron soplos, cuando volví á despertar fuertemente sacudido. Al abrir los ojos vi junto á la cama una cara mefistofélica. Era el médico del Hospital, que venía seguido de una Hermana, pequeña de cuerpo y amojamada de rostro, apretados los finos labios y el ceño duro. De la ajustada toca sobresalía una barbilla puntiaguda, sombreada por dos mechoncitos encaracolados de cerdoso vello.

El médico me conocía de antiguo, y al verme postrado simuló gran interés.

—¿Cómo está, hombre?

—Mal, doctor.

—Pero ¿qué tiene?...

—Ahora podrá decírmelo usted.

Rápidamente me quité las vendas y los algodones. Al ver mis brazos tensos y estallantes, el médico acentuó su inveterada sonrisa de hombre irónico y me dijo:

—¡Preciosos los tiene!

En seguida se los mostró con mudo gesto á la Hermana que le acompañaba. Ella frunció más enérgicamente el entrecejo, clavó sus ojos rapaces en mis brazos y no dijo nada.

Entonces murmuró el médico:

—Herpes.

La mercenaria hizo un leve movimiento con la cabeza.

El doctor volvió á hablar con tono interrogativo:

—¿Arsénico, Sor Francisca?

La Hermana volvió á fruncir entrecejo y boca: temblequearon los cerdosos anillos de su barba puntiaguda, y dijo con velada voz:

—Zarzaparrilla.

El médico se conformó.

—Está bien. ¿Y tratamiento externo. Sor Francisca?

—Usaremos «mi» linimento.

—¿No le parece conveniente para secar más pronto que empleemos también los calomelanos ó el yodoformo?

La mercenaria tornó á fruncir ceño y boca; hizo una mutación, y sin alterar el frío tono de su voz velada, contestó:

—Son caros. Le pondré harina de patata.

El doctor dijo con su imperturbable sonrisa de hombre complaciente y escéptico:

—¡Bien, muy bien; per-fec-ti-simamente!...

Sor Francisca miró la tablilla que había sobre el testero de mi cama, hizo algunas apuntes en un cuaderno y siguió los pasos del doctor. Mientras ella escribía vendé sucintamente mis brazos, y adoptando en el lecho cómoda postura, se me cerraron los párpados. Al través del sueño llegaron á mis oídos estas palabras sentenciosas del irónico doctor, refiriéndose al tífico:

—¡No descuiden los baños, Hermanas! ¡No descuiden los baños!

Y no recuerdo más de aquella visita.

A las once me llamó Jordá:

—Despierte, que vienen á curarle.

Sor Francisca iba por la sala distribuyendo las medicinas, que transportaba un joven con trazas de fámulo. Al llegar á mi cama descolgó la tablilla para fijar un papel donde se leía mi nombre y el diagnóstico de la enfermedad. Luego puso en la mesita una botella de zarzaparrilla, y sin desfruncir apenas los labios sutiles, me dijo con su voz velada:

—Cuando tenga sed, beba de ahí.

Yo le consulté:

—Hermana: como el ardor de los brazos me produce fiebre y sed, apenas tendré bastante con esa botella...

No me dejó concluir. Deseaba preguntarle si el beber agua me haría daño; pero Sor Francisca me interrumpió con su tono preciso:

—Beba de ahí con moderación.

En seguida tomó un frasco de opaca sustancia oleosa y sumergiendo una pluma de inmaculada nitidez, me dijo:

—Descúbrase los brazos.

Primero le ofrecí el derecho, y al contacto de empapado plumión, sentí frescura, inefable y suavísimo regalo corriéndome por la profundidad del brazo, como si un soplo mágico apagase el torrente de fuego que me abrasaba la carne. Del derecho pasó la dulce pluma al izquierdo, y cuando ambos estuvieron bien lucientes, los cubrió con ligero polvo de patata, vendándolos en seguida con habilidad y listeza. Sin mirarme siquiera, Sor Francisca se retiró diciendo con su voz casi imperceptible:

—Ahí quedan el linimento y la harina de patata. Que le cure esta tarde un enfermo.

Cuando la Hermana salió de la sala, vino un soldado para invitarme á pasear por el patio. Mientras yo me vestía trabajosamente, Jordá se paso á hacer mi cama.

—¿Por qué eso, Jordá?

El me miro con sus ojos humildes e inexpresivos, como solicitando que le aclarase el concepto.

—¿Por qué hace usted la cama? ¿No hay Hermanas encargadas de esos menesteres?

No había Hermanas ni enfermeras con la obligación de hacerlas. Era costumbre tradicional que los convalecientes se encargasen de tales cuidados, como de regar y barrer la enfermería.

Cuando me hubo explicado esto el militar que me invitó á bajar al patio, añadió:

—Sor Eustaquia es la única Hermana que está al servicio de la sala, y ella sólo se consagra á reprender, rezar y arreglar las colchas de los lechos para que los pliegues sean iguales y los picos estén á idéntica altura. Las colchas son su preocupación de todos los momentos.

Jordá me echó la guerrera sobre los hombros, y precedido del soldado locuaz, tomé por un estrecho corredor que á la entrada del dormitorio había. A mano izquierda velase un cuarto pequeño, lleno de redomas y morteros; luego una cocina polvorienta, y frente á frente una habitación con seis ú ocho camas, limpia y discreta. Al verla, dije envidioso:

—¡Qué bien estaría en este sitio!

El soldado murmuró sarcástico:

—Eso quisiera usted; pero no lo verán Sus ojos...

—Lo supongo; pero, ¿por qué no aislan aquí al tífico?... ¿Por qué no encierran al loco?...

El cínico soldado replicó:

—Entonces no estaríamos todos los enfermos bajo la inmediata vigilancia de Sor Eustaquia. Tendrían que designar otra Hermana para asistirlos, limpiarlos, darles baños y medicinas, ofrecerles á cucharadas el caldo ó las comidas... Estando en la sala común nos encargamos los demás de hacer estos oficios...

—¡Y si al loco se le antoja alguna noche extrangular á un enfermo!... ¡Si el tifus se agarra á mis brazos en carne viva!...

—¡Angelitos al cielo!... Como aquí no hay responsabilidad para nadie, ¡pchs!... ¿Se muere usted? Pues le llevan al «Cuarto de las Patatas», y allí termina la presente historia.

Aquel Cuarto de las Patatas me sonó á fúnebre; pero quise saber evidentemente lo que era.

El me contestó en son de zumba:

—El depósito de cadáveres.

Habíamos descendido la escalera, y mi acompañante prosiguió hablando sin dejar el tono despreocupado y sarcástico:

—Aquí á la izquierda está: callejón adelante. ¿Desea verlo?

Yo hice un signo de repugnancia, y él me condujo entonces hasta el patio, donde otros enfermos paseaban ya so el fresco dosel de un verde emparrado.

## IX

Las blandas caricias del aire fino y perfumado resucitaron mis apagadas ansias de vida exultante y fiera. El sol glorioso de Mayo, vecino del cenit, derramaba por el espacio las cascadas silenciosas de sus líquidos ámbares, é infundía vitalidad en las plantas y en los hombres convalecientes. Allá hacia la derecha, separado del minúsculo patio por una verja, extendíase alegre y verdegueante el jardín donde las Hermanas de la Merced se solazaban al desfallecer la tarde. Hacia la izquierda tremolaban cual banderas de paz conmovidas por el ledo airecillo, las sábanas recién lavadas que cuatro mujeres iban colgando en el tendedero. Puras y cristalinas como no empañadas por el vicio, las múltiples voces de una escuela cantaban en vibrante tono la tabla de multiplicar:

—¡Dos por dos, cuatro; dos por tres, seis; dos por cuatro, ocho!...

Seducido por aquel ruidoso coro de vida infantil y dichosa, me acerqué al lugar donde sonaba.

Un enfermo me previno:

—¡Tenga cuidado!... Está prohibido pasar de esa primera puerta.

Ante ella me detuve curioso. Era la clase de los párvulos, colgada de carteles; poblada de retozones muchachuelos. Alto y pálido, encasquetado el blanco gorro y enhiesta la borla que se balancea caprichosa, descuella Tony como un gigante rodeado de inquietos enanillos. Su rostro blando y afeminado finge cómica gravedad, y con un puntero va marcando el compás á la bandada de muchachos que canta acordadamente:

—¡Tres por tres, nueve; tres por cuatro, doce!...

Cuando Tony se fija en mi, deja el puntero y sale á la puerta.

—¿Se ha convertido usted en maestro? —le pregunto.

—Ayudo á Sor Berta —me contesta.

—Pues no suspenda la clase por mi.

—¡Bah, es poco lo que han de aprender! Las madres los envían por quedar tranquilas.

—¿Y los mayores?

—Están en otras clases.

Sor Eustaquia interrumpió nuestro diálogo gritando desde una ventana:

—¡Vengan; suban pronto!... ¡El loco está con el ataque!... ¡Esta luna le ha puesto atroz!

Tony salió al patio, y mirando irónico á la Hermana, la dijo con su voz muelle y sosegada:

—¡Usted lo ve, Sor Eustaquia!... ¡Ya le previne que no lo desatase!

La enfermera volvió á gritar:

—¡Vamos corriendo!... ¡Suban, y le pondremos la camisa de fuerza!

Tres ó cuatro enfermos acudieron con presura á la llamada de Sor Eustaquia. Tony reingresó en clase, y cogiendo el puntero cual si fuese un cetro, ordenó á la dispersa y truhanesca chiquillería:

—¡A formar corro en seguida!... ¡Vamos á ver el cuatro!

La turba vivaz empezó á cantar:

—¡Cuatro por uno, cuatro; cuatro por dos, ocho!...

Pocos minutos después abrióse una puerta que comunicaba con otra clase, y apareció una Hermana de faz palidísima y ojos melancólicos diciendo á Tony que cesase en los ejercicios. Sin moverse de la puerta hizo sonar tres veces unas pechinas de boj llamadas cua-cuá que llevaba en la diestra, y los pequeños se pusieron en hilera. La mano transparente de Sor Berta volvió á tañer el original instrumento, y los niños comenzaron á marchar rítmicamente en torno de la clase, cantando un himno religioso al que daba tono el fuerte cua-cuá. Luego entonaron algunas preces de despedida; abrióse la puerta que comunicaba con la calle, y entre adioses de gozo infantil y entusiastas besos, huyó raudamente la bandada de pequeñuelos.

Una Hermana pasó risueña y graciosa, llevando en la mano algunas piezas de ropa blanca. Tony y los tres ó cuatro enfermos que conmigo habían quedado en el patio, la saludaron jubilosos y cordiales. Ella estregó su ligera carga á las mujeres que lavaban, y tornó el camino haciendo deliciosos aspavientos, porque el calor comenzaba á sentirse en el huerto. Al llegar ante el grupo de convalecientes detúvose risueña, y abarcándonos con franca y liberalísima mirada, preguntó amistosa:

—¿Cómo andáis de salud, hijos míos?

Aquel «hijos míos» emanado por una boca granate de diez y ocho años, tenía yo no sé qué encanto profundo é inefable. Los enfermos contestaron agradecidos y unánimes:

—Regular, Sor María. ¿Y usted cómo está?

—Yo siempre bien... ¡Y limpiando Santos!...

Avivado por el fuerte perfume de simpatía y bondad que exhalaba aquella jovencita aprisionada en albas estameñas, osé decirle:

—¿Limpiando Santos?

Ella hizo un mohín gentilismo con su boca delicada, y entornando con dulce sosiego los sedosos párpados que sombreaban sus bellos ojos de seráfico prestigio, me respondió suavemente:

—¡Limpiando Santos!

—¿No habrá sido por falta de novios?

Sor María sonrió benigna y casta; las gayas flores del pudor brotaron entre la nieve ingenua de sus mejillas, y con cándido acento y picaresca intención, me dijo:

—¡Limpiar Santos es mi oficio!

Al oirla me acordé de una hermosa dama que Fernández y González pintó en su entretenida novela *El Cocinero de S. M.*

—¿Es usted Doña Venus Sacristana? —le pregunté.

Sor María volvió á sonreír mientras las rosas de sus mejillas se propagaban tiñendo de rojo tono la parte suavísima del rostro no celado por la tersa blancura de la toca. Haciéndome el signo de la Cruz como si en mi soplase su inspiración el maligno, exclamó con fingido espanto y deliciosísimo enojo:

—¡Pecador, pecador!... ¡No me diga esas cosas: yo nada más soy sacristana!

En seguida dió otro sesgo á las palabras.

—¿Y desde cuándo está en el Hospital, pecador?

—Desde anoche, Doña Venus...

—¡Doña Hermana!...

—Doña Hermana.

—¿Y qué le ha traído? Ya observo que el mal está en los brazos.

—Es una erupción herpética.

—¡Bah! eso no tendrá importancia, ¿verdad?... Sanará pronto...

—Sin duda curaría antes, si usted fuera mi enfermera.

La Hermana hizo otro guiño de benévola reprensión y murmuró con supuesto enfado:

—¡Pecador, pecador!

Su rostro preciosísimo volvió á colorarse entre el nítido marco de las tocas; dió media vuelta, y mientras se alejaba vivaracha y ágil como una matutina alondra, dijo esta despedida que al salir de sus lindos labios sonaba con la ternura de un recordado cantar:

—¡Adiós, hijos míos!... ¡Adiós!

Los enfermos le preguntaron á coro:

—¿Hasta cuándo, Sor María?

Y ella dijo distante:

—Hasta la noche.

—¿Le toca de guardia?

La dulce Sor María estaba ya remota: pero su amable voz de ensueño, aún llegó trémula como el píar de un pájaro en libertad:

—¡Si!... ¡Si!... ¡Si!...



## X

Un repique prolongado anunció la hora de comer. Al llegar á la sala, salían los mendigos transportando un baño de hojalata pintado de azul, donde habían sumergido al tífico. Sor Eustaquia, bermeja y radiante como un sol de estío, estaba esperándonos para rezar el Angelus del mediodía.

—Déense prisa —dijo al vernos.

Y en seguida comenzó:

—El Angel del Señor anunció á María: «Dios te salve, María, llena eres de gracia...»

Apenas terminadas las preces tuvo que: recomenzarlas, porque los mendigos estaban de vuelta, trayendo ahora una gran caldera en que hervía la sopa. Primero trazó sobre la comida una gran cruz, y con el tono menos devoto y más guerrero, exclamo:

¡Viva Jesús Sacramentado!  
¡Viva y de todos sea amado!

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre...»

Los enfermos nos sentamos en los bordes del lecho, y colocando entre piernas las mesitas de noche aparejadas con los platos y el cubierto, rezábamos ó nos aburríamos mientras llegaba la Hermana que había de hacer el reparto.

Si el desayuno humilde me pareció sabroso, siento mucho no poder decir lo mismo de la comida. La sopa de arroz era una sustancia densa, lechosa, tan refractaria al paladar como á la vista. Los garbanzos que sucedieron á la ínfima sopa, duros, torsos, ásperos de digerir, de tan recio hollejo que podían ser mondados. Negra, enjuta, filamentosa como carne prensada ó desecada al sol, la que enseguida sirvieron. Si no mejor condimentadas eran más jugosas las viles puchas que el Cuartel daba de comer á sus rebaños.

Pensando en cuando yo era soldado y entre bascas y saltos del estómago tenía que engullir algunas cucharadas de pestífero rancho, reflexionaba ante el plato casi intacto: —¿Y era esto un Hospital? ¿Con estos ascos de yantares iban á sanar los enfermos? Mis sentimientos profundos de rebelión empezaban á conmoverse y rugir como espíritus subterráneos que intentan manifestarse... ¡Voto á Dios, que yo estallo y hago en esta casa alguna de las mías!... Sor Eustaquia me vió torvo ante el plato de durísimos garbanzos, y se acercó para preguntarme con su voz fuerte y autoritaria:

—¿Por qué no come usted?

Con sequedad y despego lo respondí:

—No tengo apetito.

Ella me contempló altanera, y con severo gesto me volvió á preguntar:

—¿No tiene apetito, ó no le gusta la comida?

En su ancha faz bermeja y en sus ojos que chispeaban energía y reto, vi asomarse el alma bélica de la fiera amazona habituada á domeñar hombres. La sangre revoltosa brincó en mis venas é inflamó mis doloridos brazos. Hosco y agresivo, repliqué:

—Ni tengo apetito ni me agrada la comida. Esto es bazofia indigna de sanos, cuanto más de enfermos.

Un relámpago de cólera pasó por los ojos de Sor Eustaquia. Súbitamente se extinguió. La burla desdeñosa y fría brilló en seguida como la punta de un puñal. ¿Qué ironía brutal iba á clavarme? Los que han sido soldados en Cataluña saben que nobles y plebeyos tienen un insulto de máximo é insuperable menosprecio, un *¡fart de rancho!* que en escupiéndolo al rostro del militar, lo turba, lo colora de vergüenza, lo enlividece de ira, le hace entresacar nerviosamente la bayoneta, le hace pensar en el lugar donde se albergan los rojos corazones... El *¡fart de rancho!* es muy peligroso; por eso los hombres lo pronuncian á distancia, ó en tan suave tono, que los labios apenas lo formulan; por eso nada más las mujeres lo dirigen como una bofetada y un salivazo... Sor Eustaquia no pronunció el ominoso *¡fart de rancho!* Dijo con desdeñosa mueca una paráfrasis más insultante:

—¿Pero quién es usted, príncipe?... ¿Después de tanto masticar rancho aún le parece mala esa comida?...

Al oirla sentí la congestión de la ira. Había llegado la hora de hacer una sonada.

—El rancho vale más que esto.

Dije, y cogiendo el plato con entrambas manos, lo estrellé en el suelo. Di una patada y la mesa de noche calló sobre la cama de Jordá.

La roja cara de Sor Eustaquia se decoloró súbitamente. Su cuerpo compacto vibró de energía y pasión. Ya iba á lanzarse la pantera sobre mí, cuando reaccionando su poderoso ánimo, cobró aparente tranquilidad. Sus ojos me midieron de arriba á bajo, fijándose en seguida en el plato destrozado y en la comida dispersa.

—¿Quién va á limpiar esto? —me dijo.

—Límpielo usted —le contesté.

—¿Yo?... ¡Ja, ja!... ¿No será usted quien lo haga?...

—Tome asiento; porque sí espera de pie es fácil que se canse.

—Descarado.

—Cochina.

—¡Insolente! Voy á llamar la Superiora.

—Llame al Superior.

—Se dará parte al Teniente Coronel.

—Den parte al Rey.

Sor Eustaquia dejó de ser amazona para tornarse mujer. El llanto fluyó torrentoso, y llevándose el blanco escapulario á sus ojos, poco antes marciales, fué sollozante en busca de la Superiora. Yo me quedé apesadumbrado de haber hecho tan pronto una de las mías.

Jordá vino con la escoba y se puso á recoger lo que yo había tirado. Al poco rato llegó la Superiora, apacible y astuta, seguida de un gigante con tonsura.

Era éste el capellán de la casa, y jamás he visto obesidad tan risible é inaudita. Su sotana debía de tener media pieza bien cumplida de paño; ajustábase violentamente al abdomen, con cinco palmos de diámetro, y bajaba hasta el suelo formando una móvil y colosal campana. Servían de base á este cuerpo de robustez insultante dos pies, anchos como adobes, y aun así tenían que abrirse y desparramarse para conservar el equilibrio de la gigantesca figura. La cabeza era rotunda como una esfera armilar, y la cara blanda, achatada y de gran boca, parecía vista de frente, una hermosa luna llena.

La Superiora se acercó dulce y risueña. Con palabra melífica y lento ademán, me dijo:

—¿Pero qué ha hecho usted, hijo mio? ¿Por qué ha tirado la comida?

Aquel decir suave y untuoso me desconcertó bastante. Arrepentido de mi brusca actitud anterior, le respondí avergonzado:

—Pregúnteselo á Sor Eustaquia.

—Ella dice que la ha ofendido usted.

—Antes me ultrajó ella.

—Me sorprende mucho; porque tiene instrucciones precisas sobre la manera de tratar á los enfermos... Pero no se trata precisamente de esto... Como es posible que el escándalo trascienda del Hospital, yo debo prevenirlo dando parte al Jefe del Batallón, Necesito, pues, saber si tiró usted la comida en un raptó de obcecación, ó por otra causa distinta.

—La tiré por estar obcecado, y porque era detestable.

—¡Jesús, María y José!... Nadie se ha quejado hasta ingresar usted en esta casa.

—Sin embargo, la comida es mala.

El soldado cínico que por la mañana me acompañó al patio, clamó desde su cama radiante de alegría:

—Y que lo diga, sargento; esta comida es «infumable».

Jordá golpeó el plato con la cuchara, y se adhirió á la protesta tartamudeando una cómica amenaza:

—¡Repacho; yo también digo que es mala, Y si no temiese pecar, era capaz!...

El capellán intervino con voz de bajo profundo:

—¡Todo sea por Dios!... ¡Haya paz, señores; haya paz!

Y la Superiora exclamó compungida:

—¡Qué angustia, Virgen del Carmen; qué angustia! Esto es una conspiración para desacreditarme.

—No, señora —le dije malhumorado. Aquí nadie conspira ni intenta desacreditarla. Todo se reduce á que Sor Eustaquia es una altanera, y la comida rematadamente mala.

El capellán insistió:

—¡Todo sea por Dios! ¡Que haya paz; que haya paz por todos los Santos del Cielo!

Y la Superiora:

—Pues créame, hijo mio. No tiene ningún derecho á quejarse. La casa es pobre y todos tenemos que sufrir escasez. La misma carne que

los enfermos comemos las Hermanas, y puedo demostrarle que idénticos son los garbanzos.

No; no es cierto que fuesen idénticos los garbanzos. Casi todos los días pude ver los que ellas comían —grandes, plenos, suavísimos— cuando entraban las sobras á los enfermos serviles, Tony y los mendigos. Ni los garbanzos, ni la carne, ni el pan esponjoso y blanco eran semejantes. El Hospital quizás fuese pobre: pero la escasez y tacañería sólo la experimentaban los enfermos. Este amago de protesta y las vehementes repulsas posteriores, no mejoraron la calidad de los alimentos. Si el arroz del primer día era malo, las judías del segundo estaban picadas, y sobre las lentejas del tercero fluctuaban diminutos gusanos. Si la carne no era negra, filamentosa y dura, servíanla roja, ensangrentada y blanduzca, como la que yo había visto comer á los miserables campesinos de Extremadura cuando les repartían alguna res muerta de enfermedad ó ahogada en el abrevadero.

La Superiora se retiró llorosa de la sala, y en seguida el capellán, lento, macizo, haldeando su gran sotana acampanada, guardando el equilibrio sobre la ancha base de sus pies. Sor Eustaquia reingresó al breve rato, altiva y malhumorada. Como los enfermos habían concluido de comer, inició la acción de gracias.

—Demos gracias á Dios, que nos ha dado de comer sin merecerlo:

«¡Oh, Señor, que nos dejaste la señal de tu pasión en la sábana santa, cuando por José de Arimatea fuiste bajado de la Cruz!...»

Bruscamente se detuvo la enfermera llevándose una mano á la nariz. Los enfermos la imitamos. El aire se corrompía con fétidas emanaciones. Todos los ojos se dirigieron hacia la cama del loco, enfundado en la camisa de bramante. Hubo risas comprimidas y alguna interjección obscena.

—¡Esto ya no puedo resistirse!

Dijo irritada Sor Eustaquia, y salió tempestuosa como si le hubiesen clavado un rehilete.

---

## XI

La Hermana de la Merced reingresó en la sala á los cinco minutos de ausencia trayendo una llave en la mano.

—Ya no molestará ese hombre —dijo.

Luego se volvió hacia Tony y los mendigos:

—Hagan el favor de quitarle la camisa de fuerza y envolverle en una sábana, que vamos á sacarlo.

Tony se acercó á la cama del loco, y haciendo visajes de repugnancia porque los corrompidos hábitos le herían de lleno, aflojó los tensos cinturones que inmovilizaban al enfermo. Viéndole libro, le dijo:

—Arriba, podrido.

El loco extendió los brazos, secos y tostados, como si la fatal maldición de una hechicera les hubiese robado jugo y frescura. La fuerza faltó al deseo de incorporarse, y los brazos recayeron lacios sobre la cama. Cogiéndole por la cabeza lograron sentar en el lecho aquel débil vestigio de hombre. Hosco el pelo, sucia y descuidada la barba, calenturientos los ojos, esquelético el negro busto desnudo, podía creérsele un lamentable cenobita extenuado por la abstinencia y el rígido ayuno. Sus fuerzas eran tan precarias, que hizo un desmayado intento de volverse á echar; pero los sayones de Sor Eustaquia le detuvieron á tiempo, y envolviendo sus desnudeces con una sábana le sacaron del lecho. El demente pretendió andar; pero á sus piernas faltaba el maravilloso impulso que el ataque de enagenación les infundía, y doblándose como ramas tronchadas, cayó de rodillas pronunciando débiles quejas. Otra vez tuvieron que incorporarle: los pordioseros se colocaron á su lado para ofrecerle el apoyo de los hombros, y Tony le echó la sábana por encima. Rey de irrisión, empezó á caminar, no erguido y suntuoso como al medir los pasos á compás de la Marcha Real, sino lento y tambaleante, apoyando las manos descarnadas en los brazos que se le ofrecían, arrastrando el pobre manto de lienzo que malvelaba su cuerpo sucio y cadavérico, donde

apenas encontrarían que roer los gusanos voraces del sepulcro. A mitad del camino se detuvo rendido y sin poder anhelar. Sus huesos se removían y entrechocaban dentro de la sábana, que le daba apariencias de espectro escapado á la tumba. Los compañeros le invitaron á marchar: él hizo un esfuerzo más adivinado que visto, y sus piernas flaquearon, se doblaron, se cruzaron. Su boca estaba enjuta; descoloridos sus labios. Un hipo pertinaz le conmovía el pecho. El cuello se le dobló sobre el hombro, y con infinito rendimiento y acongojada voz, preguntó:

—¿Donde me llevan?

Sor Eustaquia le dijo avergonzada, quizás conmovida:

—Al pajar, hermano Ramón. Es preciso que no ensucie las camas.

El loco hizo un movimiento de súplica; pero faltándole el ánimo, rindió la cabeza sobre el pecho. Sus manos extenuadas se afianzaron en los hombros de los mendigos, dos lágrimas rebotaron por las quiebras de su rostro disecado, y recomenzó la marcha penosísima, inclinada la frente mustia, trémulas y sonantes las piernas como ramas secas de vetusto árbol que el viento otoñal agita. Rey de irrisión, —¡oh, Cristo Crucificado! —recorrió patético la sala. ¡Su armiño era un manto de sórdido lienzo; su majestad, la amargura!

Para desvanecer el hedor que había en el dormitorio Sor Eustaquia quemó un sahumero de azúcar y alhucemas. Aquél perfume tradicional y suave disipó la pestilencia aventando de paso las sombras luctuosas que en mi alma había proyectado el trágico aspecto del loco en un momento de plena lucidez. Yo imité á los demás enfermos, que se acostaron para dormir la siesta. El calor capitoso de la enfermería llenó de laxitud mis nervios: el tibio aroma del sahumero, como milagrosas yerbas quemadas, pobló mi fantasía de dulces y halagüeñas imágenes caseras, que en su devanear continuo iban tegiendo sobre mi espíritu la impalpable red del sueño.

Sor Eustaquia llegó á las tres tocando fuertes palmadas:

—¡Arriba, que es preciso barrer!

En seguida empezó á rezar la hora:

—¡Bendita sea la Virgen María que vino en carne mortal á Zaragoza! —«Dios te salve. María, etc.!»

Terminado el rezo ordenó que levantasen la cama del loco. Jordá acudió sumiso á cumplir la orden, mientras un mendigo regaba la sala y otro se disponía á barrerla.

El soldado cínico vino á curarme los brazos, y mientras los untaba con la opaca sustancia de infame olor, iba diciendo:

—¡Ésto y nada, todo es nada!... ¡esto y la carabina de Ambrosio, es la misma cosa!...

Cuando hubo terminado, me invitó como por la mañana para bajar al patio. Yo me vestí lentamente, y me dispuse á seguirle.

Al pie de la escalera estaba el pajar donde habían encerrado al loco. Sor Eustaquia y otra Hermana estaban asomadas á la mirilla, preguntándole cómo se encontraba sólo, y acogiendo con grandes carcajadas las respuestas incoherentes que el enfermo les enviaba. La risa tumultuosa se heló súbitamente en los abultados labios de la cruel enfermera viéndome cerca; su nariz se dilató despechada, y quiso fulminarme con una mirada de través al pasar por su lado.

Algunos enfermos discurrían pálidos y silenciosos respirando la vida bajo los verdes pámpanos que endoselaban el patinillo. Allá enfrente erigían los pájaros himnos alegres á la primavera florida, y volaban rumorosos de árbol en árbol ó se columpiaban blandamente en la rama de algún rosal. Alucinante de blancura secábase la ropa entre los rubios resplandores del sol, y los traviesos chiquillos clamoreaban en la próxima clase dirigidos por Tony, que inútilmente alzaba su voz afeminada y muelle para reducirlos á obediencia. La maestra de pálido color y ojos melancólicos, se asomó á la puerta saludando con un leve movimiento de cabeza, lleno de discreción y elegancia. Luego se volvió hacia el confín del patinillo, donde algunas ancianas departían, y con voz suave como el terciopelo, triste como una añoranza, murmuró:

—Buenas tardes, hermanas.

Las enfermas contestaron en complaciente coro:

—Muy buenas las tenga usted, Sor Berta.

La Hermana reingresó en clase, y las mujeres volvieron á su interrumpido coloquio. Eran cinco viejas desmedradas, vestidas de harapientas faldas. Formando corro en el suelo, hablaban, hablaban quedo y con misterio como si rezasen á Dios ó narrasen antiguas leyendas de brujas protervas. Quizás sólo comunicasen sus acerbas cultas, los días de hambre pasados de puerta en puerta, la sinrazón de la fortuna echando abajo casa y familia, la enfermedad cruel royendo asidua sus inservibles carnes.

Reparando en ellas, pregunté al cínico:

—¿Solo estas enfermas tiene la casa?

—Hay una mujer viejísima que nunca baja, y dos pecadoras, á las que no permiten salir de la enfermería.

—¿Por que razón?

—Pues, por eso... ¡Como son mujeres de escándalo y vida alegre!...

¡Ah, si! Aquellas dos mujeres habían perdido la honra, y no podían alternar con las personas decentes. Bastante se divertieron en la mancebía: que juntamente con sus propios dolores sufriesen de vergüenza y desvió en el Hospital. ¿No era justa la pena? Allí estaban, confinadas como dos leprosas, en un rincón de la sala. Todos las despreciaban: nadie les dirigía una palabra simpática ó una mirada de piedad. Juntas pasaban los días departiendo en uniforme coloquio y curándose mutuamente los estigmas que el vicio de dos pesetas imprimió por siempre en sus carnes ajadas. Ellas eran menos que nadie: menos que la hez mendicante y sucia que en otro lado de la sala se gratulaba orgullosa de vestir remendados sayales á trueque de haber conservado puro é indemne el honor. Para aquellas dos proscritas no había olvido de sus culpas, ni oxígeno en el patio, ni sobras en el refectorio, ni amistosa frase de ayuda cuando el nitrato de plata quemaba sus úlceras. Ni siquiera se respetaba el santo candor de los preciosos pimpollos, ignorantes del vicio, que en domingo iban á visitar los enfermos y distribuir con mano misericordiosa algunos céntimos de limosna. La Hermana que ante la puerta recibía las visitas y vigilaba la mesa petitoria tenía buen cuidado de advertirles que no se acercasen á las dos «malas mujeres del rincón apestadas con enfermedades de hombres».

A las cuatro se asomó Sor Eustaquia á una ventana, y batiendo palmas gritó:

—¡Arriba pronto, que vamos á rezar el rosario!

Unos tras otros fuimos abandonando con tardo andar el fresco patizuelo. ¡Adiós, huerto salutarífico, bañado de luz y de alegría! Ibamos á sumergirnos hasta la siguiente mañana en el ambiente refractario de la siniestra enfermería.

Al pasar por el encierro del loco me detuve curioso ante la mirilla. Apilados en la pared había varios haces de bálago para rellenar los jergones. Sobre ellos blanqueaba la sábana que sirvió de manto al pobre rey de irrisión, y junto á la sábana una soez manta agujereada. Inmóvil y casi enterrado entre la paja manida, el enfermo parecía muerto. Viendo que no daba señales de vida, le llamé:

—Ramón; Ramón.

Como can postrado que intenta responder á un alhago, el enfermo se removi6 lentamente pronunciando una d6bil queja, que remedaba un gru6ido.

—Ram6n; Ram6n.

Otra vez se conmovi6 el enfermo.

—¿Se siente mal?

Incorpor6ndose y recayendo agotado en la paja, alzando los brazos con tr6gico tambaleo, pudo conservar el equilibrio y sentarse en el suelo. Tamos y granzones le recubr6an cabeza y barba.

—¿C6mo est6 usted, Ram6n?

El fij6 su mirada vidriosa en la mirilla; temblores de miedo 6 fiebre le sacudieron el pecho desnudo y con voz entrecortada implor6.

—¿Sor Eustaquia!... ¿Sor Eustaquia!...

—No soy la Hermana, Ram6n.

—¿D6nde est6 Sor Eustaquia?

—Ocupada: va 6 rezar el Rosario.

El loco se dej6 caer en la paja hedionda llorando largamente:

—¿Que venga Sor Eustaquia!... ¿Que llamen 6 la Madre Superiora!... ¿Por Dios bendito y alabado, s6quenme de aqu6!...

—Calle, Ram6n, calle. Luego bajar6n.

—¿Es usted alguna Hermana?

—Soy un enfermo.

—¿Por lo que m6s ame en el mundo, hermano!... ¿D6gale 6 Sor Eustaquia que me saquen pronto!... Estoy sucio... Me he ensuciado encima sin saber c6mo... ¿Que no me dejen morir como un perro!

Sin decirle adi6s me retir6 condolido de la mirilla. A mitad de la escalera, a6n o6 distintamente el pat6tico lamentar del loco:

—¿Dios mio; Dios mio!... ¿Voy 6 morir abandonado como un perro!... ¿Como un perro, Dios mio!...

## XII

Cuando llegué á la sala estaban esperándome para comenzar el Rosario. Sentados en el borde de sus camas ó derechos ante ellas, los convalecientes se disponían á rezar. Sor Eustaquia iba de lecho en lecho estirando colchas y ordenando pliegues. Mientras duraban las oraciones sólo á ella le era lícito pasear por el centro del dormitorio.

Al verme entrar empezó á persignarse de viva voz para que los demás la imitásemos:

—«¡Por la señal de la Santa Cruz!...»

Yo la interrumpí:

—Perdone un momento, Hermana.

—¿Qué desea?

—El loco está llorando, y pide que lo saquen del pajar.

—No puede ser; es imposible. La Superiora ha dispuesto que se le encierre allí, porque pone perdidas todas las ropas.

—Eso dice él, que está apestando: se ha ensuciado encima...

Sor Eustaquia hizo un movimiento de indecisión. Luego recomenzó:

—«Por la señal de la Santa Cruz...»

—¡Mire, Hermana, que el loco va á morirse!...

—«...de nuestros enemigos, líbranos Señor...»

—¡Vaya una farsa!

Para acallar mis protestas, alzó la voz:

—«Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador Padre, Redentor mio...»

—Y el loco gimiendo y llorando.

—Haga el favor de callar, y rece... «porque os amo sobre todas las cosas...»

Después vino el ofrecimiento:

—«Virgen Santísima purificad mis labios y mi corazón para rezar dignamente vuestro santo Rosario, el que humildemente ofrezco por la exaltación de la Santísima Fé Católica, paz y concordia entre los

príncipes cristianos y en sufragio de las pobrecitas almas del Purgatorio...»

Yo volví á interrumpirla:

—Añada las que en los negros pajares lamentan.

La Hermana trepidó de coraje; sus pasos recorrieron el dormitorio nerviosamente; su voz se hizo tonante:

—«...que fuesen de vuestro gusto, y de nuestra mayor obligación.»

—Amén, y el loco...

—¡Haga el favor de callar!... ¡Jesús, María y José benditos, qué insufrible se pone!

—¡Vamos; no se enfade, Hermana!

—¿Si esto hace al segundo día, qué será á los dos meses?

—Todo es acostumbrarse, Sor Eustaquia. Ya verá cuánto sentimos en pasando algún tiempo de no estar juntos para reñir.

—Le suplico que guarde silencio y compostura.

—¿No será mejor que me vaya al patio mientras rezan?

—No señor; ha terminado la hora de licencia, y tiene que asistir al Rosario.

—Bueno, me resignaré.

—Sor Eustaquia reanudó su paseo:

—«Los misterios que hoy...» ¿Qué día es hoy?...

Un mendigo le respondió devotamente:

—Lunes, Hermana. Hoy tocan los misterios gozosos.

—Gracias, hermano Evaristo... —«Los misterios que hoy lunes se han de contemplar son los gozosos. Primero: la Encarnación del Verbo divino en las purísimas entrañas de María Santísima. En reverencia de este misterio rezaremos un Padre-Nuestro, diez Ave-Marías y un *Gloria Patri...*»

Y comenzaron las oraciones, uniformes, monótonas. Las cuentas del rosario iban pasando lentas, indiferentes entre los rojos dedos de la Hermana. Su tono era firme, claro, incansable. Los enfermos empezaban á rezar con voz distinta, neta; poco á poco se debilitaba por el cansancio y el aburrimiento hasta expirar como un lejano zumbido. Sor Eustaquia repetía de tiempo en tiempo:

Recen alto.

¿Cuanto duró el Rosario? —¿Media hora?... ¿Medio siglo?...

Cuando la mercenaria terminó la sarta abrumadora de Padre-Nuestros y Ave-Marías, recitó la dulce y poética salutación:

—«Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo; Dios te salve, templo y sagrario de la Santísima Trinidad, concebida sin mancha de pecado original.»

Yo me santigüé atropelladamente creyendo que había terminado Sor Eustaquia. Ella no pudo reprimir una sonrisa, y me dijo:

—¡Qué fuerte anda usted en cosas de religión!... ¡Así es usted de malo!

—¡Pues la religión no la ha vuelto mucho mejor á usted!

—¡Bien, bien!... ¡No porfiemos!

E inició una acción de gracias.

Y la salve.

Y la letanía.

Y en burdo estilo el «*Gratiam tuam quæsumus Dómine*».

Y alabanzas infinitas á la Virgen.

Y cuatro ó seis devociones, que sin duda por lo que cuelgan y molestan, llaman «borlas» en mi tierra.

Por fin, se santiguó Sor Eustaquia. Todos nos santiguamos:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.»

Los pechos exhalaban en fuerte aliento el tedio mortal que en una hora habían condensado. Sor Eustaquia fué la primera en hablar profanamente:

—Evaristo, Gonzalo: traigan la bañera y remojen al número 12 antes de comer.

Los mendigos se pusieron á cumplir la orden de la enfermera. Si la sequedad del loco me había sorprendido, más me admiró la del tífico cuando lo levantaron en volandas para sumergirlo en el baño. El enfermo apenas alentaba: cerrados los ojos, hondas las cuencas circundadas de negra franja, afilada la nariz y entreabiertos los labios postemosos, podría tomársele por un muerto descarnado, si el tartaleo de sus dedos no advirtiese que aún se acogía á la vida.

Sor Eustaquia llamó desde la puerta de la sala para entregar un par de sábanas. Jordá fué á recogerlas, y empezó luego á mullir solícito el lecho del tífico. Los mendigos aprovecharon la ropa sucia que el quitó para enjugar al enfermo. Cuando lo depositaron en los blandos colchones, le preguntaron:

—¿Cómo se encuentra, Jaime?

El moribundo abrió perezosamente sus ojos tristes, inanimados, y volvió á entornarlos con dulzura y desmayo, como si no pudiese resistir el peso de los párpados.

Tony entró con un montón de platos, y fué distribuyéndolos, dejando dos en cada lecho. En la calle y en el patio aún luciría radiante el día; pero la sala execrable iba poblándose de tupidas sombras, entre las que se destacaban las manchas blancas de los amplios camisones y de los gorros puntiagudos. La llama melancólica de la mariposa temblaba en su verde vaso, disipando apenas las negruras que se acumulaban en torno del altar.

Sobria fué la cena. Un plato de apollilladas lentejas, un filete de carne acartonada y cuatro higos farinosos, más secos é insípidos que la carne.

Jordá repasó la escoba para recoger las migajas de comida, y las ascuas de los cigarros brillaron como aéreos rubíes en la oscuridad de la sala. Súbitamente se inflamó el globo eléctrico, y las masas tenebrosas se rompieron, se disolvieron, fueron á esconderse por vanos y oquedades. En el dormitorio de las blancas cortinas sonaron fuertes pisadas, y Sor Eustaquia hizo su molesta aparición, trayendo una taza de caldo humeante.

—¿Quién va á dar ésto al número 12?

Un soldado acudió rehacio para recibir la taza y entibiar el caldo. Viéndose libre, propuso la enfermera:

—Vamos á la sacristía, Tony. Cuéntenos usted un cuento.

Había sonado la hora de las historias verdes. Los convalecientes que paseaban, siguieron á la Hermana. En el cuarto sonó fuerte remover de bancos, y luego quedas palabras de porfía. Creo que porfiaban por mi.

Tony se acercó á la puerta:

—¿No quiere usted entrar, sargento?

—Gracias, Tony; prefiero seguir paseando.

Empezó el cuento. La voz del catalán runruneaba en la sacristía, insinuante y discreta. De tiempo en tiempo oíase relincho de risas comprimidas y alguna libre carcajada. Sor Eustaquia murmuraba con hipócrita enojo, en que trascendía el bailador regocijo:

—No siga, descarado. Cuente otra cosa.

## XIII

Hace un rato que la campana ha tañido el repique de silencio. Los enfermos duermen ó parecen dormidos, y yo me revuelvo en la cama pretendiendo auyentar los tristes pensamientos, que como negros cuervos revuelan pertinaces en mi cabeza, proyectando sus sombras fatídicas. La media luz de la sala me hace daño: mejor sería que estuviese á oscuras para no percibir al través de la gris atmósfera que flota y se retuerce, las duras líneas de los cuerpos yacentes sobre el catafalco uniforme de sus lechos, ni la boca purulenta y cansada del tífico, que unos ratos lamenta y otros parece anonadado. El foco eléctrico tiene la misma fijeza taciturna que en mi cerebro obseso la idea del supremo aniquilamiento, y la tradicional mariposa que se baña en su denso lago de aceite, designa sobre el sacro retablo sus danzantes sombras demoníacas.

Este nocturno ambiente de Hospital forjado de ilusión y congoja, hurta el ánimo á las ideas placenteras y solamente deja pensar en cosas tristes. La muerte es el tema asiduo del enfermo que se aísla en el yermo de la meditación. Pensando en las escenas de esta primer jornada y mensurando la longitud fatigosa de estas veinticuatro horas pasadas entre enfermos, no se qué vagas angustias y terrores se enroscan como sierpes á mi garganta. ¿Cuántas veinticuatro horas tendría aún que contar antes de sorber á pleno pulmón el aire fuerte del ancho mundo?... ¿Y estaba seguro de verme algún día en libertad?... Mis brazos estaban podridos. ¿Sería inaudito que en ellos hincase la sucia gangrena sus dientes sañosos? Ya me parecía verlos amputados, yertos ó informes, al lado de la cama, entre sierras sutiles y tajantes cuchillos con mi sangre maculados: ya me veía deambulando monótonamente por la calle, sin calor en el pecho y sin contento en los ojos, como aquel viejo amigo mío que habiéndole volado la dinamita entrambos brazos, iba por el mundo con la muerte en el alma y eterna palidez en el rostro, colgando de sus cercenados hombros larga blusa

desmangada é insondables faltriqueras para que las buenas gentes echasen los céntimos de limosna, los roídos mendrugos de pan, las carnes grasientas que habían sobrado á la hartura de sus yantares... O ya me veía tumbado é impotente en la cama, idiotizado por el tifus, que en un aliento invisible y mortal me había transfundido el enfermo de los negros labios lacerados. ¡Y cómo se me derretía la cabeza con el fuego voraz de la fiebre, olvidado de enfermeras, esclavo del enfermo que quisiera administrarme el caldo ó sumergirme en el baño!... Ya lograba desechar estos lúgubres devaneos, cuando por brusca traslación me sentía arrojado como can sarnoso al pajar, en cueros, revolcándome frenético entre el bálago hediondo, plena de terribles delirios la mente al soplar airada la locura ó yerto de frio el corazón, cuando en los momentos de lucidez se filtraban por el pobre pecho las sombras de la estancia y el abandono de los seres.

Pero no todo es frialdad y abandono. ¡Mirad quién se acerca rumorosa! Sor María de los Angeles viene por el dormitorio de las blancas cortinas esparciendo como aéreo é invisible perfume, la gracia angélica que emana, no de su bello cuerpo aprisionado entre estameñas, sino de su alma ligera y volante escapando por sus ojos píos, serenísimos como el cielo azul cuando la pálida aurora renace por Oriente.

Sor María no grita, no anuncia con tumultos la llegada del caldo. ¡Y todos los enfermos despiertan como si una onda simpática los pusiera en vela para recibir dignamente la deseada visita! ¿Por qué aceptan el caldo los mismos que la noche precedente lo rechazaron? ¿Por qué los enfermos retienen á Sor María en dulce dialogar aumentando la impaciencia de los que esperan? ¿Qué misterioso señorío ejerce sobre las almas doloridas aquella mujer nobilísima, que al choque de su dulce mirada relucen con beato fulgor los ojos apagados del enfermo, y la sangre aterida recobra calor y circula vivificando las mortecinas existencias como renuevo de puro óleo en moribundas lámparas? Todos hablan á Sor María; á todos Sor María responde con palabras musicales que hacen pensar en los celestes serafines. ¡Que ilumine ella la fosca sala con el claro reflejo de su sonrisa, que haga un signo de fina apelación, y se obrará el milagro de que hasta los tullidos rompan en su seguimiento!... ¡Ella es la salud!...  
*¡Salus infirmorum!*

Transfigurado de júbilo la veo acercarse. Por imperioso magnetismo de los ojos, quisiera detenerla en su camino para admirarla más tiempo. Ahora vierte el caldo en la taza del tífico... Ahora lo entibia con el blando soplo que fluye por sus labios de alabastro y púrpura... Ya lo ofrece á la anhelante boca llagada, diciendo nobles palabras de alivio. El óvalo purísimo de su rostro, donde florecen lises y rosas, casi toca con el largo rostro amarillento, donde sólo florecen pústulas y abatimientos... ¡Como un negro tul pasa inesperadamente la tristeza ensombreciendo mi vista!... Sobre aquel bizarro cuadro de vida juvenil y muerte cercana, aletea el fatídico presentimiento. Sor María, ese blanco amor que entonces brotó entre los cardos de un Hospital, y que aún me acompaña benigno y casto en mi errante peregrinación por el mundo, Sor María de los Angeles no será perdurable. Ella, la pura, la limpia, también está sujeta á las mudanzas y caducidades de la materia. El tiempo victorioso é insaciable que se nutre con esencia de juventud, libará el dulce humor de sus rojos labios, habituados á decir propicias consolaciones; él hurtará los carmines á sus transparentes mejillas; ajará impío sus luminosas manos, inmaculadas como las nieves, cariñosas como las palomas; empañara el brillo animado de sus ojos radiantes, donde las penas amargas fenecen. Y cuando el tiempo inexorable haya exprimido toda la savia vital que por ocultos canales fluía, dejando seco y arrugado su cuerpo eurítmico, lo trasladará á la Muerte, que ni los huesos perdona en su roer incesante.

Lenta, lentísima, con la sonrisa revolando como una leve abeja sobre el gracioso hoyuelo que exorna su labio superior, viene hacia mi cama Sor María de los Angeles. En su dulce y expresivo cabeceo, advierto una amistosa reprensión; muérdese los finos labios, que yo quisiera besar, y dice:

—¡Pecador; pecador! ¿Qué ha hecho usted, pecador?

Demasiado sé á lo que alude Sor María; pero yo finjo no comprenderla. Ella insiste:

—¡Contésteme, pecador! ¿Por qué ha reñido con Sor Eustaquia?

—Porque Sor Eustaquia no es usted.

—¡Calle, adulador, calle!

—¡Ay, Sor María!... La Superiora es muy cruel no dándonos á usted de enfermera.

Ella sonrío complacida y me pregunta:

—¿No somos lo mismo Sor Eustaquia y yo?

—Usted cura y ella condena.

—¡Por Dios bendito, no diga eso!

—Suplique á la Madre que la destinen á la sala.

Ella vuelve á reir. Luego dice:

—A mi solo toca obedecer.

—¡Qué lastima! ¡Tantos hombres como la obedecerían alegres!

—¡Calle, pecador! ¡No quiero que me haga alusiones profanas! Me voy por no oírle.

—¡Un momento más, Sor María!... ¿Qué función ejerce usted en el Hospital?

—Estoy encargada de la iglesia.

—Entonces acerté llamándola doña Venus Sacristana.

Sor María de los Angeles simula un encantador gesto de niña enojada, y golpeando el suelo con el pie, me implora:

—¡Por Dios bendito y alabado!... ¡Dígame sacristana si gusta; pero haga el favor de no llamarme eso otro!

—¿Qué es «eso otro», Sor María?

—¡Me voy, me voy! ¿Y aún quiere que cambie la iglesia por la sala?

—Esté segura de que ganaría en el trueque. Allí tiene usted que adorar á los santos, y aquí sería una santa adorada.

Ella coge alarmada la tetera con la mano izquierda; santiguase con la diestra, y haciendo un signo de cariñosa reprensión, se aleja murmurando:

—¡Adiós, pecador, adiós!



## XIV

Algunas Hermanas habían roto el recato con que suelen velar su existencia extrarreligiosa, y por ellas mismas sabíamos cuál era su nombre propio, el lugar en que nacieron y el rango de su familia. Nadie conocía el nombre que Sor María de los Angeles llevó en el mundo: nadie había oído mentar el país donde naciera. Murmurábase que era de una vetusta ciudad castellana, y así lo pregonaban las castizas inflexiones que á las palabras imprimía la blanca Hermana de la Merced. También se aseguraba que era de principalísima familia, y tampoco esta creencia andaría muy descarriada del real camino, porque al puro decir acompañaba tan eximio porte en las maneras, que con la virtud adquirida de la elegante educación, trascendía la ingénita de los nobles instintos heredados. También se afirmaba —y esto es muy gentil— que Sor María la dulce, la que en la paz de la iglesia perfumada de incienso, como en la sala poblada de drogas y estertores, ha encontrado dicha y sosiego, Sor María la pura no ha podido romper una postrera ligazón que la incorpora al mundo... ¿Es ilusión que de enfermo á enfermo se transmite, ó realidad que los oídos atestiguan?... A Sor María la envuelven suaves rumores que no se perciben al pasar las demás Hermanas. El hábito silencioso se adhiere á los cuerpos exuberantes ó entecos de sus compañeras como si la densa lana velase sobre ellos para acallar cualquier grito traicionero de la carne. ¿Por qué la estameña de Sor María no apaga los tenues murmullos que el enfermo presiente? ¿Son ilusión que de enfermo á enfermo se transmite, ó realidad que los oídos atestiguan?... Niegan las Hermanas; sonrío Sor María cuando el indiscreto pregunta por la verosimilitud del origen que á los cantantes murmullos se asigna... Verdad patente ó ilusión de enfermo, todos creen que bajo el blanco sayal que en la fosquedad de la noche le da visos de luminosa aparición, hay algo profano, un trofeo clamoroso de la vida mundana que roza su divino cuerpo de diez y ocho años, suave y acariciador como el veludillo...

¡Entre carne y estameña dicen que canta prisionera la última rica falda de raso con que Sor María de los Angeles se pavoneó en el mundo!...

Aquel vestigio suntuario —girón de alguna esperanza fallida; tal vez mero amor coquetón é ingenuo; quizás adorada reliquia que cubrió á otro cuerpo inolvidable— me hace pensar en un brevísimo cielo triunfador en la breve existencia de Sor María.

—Hermana, ¿ha tenido usted muchos novios?

Ella se inmuta al escuchar la inesperada pregunta; el pudor tornasola sus níveas mejillas, y mirándome honda, serenamente, me contesta sin pasión y sin enojo:

—¡Pecador, pecador!... ¡Qué preguntas se le ocurren!

—¡Tan bella, tan buena!... ¡Dígame si ha tenido algún amor!

Sor María sonrío, y dice ingenua:

—He tenido varios.

—¡Ah!...

—Mis padres, mis hermanos...

—Hablo de más altos amores.

—¿Más altos?... Amo á Dios; amo á la Virgen Santísima...

—¿Y á ningún hombre?

Torna su rostro á arrebolarse y sus ojos tornan á mirarme profunda, insondablemente. Con tono suplicante y mimoso, en que no discernio afirmación ni negación, me dice:

—¡No me haga esas preguntas!

Tantas veces como hablo con ella, me responde de análoga manera.

—Me da usted pena, Sor María. La vida puede ser bella y propicia para usted. ¿Por qué ha huido del mundo y se ha desterrado entre enfermos sórdidos y zafias enfermeras?

La Hermana sonrío y contesta:

—¡Pecador, pecador!...

—Usted es digna de ser amada; de tener ángeles rubios como usted.

—¡Calle, pecador, calle!

¿Por qué dice Sor María que calle cuando así le hablo? Nada me hace sospechar que la desesperanza de unos amores frustrados la haya inducido á salir del siglo. Es verdad que cuando se los miento huye en seguida; pero no se ofende. Tampoco asegura, como otras, que sólo á Dios desea amar.

Sor María de los Angeles es complejísima en su misma sencillez y candor. Ante la Anunciación de Fra Angélico he pensado en ella. La

dulzura transparente y serena que supo crear el maravilloso pincel del Beato de Fiésole, la había visto yo dormir en la faz preciosa de mi enfermera: algo también resplandecía en ella del místico arrobamiento que se admira en la pintada tabla del Museo; pero Sor María me interesa más. Juntamente con lo que tiene de espiritual y divino, preséntese la aleación del amor humano: tal la Santa Catalina de Zurbarán, llagada, ahinorada, pidiendo el cielo con los ojos y demandando besos con la boca.

Otro día le aconsejó:

—No renuevo los votos, Sor María.

Ella mostró benévolo interés de conocer la razón, y con infantil curiosidad, me dijo:

—¿Por que no debo renovarlos?

—Pues... verá usted...

—¡Vamos, ya le comprendo!

—¿A que no?

—¿A que si?

—Hable.

Sor María hizo un mohín picaresco, y entornando pausadamente los ojos, habló:

—¡Pues!... ¡Porque debo casarme!... ¿A que pensaba eso?

—Cierto. Usted debe de casarse...

—¡Y tener hijos!

—También.

—¡Siempre la misma cantinela! ¿No tiene otro consejo que darme, pecador?

—Que no renueve los votos.

—¿Otra vez?... ¡Adiós, adiós: no quiero hablar con usted!

En vano pretendo sustraerme al decisivo señorío que Sor María de los Angeles ejerce sobre todos los enfermos. El perenne ardor de los brazos: el pertinaz desvelo que por las noches sufro, y la comida escasísima, han determinado en mi una sobreexcitación nerviosa y una tan acerba irritabilidad, que aumenta en el decurso de los días, y sólo busca pretextos de estallar ruidosamente. Cuando más negro siento el humor pienso en Sor María y la reputo de insípida, de estulta y de gazmoña, que sólo sabe repetir: «¡Pecador, pecador!» Pero si ella se muestra por casualidad, disipase pronto el amargo humor que me hace

rioso é insociable, y su benévola sonrisa, su seráfico mirar, obran sobre mis tensos nervios con la acción de un milagroso sedante.

¡Quién hubiese sido confesor para explorar los misterios de esta alma nobilísima, y conocer la rara materia de que estaba forjado éste que parecía vaso preciosísimo de pura e ideal esencia!



## XV

Sor Eustaquia ha terminado de rezar el *Angelus* del medio día, y Tony entra con la blanca mesita, que establece en el centro de la sala. Al poco rato llegan los mendigos transportando el gran receptáculo de estaño, que colocan sobre la mesa. La sopa aún está burbujeando, y de la caldera sale una recta columna de humo que al tocar en el techo se deshace formando arabescos y vellones giratorios que se difunden pausadamente por el largo dormitorio.

Como apenas he comido el día anterior, mi apetito despierta aguijado por el vaho oloroso que emana de la sopa, invitando á que con ella se repare el vacuo estómago. El áureo color del caldo suscita aún más que el perfume la voracidad de mi hambre. Harto se que es prosaico pimienta molida y no costoso azafrán lo que fluctúa sobre la haz de la sopa; pero como la comida debe de seducir á los ojos tanto como al paladar, prescindo generoso de la materia colorante y acepto la mixtificación.

Mientras la Hermana despensera llega para hacer el reparto, me acerco al gran recipiente con el insano propósito de inspeccionar la sopa... ¡Curiosidad, curiosidad; cuántos males acarreas!... En mal punto se me ocurrió acercarme: por la columna salomónica de vapor ascendente baja turbada y describiendo círculos una mosca miserable, que se sumerge en el ardoroso baño. Inútilmente hace gigantescos esfuerzos por no zozobrar y morir. Con brío nada durante cinco segundos; en seguida se debilitan sus fuerzas; las patas se estremecen convulsas, y sus alas de raso baten aquel Mar Rojo en los últimos estertores. Después, llega la muerte.

Pero no es ella sola quien tiene fin tan desastrado. Arrimadas á las paredes de la caldera, como náufragos arrojados á la orilla por las olas que les robaron la vida, veo á otros dos pobres seres, encogiditas las patas, plegadas por siempre las alas sutiles. ¡Adiós, mi hambre!

Aquellos tres fúnebres despojos no conmueven mi corazón, pero alteran sobradamente mi estómago.

Cuando llega la Hermana con el fiero cucharón apercebido para repartir la sopa, le pregunto mostrándole la primera victima:

—Diga, Hermana: ¿qué punto negro reluce entre el caldo?

Ella repara en la mosca, y algo corrida me dice:

—No veo nada.

Yo le indico con el dedo el fúnebre cuerpo:

—¡Mírelo!... ¡Fíjese bien!...

—Ah, ¿esa mota negra? Cualquier cosa... algún residuo de la carne.

Efectivamente; la mosca, anegada y semioculta, parece un residuo de carne. La Hermana sumerge en el caldo la punta de su gran cuchara, y extrayendo á la infeliz náufraga, la sacude contra el suelo.

—Diga, Hermana: ¿este otro punto negro también es un residuo de carne?

La despensera se fija en el segundo punto fluctuante, y vuelve á su fingimiento:

—¿Dónde está?

—Mírelo; reposando junto al estaño.

Toda turbada, articula:

—Si, si; lo mismo que el anterior... Quizás sea algún grano de pimienta.

—¡Muy bien, muy bien!... A la sopa también se le pone pimienta, ¿verdad, Hermana?

La Hermana pierde visiblemente la cabeza:

—¡No!... ¡Si!... ¡Algunas cocineras suelen poner pimienta!...

Hunde segunda vez la cuchara de madera, y con tembloroso pulso extrae la mosca.

—Diga, Hermana: ¿ésto es otro grano de pimienta?

La repartidora está en trance de agonizar. Roja de turbación, sudorosa de angustia, ya no se atreve á contestarme. Azorada, despechada, hunde su gran cuchara en la sopa y tira al suelo el tercer cadáver.

Luego revuelve implacablemente el contenido de la caldera, y se dispone á distribuir.

A impulso del fuerte movimiento de rotación que la Hermana ha comunicado á la sopa, se rompe la rosada superficie, y el pimiento colorante se hunde por los profundos círculos, dejando rachas leonadas

sobre el caldo, que reaparece blanco, transparente, insustancial. En su vertiginoso revolver, la cuchara de palo ha sublevado la sopa que yacía en el fondo, y los fideos bastos, gruesos, interminables, pululan como lívidas y repugnantes lombrices que se enroscan, se dilatan, se apelmazan al cucharón, cuelgan nerviosas y ondulantes por los rebordes de la caldera.

El mendigo Evaristo acerca la taza del tífico, y la Hermana la llena recogiendo la flor del caldo. En seguida comienza el reparto.

¿No quiere usted, sargento? me dice Evaristo cuando me llega el turno de recibir la sopa.

Gracias le responde haciendo un gesto de repugnancia.

—¿Tiene asco á las moscas?

—¡Así, así!

—¡Bah! Pues yo tomare su parte.

Cuando empiezan á servir los garbanzos, suena remotamente la campana, y poco después se oyen rítmicas pisadas estruendosas de recios zapatos claveteados con grandes tachuelas. Las pisadas van acercándose acompasadamente, y poco después entran un sargento y cuatro cabos, desarmados, ceñidas las guerreras por ancho y lustroso cinturón. Es la visita cotidiana que el Cuartel envía al Hospital para ver á sus enfermos, entregarles la sobra de sus haberes y recibir las reclamaciones que formulen, aunque nunca se formulan. ¡Pobre soldado el que proteste!

El sargento se acerca á saludarme, y los cabos se desparraman por la enfermería para charlar un momento con los soldados y entregarles los diez céntimos de sobras.

En el Hospital no se está bien; pero todos los soldados desean que se prolongue mucho tiempo su convalecencia, porque allí no prestan servicio, tienen buena cama y duermen cuanto quieren. Hay otra razón. Con quince céntimos tienen que atender en el Cuartel al remiendo de calzado y compostura de ropa: han de comprar tinta para teñir el correaje, betún para lustrar los zapatos, grasa para conservar el fusil, tierra fuerte para pulir la bayoneta y el percutor del Remington, alcohol y tiza para abrillantar los dorados, Si alguna pieza de ropa les hurtan, se les rompe ú envejece antes de expirar el plazo reglamentario de duración, con sus quince céntimos diarios han de reponerla; con ellos deben comprar hilo y agujas para zurcir los descosidos; con ellos responder á cualquier avería estando de servicio; pérdida de utensilio,

rotura de farol ó de cristal. En fin, aparte otros veinte ó treinta menesteres que han de satisfacer con las tres perras chicas, aún han de sobrarles algunos céntimos para calmar otra necesidad muy difundida entre los soldados españoles: el pícaro amor al tabaco. Allí en el Hospital estaban redimidos de tantas socaliñas, y aunque sólo recibiesen diez céntimos, podían reducirlos íntegramente á humo.

Los soldados iban recogiendo las monedas que sus cabos les entregaban, y después de asociarse dos ó más, las devolvían con este encargo:

—Tome, cabo: que la visita de mañana nos traiga un paquete de cigarros.

—Cabo: una caja de dieciocho y un librito de papel.

—Yo prefiero un manojito de «civilillos».

—Para mi dos «arrancagañotes» de á cuarto y una ristra de mistos de cartón.

Mientras ellos echan sus cuentas, el sargento me pregunta:

—¿Ha sido muy grande el disgusto?

—¿Cual?

—El que tuvo usted ayer.

—¿Ya se sabe en el Cuartel?

—¡Como que la Madre Superiora se ha quejado al Jefe, diciendo que había insultado usted á una Hermana!

—Algo ha sucedido; pero no creí que esa vieja diese parte.

—Pues tan cierto es, que el médico nos dijo al salir que venía inmediatamente.

La campana batió en aquel momento, y el sargento exclamó:

—El debe ser.

En seguida se puso en pie viendo que los cabos habían terminado el reparto de sobras, y pronunció el grito ritual:

—¿Tienen alguna reclamación que hacer?

Ningún enfermo habló. Los visitantes se retiraron haciendo retemblar el pavimento bajo el peso de sus zapatos tachonados. Al comedar el dormitorio de las blancas cortinas, se cruzaron con el médico, que les saludó amistosamente.

—¿Hay alguna novedad, sargento?

—Ninguna, mi teniente.

Las clases se alejaron, y el doctor entró en el dormitorio aspirando la esencia que desprendía un blanco pañolillo.

—¿Que tal los enfermos de Figueras?

Figueras era nuestro Batallón.

Los convalecientes pusieron de pié. Los que guardaban cama elevaron la cabeza. Todos contestaron respetuosamente:

—Bien, mi teniente.

—¿Cómo está el apetito?

Los soldados repitieron:

—Bien, mi teniente.

—¿Y la comida, es buena?

—Buena, mi teniente.

Yo ahuequé entonces la voz, y dije en son de zumba:

—Muy mala, mi teniente.

El médico vino sonriendo hacia mí:

—¿Conque, muy mala, señor protestante?

—Muy mala, mi teniente.

—Me envía el Jefe para liquidar una cuenta con usted.

—¿Si? Pues siéntese donde pueda.

El médico se recostó en la cama de Jordá. Luego me dijo:

—Parece ser que la Superiora se ha quejado al Teniente Coronel diciendo que usted insultó ayer á una Hermana.

—No me faltó razón. Ella fué la primera en provocarme.

—Dígame todo lo ocurrido para comunicárselo al Jefe.

Yo le conté punto por punto lo ocurrido en la borrascosa escena con Sor Eustaquia, invocando el testimonio de los soldados presentes. Luego añadí:

—Como el fundamento de la cuestión fué la pésima comida, ningún momento más atinado podía haber escogido usted para venir á informarse.

En seguida hice que se fijase en los residuos de la sopa dispersos en el suelo. Aún estaban frescas las señales que dejó la cuchara de la Hermana. Las manchas de caldo no se habían secado; los lívidos fideos, largos, gruesos y enroscados, parecían inanimadas lombrices; los tres cadáveres tostados se manifestaban ahora tan patentes, que no era posible tomarlos por negros granos de pimienta.

Cuando el doctor hubo observado los despojos, le dije:

—Reconocerá usted que el aseo del Hospital no aventaja al del Cuartel, sólo que en éste gozan los hombres de salud, y la costumbre ha puesto los estómagos á prueba de porquería, mientras que aquí

estamos todos enfermos y nuestra función digestiva está sometida á más sensibles alteraciones.

El médico movió la cabeza. Yo continué:

—Si la limpieza es exigua, vea estos balines, y dígame si es usted capaz de comerlos.

Y cogiendo del plato un garbanzo, lo expulsé á guisa de pelota. La menuda esfera sonó con plenitud en el suelo, reboto, rodó listamente por el piso hasta chocar en el presbiterio.

—Esto se refiere á la comida. Note ahora el trato. Confundidos andamos todos los enfermos. Por no habilitar otras salas, que aumentarían casi nada el ningún trabajo de las trece Hermanas, examine el enfermo que tengo al lado, un caso de tifus...

El doctor me interrumpió:

—Hace rato que le estoy observando; pero no podía figurarme que tal enfermo estuviese aquí.

—Entonces no es necesario que continúe. Sólo le recomiendo que visite el pajar, y podrá ver á un hombre revolcándose en su propio cieno, porque á las piadosas Hermanas no les gusta que ensucien las camas.

El médico estaba visiblemente preocupado. Al oirme que el enfermo del próximo lecho era un caso de tifus, se colocó el perfumado pañolín en la boca, y ya no quiso retirarlo. En breves frases dijo que transmitiría mis palabras y sus impresiones al Teniente Coronel, y me recomendó paciencia, porque el establecimiento era civil é imposible elevar quejas al Gobernador Militar como en Barcelona. Luego se puso en pie, y me preguntó por el estado de mis brazos.

—Estoy muy poco tiempo aquí para poder sentir mejoría.

—¿Con qué le curan?

Yo le indiqué la botella de zarzaparrilla y el frasco del linimento. El los reconoció é hizo un gesto desdeñoso:

—Todo esto es innecesario. Ni siquiera tenía usted que haber venido al Hospital: estoy seguro que en dos semanas de bañarse los brazos con agua boricada hubiese curado.

Inmediatamente se despidió de los soldados. Yo le acompañe hasta la sala de las blancas cortinas, y cuando ya se alejaba, me dijo:

—Al anoecer vendrá otro enfermo:

—¿Que le sucede, doctor?

—El le contara...

La voz del soldado cínico resonó á mi espalda.

—¡Lo sabemos todo!... Ya nos han dicho los cabos que el Teniente Coronel le ha roto la cabeza. ¡Un alivio!

El médico sonrió oyendo al desahogado.

—Yo quería curarle en el Cuartel; pero el Jefe se ha obstinado en que le extendiese la baja.

Sin duda sospechaba que el nuevo Sangredo iba á curar las heridas con agua boricada.



## XVI

A las siete de la tarde entró acompañado de Sor Eustaquia el militar herido por el Teniente Coronel. Viéndole palidísimo de color y vendada la cabeza, le rodeamos todos los enfermos para que nos contase el suceso.

Hacía bastante tiempo que los soldados deploraban el rancho tanto como la mala calidad del pan. Por estar prohibido en las Ordenanzas formular reclamaciones colectivas y eficaces —¡sabia providencia para los que mandan!— quejábanse á la sorda, y las clases transmitían á sus oficiales los reparos de la comida, que se empeoraba diariamente. El rancho difundía cada vez más áspero olor de sal sosa, y el pan dejaba tan fuerte gusto de cal, que era imposible comerlo. Antes de abandonar yo el Cuartel, había visto á muchos soldados con los labios sangrientos y la lengua llagada. Las calderas del rancho volvían á la cocina con casi todo su contenido.

Y sucedió lo que debió evitarse. Una tarde presenciaba el Teniente Coronel la distribución de comida. Las cuatro calderas estaban alineadas en el patio, y las cuatro compañías formando filas ante ellas. La corneta tocó punto, quitáronse las lucientes coberteras, y por el espacio se esparcieron nubes de vaho, exhalando punzante olor de potasa. Los furrieles empezaron á llenar los hondos platos de hojalata que les presentaban los soldados, y luego de recocer éstos su ración, se desparramaban por el patio ó bajo las arcadas, para apurarla sentados en tierra.

El rancho era peor que los días precedentes, y todos convenían en la imposibilidad de comerlo. Un soldado más audaz se levantó del suelo, y colocando su medio pan bajo el brazo, recogió el plato y fué á formar tras los que estaban tomando su parte. Los otros cataban la suya, hacían un gesto y volvían para verter el repugnante gigote. Cuando al último soldado le llenaron el plato, acercóse á la caldera el primer protestante para vaciar el suyo, y...

Y exigía Catón que tuviese el guerrero fuerte la voz y dura la mano. Ambas calidades asociaba en máximo grado el Teniente Coronel de Figueras. Alto el ultraje y más alta la mano, se arrojó sobre el soldado que iba á tirar el rancho; le abofeteo; requirió el bastón de mando, y uno tras otro, le dió de porfiados golpes, hasta rompérselo en la cabeza. Aquéllas voces enérgicas y aquélla actitud trágica, atemorizaron á los oficiales que rodeaban al jefe, y arredraron á los que pretendían verter el rancho... El soldado derramaba por las heridas sangre copiosa que le corría por el rostro y daba en el plato. Viéndose sin bastón, el Teniente Coronel sacó el sable, y cuando ya el filo iba á hendir el cráneo del muchacho, le contuvo de la muñeca el Comandante Mayor:

—¡Qué va usted á hacer, mi Teniente Coronel!

Ambos forcejearon un momento: los oficiales ayudaron al Comandante, y entre todos pudieron calmar al primer jefe.

Este jefe de voz fuerte y mano dura, como Catón quería, no daba tino en cuanto un superior le mandaba. Entre otros cien casos, recuerdo de unos ejercicios en Melilla. Retirábase la Brigada del campo de operaciones en que nuestro batallón de Cazadores no había desempeñado muy lucido papel, cuando desde una eminencia por donde iba el Regimiento de Asia gritó su Coronel Macón: —«¿Qué se ha hecho del segundo medio Batallón de Figueras?» El Teniente Coronel miró á retaguardia, y al observar que le faltaban dos compañías, hundió las espuelas en los ijares del caballo y se lanzó entre las anfrastuosidades del terreno buscando la fuerza que se le había extraviado... Y el Coronel Macón reía; reía diciendo: —«¡Si es de veras! ¡Si es de veras!...» Si es de veras, aquel Teniente Coronel de voz fuerte y mano dura... se come al enemigo.)

El soldado tenía dos heridas en la cabeza y algunas contusiones. El bárbaro atropello circuló rápidamente por la ciudad, soliviantando á los moradores, entre quienes gozaba la tropa grandes simpatías por haber estado alojada cerca de tres semanas en las casas, antes de inaugurarse el Cuartel recién construido.

Para mantener despierta la excitación, contribuí yo en primer término. La rota cabeza del soldado sublevó mi cólera. Afianzando la mesita entre mis piernas y aguantando las crueles punzadas que la falsa postura suscitaba en mis brazos dañados, redacté un suelto vehemente para el semanario manresano *La Montaña*. Como un

sinapismo sentó el suelto al Teniente Coronel. El periódico circuló profusamente, y empezó á tomar consistencia el proyecto de elevar una protesta á Weyler, Capitán General de Cataluña. Otros sueltos envié á *El Diluvio*, de Barcelona, que aún zahirieron más al Jefe del Batallón, y mantuvieron viva la alarma. Algunos días después reprodujo la prensa militar madrileña los cálidos escritos de *El Diluvio*, cerrándolos con apremiantes comentarios y exclamaciones al Capitán General y al Ministro de la Guerra para que interviniesen en el conflicto creado por el Teniente Coronel de Figueras, y le separasen del mando, si eran ciertos los hechos denunciados por los periódicos catalanes. Con metódica regularidad aparecieron nuevos sueltos de incógnito autor, arreciando en la protesta y recordando las heridas del soldado.

Sin decir que fuese yo el autor de aquella zarabanda, sabía por la cotidiana visita del Cuartel los efectos que mis escritos producían. Cada uno de ellos era otro dardo inflamado que se clavaba en el Teniente Coronel, El hombre estaba mustio y flojo: la tropa nunca había comido mejor rancho, ni gustado más rico pan. Decíase que el General D. Higinio Rivera —hoy Gobernador militar de Alicante, y entonces jefe de la Brigada— iba á llegar inmediatamente, enviado por el Capitán General. Murmurábase que el Teniente Coronel abandonaría en seguida el mando del Batallón é iría destinado en señal de castigo á una Reserva de Galicia. Hasta se pronunciaba el nombre del indicado para sucederle: un jefe que luego conocí en la Zona de Barcelona, joven, rico, elegante, donjuanesco.

El General Rivera vino á Manresa, y á Barcelona fué una Comisión de primates manresanos presidida por el Sr. Junoy, que por primera vez había ido á las Cortes representando aquel distrito. Suponía que su buena amistad con el General Weyler le daba derecho á solicitar en nombre de Manresa la destitución de un jefe propasado. Cuando me dijeron que la Comisión había salido para la capital, ya no volví á escribir sueltos. ¿Para que? Sabía que mi anónima labor había fracasado; que la campaña de prensa era ineficaz desde aquel punto, y que tendríamos Teniente Coronel para rato.

Háblese cuanto se quiera de íntima compenetración entre pueblo y ejército, ésta no existirá jamás. El militar se considera formando parte de una casta fuerte y superior, y desprecia profunda, cordialmente al paisano. Este instinto de superioridad y fortaleza, se inspira hasta el último soldado, que emanando del pueblo, al pueblo ha de volver

apenas expire su tiempo de servicio. Por conocer sobradamente esa irreconciliable enemiga de clase, imaginé que por grande relación de amistad que hubiese entre el Diputado republicano y el Comandante en Jefe del 4.º Cuerpo de Ejército, aquella visita y petición era suficiente para que el General Weyler suspendiese sus anteriores acuerdos y ayudase al Teniente Coronel, sosteniéndole contra la actitud de Manresa y sus delegados.

Weyler llamó al Jefe, que todo abatido fué á Barcelona en el primer tren. La ciudad aseguraba que ya no volvería: los soldados estaban satisfechos; los oficiales alegres. A las cuarenta y ocho horas volvió triunfante, ensoberbecido y dispuesto á descalabrar soldados, demostrando que tenía recia la voz y dura la mano, calidades que Catón reclamaba en el guerrero.

---

## XVII

Viernes. Jordá me despierta.

Silenciosa y cejijunta, Sor Francisca va por la sala distribuyendo medicinas y curando enfermos. Algunos pasean lentamente, pitagóricos, bien hundido el blanco gorro y tembladora la enhiesta borla. Nadie habla. Todos parecen abismados en honda reflexión. Con ser las once de la mañana y estar el dormitorio vestido de diáfana luz, se me representa más triste que á la hora melancólica en que la tarde agoniza y las sombras se filtran silenciosas por las altas ventanas, ó á la media noche, cuando los enfermos parecen muertos y la Muerte va cauta y entre crespones de cama en cama, y la tradicional mariposa designa sobre el sacro retablo sus danzantes sombras demoníacas.

¿Qué sucede, Dios mio?... Paseo la mirada por la enfermería y no veo ninguna cara nueva. Tampoco falta ninguna conocida: aquí está Jordá; á mi izquierda el tífico; allí enfrente los dos mendigos: Evaristo y Silverio; más abajo el enfermo de la tos árida: en la cama que ocupó el loco, está el soldado herido por el Teniente Coronel, y á su lado, Sor Francisca curándole. También veo á Tony... ¡Tony en la sala!... ¿Por qué está en la sala Tony, que apenas se levanta baja al patio para ayudar á Sor Berta en la clase de los párvulos?... ¡Y él también parece preocupado!... ¿Qué sucede, Dios mio? ¿Por qué estos presentimientos, que sin poderlos referir á nada concreto, me entenebrecen el espíritu y me hacen considerar amargamente la vida?...

¡Bah, nimio escrúpulo de enfermo! ¡Tal vez última proyección de una noctivaga pesadilla! ¡Ven á mí, suave cigarro, gran consolador de los tristes!

El humo opalino traza en el espacio raros arabescos que sigo con atenta mirada en su complicadísimo curso, hasta disiparse á lo lejos ó confundirse en otra bocanada. Así distraigo mis preocupaciones, hasta que la Hermana viene á curarme. Mientras me despojo de las vendas,

observo que en la tabla del fámulo no está mi botella de zarzaparrilla. Yo interrogo á la enfermera:

—Sor Francisca: ¿se le ha olvidado el depurativo?

Ella no me contesta. Con los labios fruncidos y los ojos lucientes y absortos, parece pensar en otra parte. De la mesita coge el linimento y lo agita fuertemente. Antes de empapar la pluma reconoce mis brazos, hincando el índice en un trecho donde no hay eczema. La piel parece más flexible, y la carne menos dura. Con su voz opaca, como si un velo le robase la femenina limpidez, me dice:

—Ya no hace falta.

—¿El linimento, Sor Francisca?

—La zarzaparrilla.

—¡Ah!... ¿Cree usted que curaré pronto?

—¡Sólo Dios lo sabe!...

Sus palabras son tan tenues, que apenas las entiendo.

La nítida pluma pasa varias veces por mis brazos, dejando suavidad y regalada frescura. Los polvos secantes caen del papel recubriéndolos con blanca superficie, y Sor Francisca se retira silenciosa dejándome sin vendar. No pudiéndome valer solo, llamo al soldado cínico:

—Albert: ¿quiere ponerme las vendas?

El viene con pausa; desarruga el vendaje, y mientras envuelve los brazos, me dice preocupado:

—¿No sabe usted lo que ocurre?

Mis presentimientos vuelven á renacer.

—¿Hay alguna novedad, Albert?

—Ramón ha muerto.

—¡Ha muerto el loco!...

—Cuando entraron esta mañana para quitarle la camisa de fuerza que le pusieron anoche, se lo encontraron tieso. Hace media hora que lo metieron en la caja de muertos.

—¿Y continúa en el pajar?

—No señor; lo han llevado en seguida al «Cuarto de las patatas».

Sor Francisca termina la cura de enfermos, y abandona la sala. Detrás sigue el fámulo con su tabla vacía. Los convalecientes ahilan silenciosos en busca del patio salutífero. Sentado en la cama, me quedo pensando en la muerte del loco, y agitado de vagos miedos, miro mis brazos; contemplo la faz calavérica del tífico: vuelvo á pensar en el

loco; pienso en la muerte... La angustia se aferra á mi garganta: tarda y pesada como una niebla invernal, me envuelve la tristeza...

¡Pero, qué me importa el loco?... ¡Fuera preocupaciones importunas!... Arrojo el cigarrillo; brinco de la cama, y con la escasa presura que los brazos me ofrecen, empiezo á vestirme. Cuando coloco la guerrera en mis hombros y salgo de la sala, los tristes pensamientos han vuelto á posesionarse en mi cerebro y pululan calladamente como pertinaces insectos. Lento, fatigado, hastiado voy descendiendo la escalera, volando muy remota, entre cielo y tierra, la mente. Cuando paso junto al pajar me parece que un misterioso poder me detiene. La puerta está cerrada: el fuerte cerrojo corrido. Un estremecimiento insólito me circula hormigueante de pies á cabeza, como si el viento helado de la eternidad rozase mis fibras más íntimas. ¡Algo pasa! Una sensación de vacío siento en el pecho, y la atonía me invade. La mente, en su volar remoto, ha huido de mí dejándolo á solas con la nada... Lentamente recobro la conciencia... Ahí estuvo el loco: creo presentir que ahí dentro queda algo suyo. Tal vez su pobre espíritu ronda taciturno y turbado buscando la pérdida envoltura...

Trémulo y receloso me acerco á la mirilla. Un fuerte mal olor me hiere de lleno, haciéndome cerrar los ojos. Al abrirlos veo la estancia desierta, y su silencio me impresiona más cruelmente que el patético lamentar del loco. Allí están apilados los haces de bálago; allí está la sórdida manta agujerada; allí la paja manida con los sucios rastros y profundas oquedades donde se revolcó el demente... Allí estuvo el insano rey de irrisión: algo esencial de su ser queda allí... ¡Quizás el alma turbada, que ronda buscando su cuerpo perdido!

Cuando me retiro de la fétida mirilla, doy algunos pasos y me detengo dubitativo. De dos patios equidisto: á mano derecha veo el fresco patizuelo de los verdes parrales, donde aletean jocondas las notas de la vida cantante: más allá se extiende el huerto suntuoso, poblado de luz, de pájaros y flores; en lo alto resplandece el firmamento de oro y azul... A mano izquierda hay otro patio, que por repugnancia no he visitado, y allí el fatídico «Cuarto de las patatas», el fatal depósito de cadáveres, antecámara del Camposanto, donde mi cuerpo quizás haga escala antes de hundirse muy pronto en la tumba. Yo quiero tomar á la derecha; pero una curiosidad insistente y rabiosa me impele hacia la izquierda. En vano pretendo retroceder atemorizado: la curiosidad me empuja poco á poco, aguijándome sin

cesar. Amorosamente arrebujó mis brazos enfermos en el oscuro pañolón que me sirve de cabestrillo, y todo encogido, llego al umbral.

Esto que veo es un callejón sombrío, jamás acariciado del sol. Un silencio denso, refractario y sin poesía, lo envuelve y acongoja el alma. En la luz verdimate está disuelta toda la tristeza del ámbito. La podredumbre y el moho enrarecen el aire húmedo, lo espesan hasta hacerlo irrespirable. Confundidos y revueltos como en abandonado cementerio, se ven todos los despojos de la senilidad, macilentos y sin alma. Entre un montón de ladrillos rotos y ennegrecidos, salen guiñapos de vestidos que parecen restos de mortajas: hay platos desporlillados, gorras desgarradas, arrumbadas escupideras; hay muletas tronchadas, latas, cintas vasos; hay alpargatas de mendigos, zapatos de enfermeras, botas de enfermos. Todo roto, todo roído por el tiempo ó por la cal, Las paredes están cubiertas de légamo verdinegro; los oscuros ángulos, criaderos de babosas, rezuman viscosa humedad.

Lloran los muros vebustos.

Llora la vejez de las cosas.

*Lucrymæ rerum!*

No entréis los alegres y optimistas en este callejón, porque habréis de temblar. Yo quiero retroceder, visitar el patio de la luz; pero la fuerza secreta, la loca curiosidad, me empuja adelante. Doy sólo dos pasos, y me detengo aterrado. El callejón de la muerte recobra vida fantástica y extrahumana. En el fúnebre silencio ambiente crujen bajo mis pies los platos, dicen ayes las tejas, gimen las botas tirantes. ¡Todo se queja! De un salto vuelvo al umbral, y siento tentaciones de romper á gritos para que vengan en mi socorro. Súbitamente reacciono; me irrito; avanzo resueltamente entre el gemir de las cosas que crujen como rotas calaveras. Allá en el fondo hay un postigo, y al verlo me detengo helado y medroso... ¡El cielo de profundo azul luce en lo alto como una esperanza inasequible sobre la ruindad de la tierra!... Miro el cielo, y vuelvo á mirar el postigo: siempre que se abre es para salir un muerto, que al otro lado lo recoge el negro carro funerario. Muy cerca de aquella vieja puerta que da á la eternidad, veo indicarse en la pared un largo hueco oscuro, que se ensancha á compás que me aproximo. Allí está el tremendo «Cuarto de las patatas»: allí el cadáver del loco. Las piernas se me conmueven, y advierto que no tengo fuerzas para llegar... ¿Retorno el camino?... ¿Llamo á Jordá ó Albert para que me acompañen?... ¡Qué cobardía!... Tan grande como la decadencia del

ánimo es el resurgimiento de la voluntad. —«¡He de verlo; he de verlo!», —me digo irritado, quizás enloquecido. Es la lucha entre el pavor y la resolución confusa. Mis sentidos se cierran á los objetos circunambientes; mis pies huellan los escombros como si aplastasen calaveras... ¡Me abalanzo frenético á la puerta: me arredo en seguida!... Un grito se ha helado en mi garganta. El corazón bate estrepitoso y enajenado; me martillean las sienes; me rezumban los oídos... En rápida ojeada acabo de ver una caja mortuoria, y algo más fatídico: tres cruces negras que sobre el muro parece haber trazado un dedo misterioso y temblón... ¡Cómo se agitan mis carnes!... Los brazos han escapado del cabestrillo, y mi mano derecha está apoyada en el verdín baboso de la pared. Mis ojos miran alternativa y estúpidamente al negro féretro y á las tres inseguras cruces que un dedo misterioso ha trazado en la pared.

Poco á poco me encalmo. Los nervios se templan. El pelo erizado se aquieta. Con cuidado y pulso asciendo al portal: con cautela bajo un pie; el otro luego. Tengo miedo de elevar ruidos y que el muerto despierte. El piso es húmedo y resbaladizo: pesada se aspira la mixta putrefacción de cadáver y moho. Sobre una mesa está la caja funeraria; dentro, el rey de irrisión; la tapa, en el suelo. Arrimado á la fría pared, desencajado y trémulo, contemplo al loco esperando que se remueva ó hable con voz de ultratumba, para huir aterrado ó caer sin sentido. Lentamente me acerco de puntillas, altos los brazos enfermos para conservar el equilibrio... Estoy junto al muerto, frente al loco rey de irrisión enfundado en la camisa de fuerza, que le sirve de mortaja. Sus manos están ocultas; el cinturón le ciñe por el vientre para que no pueda huir. Tamos y granzones le cubren cabeza y barba. Por el remate de la camisa surgen sus pies huesosos, sucios, amarillos, de crecidas uñas.

En su boca, que cantaba vibrante y entusiasta la Marcha Real, liba silenciosamente una mosca el negro humor que por sus comisuras baja. Los párpados, arrugados y azulinos, están entreabiertos, y los ojos de vidrio miran fijos, impávidos, á las tres medrosas cruces que un dedo temblón trazó en el muro.

Ni un hombre que vele, ni una mujer que llore, ni un cirio que alumbre.

Ante aquel rígido armazón de huesos cubierto de piel amarilla y mortaja de cañamazo, pienso en las elocuentes declamaciones de

literatos y moralistas. Pienso en Yorick; pienso en «el misterioso paraje del que ningún viajero retorna». Yo también quiero hacer trascendentales reflexiones; pero no se me ocurre nada... ¡Nada!... La inmovilidad y el silencio de la muerte me han petrificado.

¡Insana curiosidad! ¿Estás ya satisfecha?... ¡Ya me retiro!... Súbitamente siento que una fría mano descarnada se me posa en el hombro, y dando un fuerte tirón me arranca la guerrera. Yo me revuelvo espantado, de punta el cabello: exhalo un grito de terror, y pronuncio una atroz blasfemia. Creo hallar la figura airada de la Muerte, y solo veo el cadáver yacente é inmóvil, y las tres grandes cruces que un dedo misterioso trazó en el muro... ¡Mis nervios se deshacen de pavor y coraje!... Me dan ganas de pedir socorro; quiero dar un puntapié á la caja: echar á rodar el cadáver: evocar á la Muerte y dar muerto á la Muerte misma. ¡Mis nervios se deshacen! Mi guerrera ha caído sobre la tapa del féretro y me inclino para tomarla. Los ojos se me nublan: con repugnancia la cojo. Cuando me levanto, veo sobre la cabeza del muerto otra cruz de madera, grande, negra, desoladora. Los dientes me rechinan. La locura debe de rondarme muy cerca. Mi temeridad nerviosa ha decaído, y sólo siento frío en la cabeza; miedo en el corazón. Doy un paso, y la mano misteriosa me coge del brazo, me cantea, me obliga á mirar la seca faz del muerto. Quiero otra vez huir y la mano de hielo me retiene... ¡Ya no tengo fuerzas! Humilde me resigno á que la Muerte se ensañe. De cara al féretro, arredro muy poco á poco; retrocedo imperceptiblemente como malhechor que prepara la fuga: sigo arredrando. La cabeza del muerto se abisma en la caja; luego el pecho. Cuando llego al escalón se hunden las piernas: cuando lo bajo, desaparecen los pies secos, sucios, amarillos, de crecidas uñas. Vuelvo la cara, y lo último que veo son las tres cruces negras, que un dedo misterioso y temblón trazó en el muro... En seguida huyo aterrado por el callejón, entre el crujir de las cosas que suenan como quebrantar de calaveras, sintiendo á la Muerte que me persigue de cerca. Al llegar á la puerta me paro sin alientos. ¡Estoy horrorizado! Mi carne crispada quiere desgajarse de los huesos: náuseas mortales me corren por el cuerpo. Con los brazos apoyados en el quicial y la cabeza entre manos, espero que pasen las angustias horribles. Cuando me siento encalmado, dirijo una postrer mirada de anonadamiento á las muertas cosas que pueblan el callejón; miro sus

muros llorosos, y entre hipos y tambaleos de beodo, me dirijo al limpio patizuelo de los alegres parrales.

---

## XVIII

Cuando llego al luminoso patizuelo del verde dosel, me dejo caer abatido en un poyo. Los enfermos me rodean viéndome pálido y desencajado.

—¿Que le sucede?... ¿Se siente usted mal?

Yo finjo una súbita indisposición, que ya ha empezado á ceder.

El aire balsámico del huerto seda mis nervios: pero la tristeza me envuelve negra y tupida como un manto. La blanca ropa ondea sin gracia en el tendedero; los chiquillos alarman las clases con su molesto griterío: los árboles cabecean estúpidamente sin objeto ni fin... Los enfermos siguen interrogándome pertinaces, y yo les contesto desabrido, hasta que reconocen mi mal humor y no me hacen caso.

En la clase próxima suena el tableteo del cuacuá, Los muchachos cantan á grito herido acompañándose con los pies, y el canto y las recias pisadas se alejan, se dilatan, se resuelven en otras lejanas voces. Luego chirrían goznes, ábrense puertas, y la pléyade canora huye tumultuosa como bandada de pájaros en libertad... Reina la paz en las clases; los enfermos pasean pitagóricos so el palio tupido del verde emparrado; flamean sin gracia las sábanas; cabecean los arboles sin objeto ni fin... La campana tañe á lo lejos, y su voz de bronce se difunde solemne y trémula por el quieto espacio. Lentos, silenciosos, salen del patio los enfermos.

Yo me quedo en el poyo mirando absortamente el cielo de uniforme y monótona limpidez, ó viendo cómo los pájaros van de árbol en árbol. A intervalos me acometen náuseas, y escupo de hastío en el suelo. Una voz recia y autoritaria que baja de lo alto, me saca sobresaltado de mi abstracción taciturna. Es Sor Eustaquia que me llama:

—Sargento: suba pronto.

—¿Que se le ocurre?

—La comida. ¿No ha oído la hora?

—Gracias. No tengo apetito.

—Es preciso que suba.

—No quiero.

—¡Pues tendrá que subir, mal educado!

—¡Váyase á paseo!

Sor Eustaquia da un portazo, y se retira pronunciando enérgicas palabras que parecen blasfemas imprecaciones. Yo me tiendo en el banco disgustado de mi mismo, sintiendo acerba irritación de cuanto me rodea: árboles, pájaros, celeste limpidez, sol fulgurante. Cierro los ojos, y cuanto más los aprieto, con más intensidad veo el cuarto sombrío y el rígido rey de irrisión amortajado con la fétida camisa de fuerza ciñéndole por el vientre para que no despierte y se escape. Veo la caja mortuoria, y en esta fidelísima reproducción sensorial, noto detalles que apenas me habían impresionado antes. Vieja es la negra caja, viejísima. La superficie muestra distintamente los brochazos de pintura que el tiempo y el roce han deslucido, hurtándole el brillo. Mejor aún manifiesta el interior su larga durabilidad. La madera ha perdido la fresca y lustrosa blancura que en las tablas recién pulidas deja el rasante cepillo, y aparece seca, picada, amarillenta. Tal veo el féretro común —largo, llano y triste como la fúnebre barca de Caronte — encargado de trasportar al cementerio los muertos del Hospital.

Pensando en aquella negra caja, tan glotona como la tierra misma, siento un nervioso estremecimiento corriéndome por el cuerpo. ¿Estaría condenado yo también á morir en esta detestable casa?... La imaginación sobreexcitada me autorrepresenta muerto y tendido entre las cuatro tablas que trascienden á corrupción de cien cadáveres; ya me siento conducido por el carro tardo y chirriante á la mansión callada de los que fueron; ya me imagino rodando por la tierra viscosísima, saturada de pus y de voraces gusanos, hasta el fondo helado de la oscura huesa; ya las densas paletadas del sepulturero caen indiferentes sobre los mundos ideales que hierven dentro de mi cráneo y me aplastan con su pesadez de cieno el pecho... —Yo, preso<sup>[2]</sup> de repugnancia el pecho y seca la garganta, me levanto del poyo para aspirar con ávido pulmón el aire rizado del huerto...

Durante algunos minutos paseo reflexivo. Luego me canso y torno á echarme... Ahora no me atemoriza la muerte: me es indiferente. Ni al vivir ni al morir les encuentro profundo sentido. ¿Qué más da?... A una preocupación la sustituye otra: no temo á la muerte; pero me irrita pensar que allí muy cerca espera el sórdido ataúd que ha de recogerme

si un soplo mortal apaga la vacilante antorcha de mi vida, y que la fosa común de esta ciudad ha de nutrirse con mi carne... ¿Para tener remate tan ruin haber nacido y sufrir constantemente?... —«Mi madre fué una estúpida casándose— me digo... Mi padre fué un estúpido engendrándome... Hombres y mujeres debieran de sajarse el sexo para que la ralea humana dejara de ser, y que la Tierra girase estúpidamente alrededor del Sol hasta enfriarse y morir...» Este negro pesimismo (que quizás echase antes sus amargas raíces), me persigue desde entonces con asiduidad fatalista. Sabiendo que he de morir —y la muerte no ensombrece mis sueños— quisiera ignorar siempre dónde yacerán mis huesos. Envidio los pies ligeros y la vida errante de Ahasverus por no poder decir: «¡Aquí será!» Mucho más que los sepulcros tabicados, rellenos de escoria y silencio, me asustan los panteones vacíos que la estupidez de la gente erige en vida para saber prematuramente dónde ha de ser festín de gusanos. Ver un agujero de metro y medio, y resignarse á morar allí el que anhela anchos espacios y en su afán de movimiento le parece lenta la locomotora, me parece estúpido y despreciable. Siento profundo odio por los recintos sagrados donde los hombres se pudren, y el último bien que para mi deseo, es no fenecer como los demás fenecen, rodeados de padres, plañidos de esposas é hijos. ¡Venga la muerte cuando quiera; pero no rodeada de salmodias y lamentos! Sorpréndame el derrumbe de un muro, y mejor el ígneo rayo en la altura del monte solitario; sírvame de mortaja la ola rizada, y de sepulcro el mar profundo, soberbio y armónico. Y si en lecho de morir, que no me encierren en angostos féretros, ni me sepulten en oscuras oquedades, que hasta el alma hielan, ni me recubran con el limo putrefacto de villanos cadáveres... ¡Que mis cenizas caigan en río corredor, ó que las aventen por anchurosos ámbitos cuando los ciclones soplen rabiosos!... Pretendo que así gozaré de más libertad que en los agujeros de topos donde se sumen los reyes.

Cuando abro los ojos, veo otros ojos vertiendo sobre mi una mirada larga y luminosa, como rayo de oro que atravesando las nubes plomizas, cayese sobre la tierra oscura. Sor María de los Angeles se ha acercado de puntillas, y me contempla risueña creyendo que duermo. En la mano lleva un paño de altar para que las mujeres del huerto lo laven.

—¿Dormía usted, hijo mio?

Yo me incorporo ceñudo; miro remotamente con vagos ojos, y murmuro entre dientes:

—No señora.

Sor María observa mi acre humor, y la sonrisa lozana empieza á secarse en sus dulces labios. Con tenue y blanda voz me dice:

—¿Qué hace en este sitio y á estas horas?

—Ya lo está viendo: nada malo.

Lastimada por la sequedad de las respuestas, me pregunta en tono de amarga reconvención:

—¿Por qué me habla con tanto despego?

Duro y marmóreo miro á Sor María de los Angeles. La sonrisa no luce en sus labios de rosa. Está dignamente seria, con gravedad y sin enojo. Su voz vuelve á sonar suave é implorante:

—¿Siente agravio de mi?

Oyéndola siento comezons de enternecimiento; pero estoy rebosando acíbar y pesimismo: quiero ser satánicamente perverso: voy á gozarme en la refinadísima crueldad de humillar aquella pobre alma, más delicada que un lirio. Con brusco gesto desdeñoso, desvió los ojos de su faz transparente: los convierto hacia remotos espacios, y le digo bestial:

—Señora: haga el favor de retirarse.

Sor María se pasma. Luego retrocede. Da media vuelta, y con la cabeza inclinada se retira silenciosa, lenta, triste... Impávido veo alejarse la blanca figura humillada entre los oros del sol que reverberan en sus charoladas tocas, levantando chispeantes luces como rebotar de suntuosa pedrería... En seguida me conquista no sé qué profundo desconsuelo: algo esencial me falta: de algo vitalísimo me he desprendido. Un feroz remordimiento me transe y alancea: cruenta como un dardo me pasa por la frente la idea impía del suicidio... Sor María aún va por el huerto; aún puedo contemplar aquella casta ilusión, que se aleja nimbada de oro y aljófares... ¡Pero cómo osaré mirarla plenamente, si acabo de ofenderla!... ¡Yo soy ahora el humillado y ofendido; yo soy, que no podré reflejarme en el limpio espejo de sus ojos, donde duerme todo el sosiego profundo é infinito del cielo inmortal!

La Hermana entrega el paño; mariposea un momento por el jardín, y retorna el camino serenamente austera, mirando á los pájaros que pían de árbol en árbol. Su proximidad me avergüenza. Quiero eludir su

mirada, incapaz de contemplarla frente á frente. Deseo abandonar el fresco patio y refugiarme en la adusta enfermería; pero al pretender levantarme, siento que me desayudan las fuerzas: quedo incrustado en el banco... Sor María sigue acercándose, parsimoniosa y leve, pasándose por la mejilla su mano diminuta y nacarada, fingiendo nimias distracciones para no mirarme... ¡Es el mayor castigo que puede infligirme!... Avergonzado inclino los ojos. Contradictorios estímulos me incitan á huir en carrera loca, y arrojar me fervientemente á sus plantas; impetrar el perdón de la ofensa; besarle el borde del escapulario, que en blancura cede á su pureza. Trastornado y demente, oigo muy cerca el crujir de la arena y el rumor de la rica falda vocera que acaricia su divino cuerpo de dieciocho años. La vergüenza no me consiente levantar los ojos del suelo, y permanezco achicado en el poyo, haciendo mentales votos por que se aleje pronto la noble virgen ofendida... Súbitamente se para: yo me estremezco: miro de soslayo, y la veo muy cerca... Sor María va á fulminar contra mí alguna merecida censura; pero transcurre un minuto, dos minutos, mortales, infinitos, y no dice nada. Tímidamente elevo la cabeza, y contemplo á la más bella esposa que tuvo el Señor. Está seria: sus ojos me miran serenos, atentos, insondables. Bajo la obsesión de aquella mirada hermética, aún me siento más pequeño y anonadado. Mi cabeza da caóticos tumbos; la vergüenza debe de traspasar la tupida morenez de mi rostro, y teñirlo con el rojo abrasador de las llamas. Poco á poco me repongo... Sor María de los Angeles ha debido de comprender que he pagado con usura el necio ultraje proferido en un momento de insania, y la sonrisa angélica empieza á irradiar de sus labios dulcísimos. Su palabra suena con la armónica limpidez de un terso cristal de Sajonia:

—¡Pecador!... ¡Pecador!

El pecador murmura conmovido:

—¡Sor María!...

—¡Calle, pecador!... ¡Calle, y modérese!

Con apasionados trazos explico á Sor María la causa de mi hondo malhumor: la visita al cuarto de la muerte, y la hórrida impresión que el cadáver del loco me ha producido. Ella me escucha propicia, y con misericordiosa magnanimidad, me dice elevando sus ojos al cielo:

—¡Ruegue á Dios por el pobre muerto, que yo rogaré por usted!

Una sonrisa de gracias se insinúa en mis labios escépticos. Luego prosigue la bella Hermana:

—Está usted bastante excitado. Espéreme aquí, que voy á traerle un calmante que le hace mucha falta.

Nos hemos reconciliado, y la alegría vuelve á tonificar mi ánimo. Como banderas de paz vibran entre las pompas del huerto las blancas piezas de ropa; el sol centellea en las distantes cristalerías; los pájaros van rumorosos de árbol en árbol; los chiquillos invaden las desiertas clases, brincan y chillan, libres de férulas y mandatos...

Sor María de los Angeles llega recelosa, con las manos escondidas bajo el blanco escapulario; mira en torno si alguien la observa, y acercándose cautamente al poyo, me ofrece un libro diminuto de dorados cortes. En seguida huye temerosa como si hubiese consumado un gran pecado.

Miro la portada, y leo:

**Kempis**  
**Imitación de Cristo**  
**y**  
**menosprecio del mundo.**

---

## XIX

Las visitas del Cuartel me habían traído algunos libros escogidos, que en la percha, de la cuadra ó en el cuarto de la compañía iba atesorando amorosamente con los ahorros de mis escasos haberes. Entre esos libros estaba mi autor predilecto, el magnífico Plutarco, que tantas veces me había hecho soñar con los Alcibiades y los Fabio Máximos, revelándome la pequeñez de mis vanidosos oficiales, que pasaban el verano recordando la táctica olvidada en invierno, ó descabezaban los sueños de la guardia leyendo las frívolas gacetillas de sociedad que publicaba *El Noticiero*, de Barcelona.

Por el amor de Sor María reposé el sábado al elocuente Plutarco para leer á Kempis. Ningún momento tan propicio para impregnar mi alma con el perfume de muerto que sus páginas exhalan. Mi ánimo estaba desmayado y flojo; la enfermedad y la convivencia con enfermos y moribundos, me hacía pensar frecuentemente en la inanidad de cuanto late y se mueve. Ni siquiera podía concebir ahora la vida como un bello espectáculo, resonante y épico: todo lo veía gris y tristón como una mañana decenbrina, y cuando de tarde en tarde llegaba un fuerte aliento de sanidad con Sor Eustaquia ó cualquier vigorosa hermana, me lo imaginaba como algo excepcional é inaudito alterando la normalidad de la verdadera existencia, sufriente y tristísima. En la Imitación de Cristo encontraba claramente proyectado mi abatimiento anímico; pero lejos de acogerme en los brazos misericordiosos de la resignación, sus páginas aniquiladoras me punzaban como agujijones haciéndome protestar contra aquel bajo ideal de vida:

—«Cristo —decía el libro— quiso padecer y ser despreciado. ¿Tú te atreves á quejarte de cosa alguna?

»Si no quieres sufrir ninguna contrariedad, ¿cómo serás amigo de Cristo?

»Padece con Cristo, y por Cristo, si quieres reinar con Cristo.»

Este libro de abatimiento y renuncia, me displace tanto como me entusiasman los que exaltan y agigantan la personalidad. Cristo no es mi tipo inspirador. Ni los Evangelios que le llaman Hijo de Dios, ni los escritores heterodoxos que como Renán le despojan de la divinidad para ponerlo en el vértice de la humanidad, pueden hacérmelo simpático. El Cristo sencillo y benévolo es un ente mítico, legendario: el que reina sobre los pueblos es un Cristo-Moloch, insaciable en devorar las mayores excelencias del hombre. El es quien mancha su nombre, bendito por las almas serviles, con la sangre que rezuma la historia de veinte siglos.

Con Kempis pasé el sábado. El domingo sentí fuertes sacudidas y voces, que aun percibiéndolas confusamente entre la vaguedad del sueño, me parecieron hostiles. Al abrir los ojos, vi ante mi cama la ancha y odiosa cara bermeja de Sor Eustaquia. Con su gesto eternamente despechado y el tono autoritario de su voz, que me hacía perder la medida, exclamo:

—¡Jesús, que pesado tiene el sueño!... ¡Media hora que estoy llamándole!... ¡Cualquiera diría que lo hace aposta para que pierda una la paciencia!...

—¡Ya la he perdido yo, señora!

—Bueno; haga el favor de levantarse pronto.

—¿No sería mejor que me dejase dormir?

—Son las diez y media. ¿Todavía no ha dormido bastante?

A punto estuve de insultarla crudamente; pero haciendo un buen esfuerzo, logré reprimir el enojo, y con afectada resignación le dije:

—No tengamos ruidos, Hermana. Sabe usted que no puedo cerrar los ojos hasta venir el alba, y que ningún día me levanto antes de las once.

Sin dejar el tono incisivo y chocante, me contestó:

—Pero hoy es domingo, y ha de oír misa.

Yo me arrebujé con la sábana, y cerré los ojos por no estallar de rabia.

—¡No duerma, no! ¡Es necesario que se levante!

Aún pude refrenar el enojo.

—¿Oye usted?... ¡Vamos, hombre; vamos!

¡Válgame Kempis, porque estallo!

—Es inútil que pretenda dormir. De aquí no me separo hasta que se levante.

Aquella mujer agresiva tenía ganas de riñas. Yo me tapé la cabeza gruñendo como un mastín. Sor Eustaquia se puso á recorrer la sala haciéndola trepidar bajo su cuerpo macizo, y cuando la hubo paseado varias veces, volvió á llamarme con visible irritación:

—¿Pero no me hace usted caso?... ¡Le ordeno que se levante en seguida!

Ya no pude contenerme. Revolviéndome indignado, le grité:

—¡No quiero, mamarracho!

—¡Estúpido!... ¡Ya me las pagaría si fuese yo la Superiora!

—Lo creo: usted sería capaz de envenenarme. Le sobran malas entrañas.

Como otras veces, Sor Eustaquia abrió la compuerta del llanto. Hiposa y corajuda, voceó:

¡Infame; infame!... ¡En trece años que llevo de profesa no he conocido enfermo más rebelde é infame que usted!

¡Ni yo he conocido mujer más cerril!

Ella arreció en el llanto y en la iracundia. Pasando el escapulario de los ojos á la boca, bramaba:

¡Este es el pago que una recibe abandonando el mundo para consagrarse al cuidado de los enfermos!

Yo recordé las palabras que le oí la primer noche de Hospital:

¡Calle, holgazana! ¿Qué hubiese sido de usted si no profesa? ¿Y aún quiere que la compadezcamos?... ¡Pobre de la madre que tiene seis hijos y ni un bocado de pan que llevarles á la boca!

Con un violenta impulso estregó el escapulario por los ojos, dejándolos secos y áridos. Luego me dirigió una mirada truculenta, de inagotable aborrecimiento, y dando veloz giro, que hizo revolar el sayal y mostrarnos la mitad de su fornida pierna vestida de medias blanquísimas, huyó tempestuosa, levantando columnas de polvo.

Como esta lastimosa escena me había enajenado el sueño, tuve que vestirme á toda prisa. Cuando sosegadamente estaba acariciando mis brazos volcánicos con la fresca suavidad del opaco linimento, inundó la sala el agigantado capellán, que traía luciente la cara como una hermosa luna llena. Venía lento, haldeando su gran sotana acampanada, y sólo movía un pie cuando el otro estaba bien seguro. Detúvose al llegar ante mi, y luego de bastante titubear, esbozó una tibia sonrisa de cortedad y apocamiento, que daba á su cara el aspecto caricaturesco de una luna implorante y llorona. Viendo que no rompía

en su gran embargo, le hice un signo con la cabeza, invitándole á hablar.

—Pero hombre —me dijo tartamudeando,— pero hombre, ¿usted es el demonio?

—No, señor; soy el sargento Ciges, de la 1.<sup>a</sup> del 6.<sup>o</sup> de Cazadores.

El capellán se turbó, y sacando un gran pañuelo de inmaculada nitidez, se lo pasó por su gran luna llena. En seguida quiso acentuar la bondadosa sonrisa de timidez, consiguiendo sólo que la luna pareciese más caricaturesca y llorona.

—¡Todo sea por Dios, señor Sitges!... ¿Por qué ha insultado á Sor Eustaquia, hombre?

—Antes me ha ofendido ella.

—¡Ay, señor Sitges!... ¡Es usted muy malo!

—Peor es la enfermera.

—¡Vamos, no disputemos!... Haga el favor de levantarse.

—¿Pero no ve usted, Padre, que ya estoy?

—¡Todo sea por Dios, señor Sitges!... Usted perdone.

El capellán volvió á pasear el pañuelo por su cara anchurosa, y luego de hacer una deglución, me preguntó tímidamente:

—¿Asistirá usted á misa?

Fuertes comezones sentí de asegurarle que era necesario que doña Venus Sacristana viniese á ordenármelo; pero viendo tan contrito y turbado al bondadoso capellán, tuve lástima de él, y prometí complacerle.

El alentó satisfecho, insistiendo melosamente:

—¡Sí, señor Sitges!... Nada le cuesta oír misa, y de ese modo cumple con la Iglesia y con el reglamento de la casa. ¿Para qué mover ruidos?

—Ninguno habría, sí Sor Eustaquia solicitase con la corrección de usted.

El capellán indicó una modesta sonrisa de halago, y quiso disculpar á la enfermera.

—La pobre es algo ruda. Le faltan principios; pero en el fondo es buena: créame usted, señor Sitges, no tiene mal corazón.

En seguida volvió á pasarse el blanco pañuelo por la ancha cara apoplética; enjugó las grandes gotas de sudor que rodaban por su lengua sotabarba, y muy complacido, dijo en señal de despedida:

—¡Vaya, muchachos; arréglense pronto para oír misa, que va á sonar el segundo toque!

Y se alejó pausadamente, haldeando la gran sotana, afirmando con tiento un pie antes de mover el otro.

Los enfermos nos calamos los limpios gorros de enhiestas borlas que Sor Eustaquia había dejado en las camas, y unos en pos de otros salimos de la sala, cruzamos por el dormitorio de las blancas cortinas, y tomando por una escalera que había á la izquierda, recorrimos algunas oscuras estancias llenas de empolvados cachivaches, desembocando á continuación en el antecoro.

A medida que nos alejábamos de la enfermería se apagaba el intenso olor del ácido fénico: al entrar en el antecoro percibimos un suave perfume de incienso que enajenaba de regalo. La pieza formaba un gran cuadrilátero, y sus paredes estaban cubiertas con grandes retratos, obra de inhábiles artistas, representando á los «benefactores» de la casa, según se leía al pie de cada uno, con el nombre y fecha en que expiró. Eran estos benefactores personajes que florecieron en la primera mitad del siglo XIX, orondos industriales de faz bonísima y rotundo vientre, ó secos y angulosos, de rasuradas mejillas y punzante sonrisa, que les daba, trazas volterianas. Había plácidos sacerdotes que en sus testamentos dejaron pingües mandas al Hospital y damas antiquísimas de sutil talle y amplísimo miriñaque, el rosario arrollado á la muñeca y la cabeza tocada de ricas blondas. La rígida afectación de las actitudes y lo desvanecido del color, daba á aquellas figuras aspectos irreales, fantásticos: sombras de otros tiempos y de extinguidas razas. Los enfermos que residían algún tiempo en el establecimiento estaban familiarizados con aquellos arcaicos figurones, y al entrar los saludaban con nombres prosaicos ó grotescos, á que parecían responder los pintados adefesios con irónicas sonrisas ó severos fruncimientos de opulentos industriales ofendidos.

Poco antes de iniciarse la misa pasamos al coro, poblado de atriles y cantorales impresos con negros y rojos caracteres, entremezclados de notas musicales. El mendigo Evaristo, que presumía de latinista, aunque por igual le estorbaba lo rojo y lo negro, se acomodó ante el facistol, y remedando en baja voz el canto de un sochantre, rasgaba cada vez que volvía, una hoja del libro. Los otros enfermos hicieron ronda para aparar un voluminoso infolio que echaban por el aro de tiempo en tiempo marraban al coserlo, y el libro caía en tierra levantando un eco profundo, que retumbaba largo y medroso por la iglesia, inquietando á los fieles y obligándoles á volver la cabeza hacia

las alturas cavernosas. La vecindad de unos pasos acelerados obligó á suspender el juego, colocando en el facistol el enorme tomo, desfojado y sin registros. Doña Venus Sacristana apareció en la puerta, hermosa y alarmada, Tony, que había sido el organizador del juego, exclamó al verla:

—¡Vaya un susto que nos ha dado, Sor María!

Ella se mordió el labio inferior, que era su signo de reprensión, y moviendo la cabeza, dijo:

—¿Qué maldad estaban haciendo?

Los enfermos reprimían la risa y no contestaban. La graciosa Hermana se volvió hacia mí:

—¿Qué estaban ustedes haciendo, pecador?

—Ay, Sor María de mi alma, lo ignoro! Creo que éstos andaban enredando por ahí.

—Y usted, como es un santito, no enredaba, ¿verdad, hijo mio?

—Yo acechaba la iglesia desde el barandal por si lograba verla á usted.

Sor María se santiguó.

—¡Pecador, pecador, qué cosas dice!

Y como el sacerdote había llegado al presbiterio, tuvo que retirarse sin conocer la verdad.



## XX

Sor Eustaquia invade el dormitorio dando imperativas voces. Falta media hora para las tres, y hay que barrer en seguida, rehacer los lechos y disponerse á recibir la visita de la gente que procura observar la Obra de Misericordia.

Jordá viene á mullir mi cama; los mendigos repasan las escobas por el suelo, y la enfermera instala una mesa petitoria á la entrada de la sala. Cuando la ve limpia y las camas en orden, bate palmas:

—Déense prisa en acostarse, que van á llegar los visitantes.

Algo había oído yo hablar á los mendigos sobre aquéllas visitas y de lo que recaudaban para el tabaco de la semana; pero suponía que la permanencia en el lecho sería voluntaria. Notando la resolución con que Sor Eustaquia ordenaba que nos acostásemos, pregunté á un soldado, y él me dijo que á todos se nos exigía esperar en cama á las visitas. El secreto de esta anómala disposición se cifraba en la conveniencia de impresionar á los visitantes, viéndonos encamados y dolientes, para que no echasen en olvido al Hospital cuando dictaban su testamento, y fuesen liberales en las suscripciones para el sostén de la casa.

Un sentimiento enérgico de dignidad y pudor me impedía recibir aquellas extrañas visitas, que ni me interesaban ni había de agradecer. Deseando ahorrarme otro enojoso altercado con la hermana, la seguí algunos pasos por el dormitorio de las blancas cortinas, y en el tono más zalamero que con ella podía usar, la llame:

—Sor Eustaquia.

La enfermera se volvió bruscamente:

—¿Qué desea?

—Le suplico que me permita bajar al patio mientras dura la visita.

Sor Eustaquia hizo un gesto de exagerado asombro.

—¡Calle usted, por Dios!... ¡No puedo ser; es imposible!

Con firmeza y sin alzar la voz le dije:

—Pues le anuncio que no estoy dispuesto á acostarme.

—¡Pues yo le digo que se acueste pronto, y no mueva escándalos!

La altanería de sus palabras atrajeron algunos enfermos. Sor Eustaquia se volvió hacia ellos, y con descompuestas voces los mando:

—¿Qué hacen ustedes ahí?... ¡A la cama en seguida!

Luego se dirigió á mí:

—Lo mismo le digo. Es tarde y vamos á abrir las puertas.

—Le repito que no me acuesto. Aquí no hay ningún individuo de mi familia que necesite verme.

—Pero la casa exige que los enfermos reciban en cama la visita del público.

—¿Es verdad que suele dar limosnas?

Sor Eustaquia permaneció un momento suspensa, mirándome de hito en hito:

—No es posible impedir que las buenas almas den un socorro á quien tengan devoción.

—Está bien; pero es el caso que yo no quiero inspirar lástima ni exponerme á que me den limosnas.

Los ojos de Sor Eustaquia chispearon malicia, como si ya se gozasen en mi próxima humillación; las aletas de su nariz palpitaron gozosas, y con acerba sonrisilla, me dijo:

—¡Jesús, María y José!... ¡Vaya el señorito, y qué escrúpulos siente!...

Sor Eustaquia tenía ganas de penderciar. Sin duda esta mujer se complacía en dar gritos y oír que la ultrajasen. El insulto obsceno latió en mis labios: pero haciendo un esfuerzo, pude contenerlo. Volviendo las espaldas, dije á la enfermera con sorda ira:

—¡Márchese enhorabuena, y díglele á la Superiora que no quiero acostarme!

—No tengo que decir nada á la Superiora, ¿me oye? ¡Usted se acuesta, y hemos concluido!

Ceñudo me volví para mirarla. Sin dignarme contestar, tomé por el pasillo que daba á la escalera del huerto.

Como una hiena se abalanzó la Hermana sobre mi, echándome al rostro su aliento ardoroso. Con mano férrea me cogió del brazo izquierdo, reventándome eczemas y produciéndome penetrantes dolores. Estridente y nerviosa me gritó:

—¿Dónde va?... ¡A la cama en seguida!

La cólera se me anudó á la garganta. Ciego y violento forcejeé inútilmente por desasirme del cepo de su mano. Los eczemas crujían y se vaciaban, corriéndome el líquido viscoso por el brazo dolorido. Con la diestra ingente, próxima á ofender, le amenacé rabioso:

—¡Suélteme pronto, zorra, ó le estrello la cara de un puñetazo!

Sor Eustaquia dejó mi brazo; pero corajuda y vehemente, rompió en torrentosas injurias, á que respondía yo con otras que tales.

—¡A la cama! —exclamó ella definitivamente.

—¡No quiero!

Por segunda vez quiso arrojarse sobre mi: pero apoyándome en la pared, la contuve desatinado y frenético:

—Si se acerca usted, marimacho, la reviento de una patada.

Viendo tan revueltos los humores, acudieron varios enfermos. Los gritos habían excitado á los soldados, y menos Tony que permanecía neutral, los demás se adhirieron á mi causa. El cínico me alentó:

—Hace usted bien, sargento. Yo tampoco quiero acostarme. Nosotros somos soldados y no pordioseros.

Ofendido en su dignidad, gritó desde la cama el mendigo Evaristo:

—¡Anda con Dios, generoso!... ¡Cualquiera diría que un soldado es un príncipe!

El cínico se revolvió tonante:

—¡Calla, embustero, que eres una calamidad!... ¡Farsantón!...

El herido por el Teniente Coronel le contuvo en sus insultos, sentenciando frio y calmoso:

—Sargento: sí usted no se acuesta, nosotros tampoco. Que reciba limosnas quien tenga la poca vergüenza de consentirlas.

También Jordá intervino con su gesto simple y voz entrecortada de cómica exaltación:

—¡Ya está dicho, repacho!... ¡Nosotros somos militares!... ¡Vámonos al huerto!

Al ver el fomento que la protesta adquiriría, Sor Eustaquia enfrenó la lengua, y dando un rápido giro, fué ruidosa á dar parte á la Superiora.

Pálida y alarmada llegó la Madre á los pocos minutos, preguntando por la causa de aquella inopinada protesta. A grandes trazos se la expuse, y ella dijo cuando hube concluido:

—¿Y qué puedo hacer yo, Dios mío, si es orden de la casa? El pueblo tiene costumbre de visitar á los enfermos é interesarse por ellos, y si encontrase desiertas las salas, se creería desairado y hasta retiraría

su protección al Hospital. Y créame, hijo mio, no estamos tan abundantes de recursos para enojar á los visitantes.

Más que las palabras de la Superiora, empezó á persuadirme su tono amoroso é implorador. Yo quisiera obedecerla y que la tarde terminase en paz; pero el sentimiento de la dignidad herida protestaba clamorosamente en mi, negándose á recibir las villanas limosnas que á la caridad de la gente pluguiese concederme. Si Sor Eustaquia no es una vocinglera y avisa á la Superiora cuando en el dormitorio de las blancas cortinas le hablé, es posible que hubiese alcanzado permiso para refugiarme en el huerto; pero ahora protestaban conmigo los soldados, y era difícil obtener licencia para todos. Cuando la sumisión y la protesta pugnaban decisivamente estimuladas por las súplicas de la Madre, llegó el capellán, compungido y lacrimoso:

—¡Todo sea por Dios!... ¿Pero qué hacen ustedes, si han tocado ya las tres, y la gente se impacienta en el zaguán?

La Superiora me miró afligida:

—¡Por todos los Santos se lo suplico! ¡Acuéstese pronto y no me haga sufrir!

¡Qué había de hacer!... Renegando de mi mala sombra, di media vuelta tomando el camino de la cama. Los soldados me siguieron rehacios y malhumorados. La Superiora y el capellán se retiraron de la sala, contentos de haber eludido la tempestad que en momento tan inoportuno les amagaba.

Los protestantes nos desnudamos con presura, colocando la ropa en las mesitas de noche ó bajo el cabezal, y ocupamos nuestras camas.

Sor Eustaquia gritó desde lejos:

—¿Se han acostado ya?

Tony le respondió:

—Puede entrar cuando guste, Hermana...

La enfermera fué de lecho en lecho arreglando los dobleces de las colchas; recogió un papel que en el suelo había, y se instaló junto á la mesa petitoria.

La campana repicó distante y alarmadora. Sus ecos llegaron á la sala, haciéndome temblar de emoción y vergüenza. Luego sucedió un silencio prolongado y triste.

—¡Cuánto tardan! —murmuro el mendigo Evaristo.

Pasó otro rato de anhelante espera. En el dormitorio de las blancas cortinas oyéronse murmullos de muchedumbre que se acercaba: en

seguida frescas voces juveniles hablando quedo.

Inconscientemente estrujé el colchón deseando que se abriera para refugiarme en su seno. Luego alargué el brazo para coger de la mesa un tomo de Plutarco y ocultar el rubor entre sus páginas.

Las primeras visitas de mujeres aparecieron en la puerta.



## XXI

*Este era el estado de los siracusanos, antes de que Timoleón fuese á Sicilia...*

Las monedas tintinean en la bandeja: Sor Eustaquia saluda afablemente á los que llegan:

—¡Buenas tardes!... ¿Que tal?...

—¿Y la mamá, Pepita?

—¡Qué cara es usted de ver!... ¡Nos tiene olvidadas!...

Yo estoy vuelto de espaldas. Con el rostro escondido entre las páginas del libro, intento leer por donde al azar lo he abierto:

*Este era el estado de los siracusanos, antes de que Timoleón fuese á Sicilia...*

Las letras bailan ante mis ojos una danza desenfadada y burlesca, Los grupos de visitantes inundan la sala. Las monedas tintinean en el platillo y Sor Eustaquia habla vivaracha y risueña. Los mendigos se quejan amargamente: Evaristo reza y asegura que no tiene remedio. Una voz compasiva le dice:

—Pues tiene usted mejor aspecto.

El exhala un suspiro capaz de ablandar el pecho más empedernido, y murmura quejumbroso:

—¡Ay, hija de mi alma; no digas tal cosa! ¡Esta es la mejoría de la muerte!

Luego recoge la moneda que le ofrecen, le da un fuerte beso de agradecimiento, y

—¡Dios se lo pague y aumente! —dice con verbo plañidero.

Yo me irrito de aquella descarada farsa y siento tentaciones de tirarle á la cabeza el noble Plutarco; pero me acurruco en el lecho, hundo la cabeza en la almohada é intento abstraerme leyendo:

*Este era el estado de los siracusanos, antes de que Timoleón fuese á Sicilia...*

La enfermería retiembla con el incesante rastrear de los pies; suenan palabras misericordiosas encomendando á Dios y á la Reina de los Cielos... Caen las monedas en la bandeja del petitorio; Sor Eustaquia ríe y saluda: los mendigos lamentan amargamente fingiendo crueles dolores, ó asegurando que la vida les huye... Por la sala se ha derramado una poderosa corriente de vida sana, y sobre el áspero olor del ácido fenico palpita el rico perfume de las esencias, que en mi cuerpo vencido despiertan vividas reminiscencias de amores y voluptuosidades borrados por la enfermedad y el ambiente.

Humillado en el lecho y sin atreverme á elevar la cabeza, todavía no he visto quién circula por el dormitorio. La visita ha empezado por la fila frontera, y aún no ha llegado á la mía. Cierto que la gente irrumpió hace pocos instantes; pero el tiempo se me hace tan dilatado, que por cuarta ó quinta vez he leído en Plutarco:

*Este era el estado de los siracusanos, antes de que Timoleón fuese á Sicilia...*

El estado de los siracusanos y la vida gloriosa del héroe corintio siguen detrás; pero yo no puedo pasar de la transcrita iniciación. Cabriolean fugaces las letras; los saludos de Sor Eustaquia y el tintineo de las monedas me distraen; el lamentar de los mendigos me irrita; me avergüenza la vecindad de los extraños... ¿Qué hacer si alguien me ofrece una limosna?... ¿La rechazaré ofendido?... ¿La aceptaré con un quejumbroso «¡Dios se lo pague y le aumente la caridad!», como oigo decir á los otros?...

La primer visitante que veo es una anciana pulquérrima, toda vestida de negro. Se ha detenido junto á la cama del tífico, y muestra piadoso interés. Debe de ser visita asidua, pues le pregunta si nota mejoría desde el domingo pasado. El enfermo calla: sin duda le responde por gestos y señas, cuando ella tanto interroga. Yo no me atrevo á elevar la vista del libro para observarlos, porque detrás de la anciana he visto pulular la gente, y me atosiga el rubor. Ella deja una moneda en la mesa del tífico, y viene hacia mi.

Este momento es horrible. Me siento morir. Angustias, deseos y emociones se atropellan y confunden. Tiembla el libro en mi mano: danzan fantásticos los negros caracteres: un velo tristísimo pasa oscureciendo mi vista. Las fuerzas me abandonan, y aplomando mi cuerpo, quisiera que el colchón se lo sumiese. Como pájaro que oculta la cabeza para no ver el peligro, así aprieto tímidamente la mía contra

la almohada. La vergüenza me embarga y entorpece: el sudor mana fecundo de mi frente abrumada. La mujer ha llegado junto á mi cabecera, y se sienta apocada é indecisa: ve mi larga barba revuelta; mi pelo largo que se despeña en negros mechones bajo el blanco gorro casi derribado; el libro que oscila; los lentes que cabalgan á horcajadas sobre mi nariz temblorosa, y próximos á caer como mal jinete en inquieto potro... Este aparato que en otro sitio nada tendría de alarmante, preocupa á la anciana. Imagina que soy sujeto de gran cuenta, y no sabe qué decirme. Al fin rompe en ingenua pregunta:

—¿Cómo está usted, hermano?

No sé qué contestarle. No he podido reponerme de la profunda emoción que me anuda la garganta y detiene la lengua. Con los ojos le hago un leve signo de resignación y gracias.

—¿Qué enfermedad padece? —vuelve á preguntar.

Yo le muestro mis brazos vendados, y murmuro:

—Herpes.

La buena mujer me anima y conforta, suplicándome que confíe y espere en Dios. Luego entreabre un pañolito de enlutadas cenefas, y revuelve el puñado de céntimos que lleva en un pico. Yo la veo rebuscar y lucho acongojado entre recibir ó rehusar la limosna que va á ofrecerme. La anciana encuentra una perra chica, la besa, y me la ofrece tímidamente:

—Tome, hermano, y que el Señor le devuelva la salud.

Los ojos se me arrasan. No puedo hablar. Me es imposible rechazar la moneda en gracias á la intención, y haciendo un signo con la cabeza le advierto que la deje sobre la mesita.

Apenas se retira la anciana, se acerca otra señora de buen porte conduciendo de la mano á una niña vestida de gayos colores. La pequeña repara en mis lentes, y dice cándida á su madre:

—*¡Aquet malad porta ulleres!... ¿Tindrà mals els ulls?*

La señora también se interesa por mi salud preguntándome largamente sobre la enfermedad, tiempo que estoy en el Hospital y tierra en que nací. Con palabra sutil y entrecortada di satisfacción á su prolijo interrogatorio. Luego abrió el portamonedas y estuvo rebuscando una moneda grande, como había hecho la anciana; no encontrándola, sacó un par de piececillas de dos céntimos y se las entregó á la niña para que me las ofreciese. Ella dió varias vueltas á la pareja de moneditas, no explicándose por qué había de darme dos y á

los demás enfermos una. Con alarmada curiosidad elevó los ojos hacia su madre, y siempre en catalán, le dijo vivaracha:

—¿A este enfermo le das doble?

La madre sonrió benévola:

—Entrégale los cuatro céntimos, que el pobrecito esta muy malo.

La chiquilla extendió la mano ofreciéndome las monedas. Al mismo tiempo me preguntaba solícita:

—¿Usted no curará nunca?

Yo recogí el dinero y lo puse en la mesa, junto con el de la anciana:

—Nunca, hija miá.

—¿Se morirá pronto?

—Muy pronto.

La niña me miró atenta y reflexiva. Luego hablo:

—¡No, ya verá como no muere! ¡Yo rogaré á la Virgen María para que haga un milagro y le cure!

La madre la tomó de la mano, y se alejó complacida de los entrañables sentimientos que su hija guardaba.

La gente seguía invadiendo el dormitorio, y las monedas tintineaban en la bandeja. Los mendigos emitían falaces suspiros. Evaristo mascullaba Padre-Nuestros y Ave-Marías. Una voz femenina le preguntó:

—¿Dónde está el loco?... ¡No le veo!

El remató compungido una oración y le dijo:

—¡Ay, ángel!... ¡No somos nada, nadita!... ¡Polvo y ceniza nada más!... ¡Mi pobre loco ha parado ya de sufrir!

—¿Ha muerto el pobre loco?...

—No me preguntes, hija. Ni acordarme quisiera!... —«Por el alma de Ramón: Padre nuestro que estás en los cielos...» ¡Entre los brazos se me quedó muerto como un pajarito!... —«santificado sea el tu nombre...»

—¿Y usted, se siente mejor?

—¡Calla por todos los Santos!... ¡Yo me muero á toda prisa! ¿No ves cómo estoy?... No como pizca; duermo apenas, y me pasaría las noches fumando; pero como las limosnas no dejan para mucho tabaco, me limito á encomendar el alma á Dios.

Un grupo de jóvenes, bellas y olorosas, se paró ante mi cama mirándome con gesto de asombro. Eran rostros conocidos por haberlos visto en el paseo. ¿Por qué me miraban con gesto de estupor?... ¡Ay,

las inocentes no conocían la organización del Ejército! Mi Batallón era el primero que, tras dilatados años, volvía á prestar servicio en el pueblo, y las muchachas casi nos identificaban con los oficiales, creyendo que entre sargento y teniente no existía el abismo de una carrera, sino el vado fácilmente franqueable de un solo empleo. Por eso no sabían explicarse que un primate del Batallón como yo, relevado de servicio y que no cargaba con el fusil ni para ir á misa, pudiese estar en el Hospital revuelto con sollados, mendigos y gente de reconocida indigencia.

Mas corrido que las jóvenes estaba yo. El sudor se deslizaba denso y helado por mi rostro. Para velar la turbación, hundí los lentes entre las páginas del libro:

*Este era el estado de los siracusanos antes de que Timoleón fuese á Sicilia...*

Tantas veces leí lo mismo, que jamas podré olvidarlo. Inútilmente quería pasar adelante. Mi voluntad era ineficaz para retener á la fantasía que volaba muy remota transportando la atención, y las letras rompían la paralela uniformidad de las líneas iniciando un frenético canacán. El grupo hermoso seguía junto á mi cama, irresoluto y acortado. Unas jóvenes tiraban de otras para proseguir su visita, y las advertidas no osaban moverse, temiendo desairarme. ¡Y yo que dirigía tantas súplicas á Dios y al Diablo para que huyesen pronto sin dejarme limosna!... Ni el Cielo ni el Infierno quisieron escucharme. Una preciosa muchacha de ojos incandescentes y abundoso pelo rizado, más negro que la media noche, cuchicheó con sus amigas, hubo cambio de céntimos, y acercándoseme pudorosa y risueña, me ofreció una moneda de diez céntimos entre sus dedos pulidos. Yo me turbé hasta perder el juicio: extendí la mano; la retiré como si me hubiese picado un áspid. Con voz temblona de emoción y congoja, le dije:

—¡Gracias, muchas gracias!... ¿Quiere dársela al muchacho de al lado, que le hace más falta?... ¡Supongo que no se ofenderá usted!...

Ella sonrió muy gentil, y seguida de sus amigas, entregó á Jordá los diez céntimos.

Un Padre Jesuita vino después, elegante y alegre, distribuyendo ejemplares de la insípida *Lectura Dominical* entre visitantes y enfermos. Luego llegaron grupos, muchos grupos de mozas casaderas pertenecientes al pueblo y á la clase media. Mi vergüenza iba decreciendo paulatinamente desde que acerté con la treta de no recibir

las limosnas. Hablaba largo con las chicas, y cuando les conocía la intención de ofrecerme dinero, les aconsejaba invariablemente:

—Socorran al muchacho de al lado. Yo no lo necesito.

Creo que en mis palabras había no poca vanidad.

Cuando ya lograba familiarizarme con el visiteo, sonó en la puerta un nombre que me llenó de turbación y temblor. Sor Eustaquia decía rebotando contento:

—¡Bien venida, Monserrat; qué hermosa estás! ¿Cuándo te han vestido de largo, hija miá?

Y una voz argentina y emocionada de dicha —una voz que me era conocida, —le contesto:

—Hoy mismo, Sor Eustaquia.

Con movimiento automático de irrefrenable curiosidad, miré hacia la puerta. Juntamente con otras mocitas estaba Monserrat, por primera vez vestida de largo con traje azul, arrebolada y firme, mostrando la soberbia plenitud de una belleza ya presumida cuando iba de corto. Era Monserrat hermana de Aurelia, una joven inteligente y graciosa, con la que el entremetimiento de un soldado casi me había puesto en trance de entablar noviazgo, cuando la enfermedad me encerró en el Cuartel y luego en el Hospital.

¿Venía Monserrat enviada por su hermana? Quizás Aurelia se acordaba de mi menos que yo de ella; pero un oscuro sentimiento de vanidad hollado me acobardo, viendo á la hermosa paloma en la puerta. Corrido y nervioso cerré el libro, colocándolo entre las almohadas; me deslicé cama abajo, y tapándome la cabeza con la colcha, no dejé visible rastro de mi persona. La temperatura que reinaba en la sala era poco propicia para aguantar mucho tiempo en aquella postura asfixiante; pero yo resistía heróico, pareciéndome más llevadera la molestia que afrontar la mirada de Monserrat. Mi respiración se hacía anhelosa; el sudor empapaba mi cuerpo como si estuviese recién salido de un baño... ¡Si escapaba bien de aquel apuro, me creería capaz de realizar superiores hazañas que Timoleón el corintio en Sicilia!... Más de media hora estuve oculto. Cuando mi resistencia se hubo agotado, asomé tímidamente la cabeza. Monserrat había salido con sus amigas, y sólo quedaban algunas muchachas del pueblo y dos ó tres viejas repartiendo oraciones y palabras de consuelo. Poco después tocaba la campana, y Sor Eustaquia batía palmas, gritando:

—¡Ha terminado la visita!

Las zagueras se retiraron por el dormitorio de las blancas cortinas. El mendigo Evaristo fué el primero en levantarse, contando los céntimos que había recaudado:

—¡Treinta y cuatro!... ¡No alcanzan para dos cajetillas!...

En seguida salté yo de la cama, rojo, colérico, ansioso de mover pendencia:

—¡Es un asco y una canallada el obligarnos á sufrir tanta vergüenza! —grité tonante, —y cogiendo las tres monedas que tenía en la mesa, las arrojé con violencia al suelo.

Era provocar á la irascible Sor Eustaquia; pero ella no respondió. Grave y pausada, contó el dinero de la bandeja; separó la mesa, y haciendo el signo de la Cruz, empezó á rezar el Rosario.



## XXII

Ninguna nota alegre canta en la uniforme sucesión de los días. El calor arrecia en la sala, llenando los cuerpos de laxitud y hastío. Temo á las noches pobladas de suspiros, larvas y visiones; pero temo más al tiempo que media entre la una y las tres de la tarde. ¡Horas infinitas que no olvidaré jamás: horas de agonía que nunca después he sufrido! La luz entra cegadora por las enhiestas ventanas, y los enfermos caen hipnotizados en sus lechos. Desde el mio contemplo la ascensión de los pechos anhelantes; veo los pobres rostros marchitos, amarillentos como cera de funerarios blandones, y las frentes perladas de sudor. Un silencio pesado y de mal agüero se apelmaza sobre la enfermería, haciendo más perceptible el largo respirar sibilante de los enfermos, ó el opaco zumbido de las moscas primerizas, que revuelan describiendo círculos y espirales hasta posarse en los bordes azucarados de los vasos ó en los labios trémulos de algún durmiente. En estos momentos que abaten el cuerpo de languidez y sopor, la fantasía se inviste de poderosas alas para recorrer audazmente lo pasado y lo futuro. Nimios detalles de mi vida, perdidos entre los repliegues de la memoria, resurgían ahora grandes, limpios y distantes como azules montañas en una tarde diáfana. Y al comparar los claros ensueños pasados con la turbia realidad del presente, los ojos se me ensombrecían, y los labios se me enjugaban, y del pecho se me escapaban silenciosos y engarzados los suspiros. Yo, que con ánimo altivo había vencido los menudos y estúpidos escrúpulos de señorito mal educado masticando rancho, aljofifando suelos, limpiando retretes y aguantando bofetadas hasta que podía devolverlas aumentadas en doble y triple, yo sentía que mi valor menguaba, y mi voluntad, tensa siempre para la acción temeraria, caía deshecha como roto arco... Y si miraba adelante, queriendo explorar lo ignoto, sólo veía un camino fatigoso y triste, sin saber dónde podría parar: los días se continuaban plebeyos y dolientes, ó se remataban bruscamente en el soez ataúd donde había visto al loco, enfardado en

su camisa de bramante. Una vaga preocupación hacía más amargas las horas. Muchas veces el decir que en los Hospitales se mata á la gente por simples malquerencias: en aquel anormal estado de mi ánimo, todo lo temía. Sor Eustaquia me odiaba entrañablemente; la péfida sonrisa de la Madre se me antojaba la mueca de una envenenadora, y el gesto abrumado de Sor Francisca, su boca fruncida y el nervioso temblequeo de su barbilla, exornada por los mechones de rizado vello, me daba escalofrío. El veneno quizás no me matase; pero, ¿y el rebuscado abandono? El médico no me había visto desde el primer día, y mi asistencia no podía estar más descuidada. Sor Francisca me suprimió la zarzaparrilla, y cuando se agotó el frasco de linimento que suavizaba la tirantez de mis brazos y apagaba el fuego volcánico que por dentro me los derretía, díjome helada y concisa que ya no necesitaba más.

Estos negros pensamientos perdían fuerza opresora cuando sonaban las tres y bajaba á bañarme en el aire vivo y rizado de la tarde vernal. Quizás no tuviese razón sospechando en la lenta realización de un crimen. Sor Francisca había suprimido el depurativo y el linimento, la medicación interna y la externa; pero también había reemplazado la harina de patata con los polvos calomelanos, que costaban caros y secaban más. Hasta me dijo con su palabra lapidaria:

—No los escatime. Pida cuando necesite.

Esta prodigalidad contrastaba con la tacañería de antes, y me chocaba doblemente por haberla inaugurado la taciturna Hermana el lunes siguiente á las protestas del domingo.

—No escatime los polvos —me dijo otra vez.— Pida cuando necesite.

Y no volvió á curarme. Varias veces me despojaba yo del vendaje creyendo observar visibles progresos en la cura, y cuando la fea boca de un eczema ó un espacio cualquiera del brazo aparecía raso de calomelanos, allí caían pingües los polvos para cubrir la podredumbre con immaculada envoltura. Duros, hinchados y llenos de altibajos, eran mis brazos mínima reproducción fidelísima de esas largas cordilleras volcánicas, todo nieve en las alturas, todo fuego en las entrañas.

Sor Eustaquia no me hablaba, y al pasar por mi lado, hacía lo indiferente y glacial. Este artificio irritábame más que su gesto autoritario de la primer semana, aún empleado en sus tratos con los demás enfermos. Sor María de los Angeles, la blanca flor que crecía lozana en aquel frío erial, donde los afectos se eneraban, habíase

eclipsado como un astro, ó andaría alegrando con la sonrisa de sus dulces labios y el contento que brincaba de sus ojos, á los graves santos, aburridos en la lobreguez de la iglesia. Las horas se deslizaban hastiosas, entre el soporífero barbotear de idénticas oraciones y la uniforme contemplación de rostros escuálidos, amarillos, moviéndose silenciosos y fantásticos en el vislumbre de la sala poblada de humo y emanaciones de drogas, que se agrupaban en torno de la fatigada pupila eléctrica ó ante el vetusto retablo, donde la tradicional mariposa rojeaba entre negras sombras demoníacas su danzante lengua puntiaguda, avara en desparramar luces.

Al despertar una mañana, me encontré á Tony triste y desalentado. Como á tales horas solía estar ayudando á Sor Berta en la clase de los párvulos, me asaltó el temor de que hubiese ocurrido otra desgracia como al morir el loco. Yo le llamé; él pensó sin duda que ya no era enfermo, sino soldado, y me preguntó en respetuoso tono:

—¿Desea usted algo para el Cuartel?

—¡Pero, cómo! ¿Le ha dado el médico de alta?

Pesaroso, me contesto:

—¡No hay remedio!... Esta mañana me dijo que podía prestar servicio.

—¿Parece que siente tristeza de abandonar el Hospital?

—Francamente; sí, lo siento! Usted, que es clase, y tiene buen destino, es natural que prefiera el Cuartel; pero los soldados estamos mejor aquí. Sin contar que he tomado simpatía á las Hermanas.

—Sobre todo á Sor Berta, ¿verdad?

Tony me miró receloso é interrogativo. Luego murmuró, con el rostro encendido como la grana:

—También á Sor Eustaquia. Aunque usted la deteste, yo no tengo motivos de queja. Ya habrá observado que me trata bien.

—¡Muy bien, Tony! Sus cuentos la regocijan tanto, que va á echarle de menos.

El soldado no me contestó. Mudando de tono, le pregunté:

—¿Cuándo se marchará?

—Esta tarde. Hoy tengo que justificar aquí.

Tony prosiguió su interrumpido paseo, cabizbajo y meditativo, hasta que Sor Eustaquia le invitó á distribuir los platos para la comida del medio día.

A la hora de siesta le vi inquieto en su cama. Luego se levantó desazonado, y quitándose el ancho camisón de la casa, se puso su camisa. El blanco gorro, que siempre llevaba endosado, también cayó de su testa, sustituyéndolo con la gorra cuartelaria de doble franja verde, que caracteriza á los Cazadores. En seguida empezó á pasear nervioso. Como el eco de sus pisadas despertaba á los durmientes, me dijo en baja voz:

—Voy al patio á ver sí la cabeza se me despeja.

—¿Le permitirán pasear á estas horas?

—Como es el último día...

Y se alejó de puntillas corredor adelante.

A las tres llegó Sor Eustaquia batiendo palmas y rezando la hora. Cuando ella se retiró, dispusieron los convalecientes á barrer la sala y ordenar los lechos para luego acudir al patio. Yo bajé delante, y al poner los pies en el patinillo, me detuve bruscamente, sintiendo un vuelco que me daba el corazón. Tony y Sor Berta...

¿Pensáis que el narrador desea matizar la aridez de su fatigosa historia inventando una fuerte e inesperada situación de amor triunfante? Para eso bueno fuera idear novelas en vez de reverdecer, cuando ya están secas y apenas punzan, los recuerdos infaustos de una juventud tormentosa, más amarga que adelfas y retamas... Cantan los chiquillos en la clase próxima, y apoyados en el hastial de la puerta cerrada, he visto al soldado y á la melancólica Hermana. Tony tiene vueltas las espaldas, y su alto cuerpo casi me impide ver á la pálida Sor Berta. Trémulas y luminosas como dos visiones, asoman sobre los hombros del mozo las ideales manos, que parecen creación de primoroso artífice, La toca también resplandece junto á las manos, y la cabeza reposa en el pecho del joven, El la retiene por la cintura en fuerte abrazo de despedida..., y yo me retiro con discreción para no turbar el breve momento en que comunican dos corazones.

Cuando llego al pie de la escalera, descienden los convalecientes. El tumulto que levantan debe de advertir á los amantes el peligro que corren; pero como los chiquillos cantan y retozan, temo que sus voces acallen las pisadas que se acercan, y voy á evitarles una alarma. Con fuerte voz, que tal vez me atraiga maldiciones de la pareja, exclamo:

—¡Jordá, haga el favor de bajarme el pañuelo que encontrará entre las almohadas!

En seguida simulo nuevas ocasiones de hablar á los que descenden; finjo un acceso tosegoso acompañado de fuerte golpear con los pies, y llevo al patio.

Sor Berta ha desaparecido en la clase. Mustio ante ella está Tony, con las manos cruzadas á la espalda. Quiere aparecer indiferente mirando al espacio azul como si persiguiese con los ojos alelados el vuelo de alguna ilusión.

¡Pobre muchacho! ¿Cómo no había de estar triste y de preferir el Hospital al Cuartel?



## XXIII

Al despertar una mañana, me dice Jordá con misteriosa entonación:  
—Fíjese en su vecino! ¡El médico ha dicho que morirá hoy mismo!

El tífico está rígido, y la luz le hiere directa. Tiene cerrados los ojos; hermética la boca, y parecería inánime si de tiempo en tiempo no se alzase su enjuto pecho y los dedos huesosos no se afianzasen á la ropa. El pelo, entrecano, se apelmaza á las sienes hundidas, y la barba forma desordenados mechones, impregnados de exudación y medicinas. Los labios están negros, agudos los pómulos, moradas y sombrosas las hondas cuencas donde se abisman los ojos sin luz, En su frente arrugada, lucen sobrepuestas capas de sudor.

Las cuatro de la tarde eran cuando el médico volvió acompañado de Sor Francisca. Mefistófeles reconoció al paciente y se lavó las manos en la palangana que un mendigo le ofrecía, mirando significativamente á la Hermana. Sor Francisca también le miraba, acerados los ojos, impávido el gesto. Luego se retiraron con pausa: el, delante; ella, detrás. En la puerta de la sala detúvose meditabundo el médico; la Hermana se paró.

El:

—Ya sabe.

Ella:

—Ya sé.

Y se alejaron lentos, silenciosos: él iba delante; ella seguía detrás.

Un rato después llegaron otras dos personas: Sor Eustaquia, delante, con una silla; el sacerdote, detrás.

La mercenaria puso la silla en la cabecera del enfermo, y con semblante ensombrecido nos dijo á los que estábamos levantados:

—¡Salgan fuera!

El capellán se acercó al lecho del moribundo, y los demás seguimos á la enfermera.

Desde el dormitorio de las blancas cortinas velamos la negra y temerosa sombra del sacerdote inclinada sobre el enfermo, y percibíamos el grave rumor de su voz, interrumpido por breves pausas para que el enfermo asintiese ó denegase la realización de los pecados que el confesor enunciaba.

Para inmunizarnos de las sombrías preocupaciones que pudiera sugerirnos aquel espectáculo preparatorio de la muerte, Sor Eustaquia empezó á rezar y encomendar el alma del moribundo, aumentando con las súplicas y el tono lastimero de las oraciones la angustia que nos dominaba.

Cuando el sacerdote hubo terminado la confesión, salió triste y sudoroso.

—Se acaba —dijo.

Y en seguida:

—Acompañenme algunos para recoger los cirios, que vamos á darle el Viático.

Seis hombres siguieron al capellán; los demás reingresamos en la sala: rodeamos el lecho del enfermo: presentimos el vago aliento de la Muerte.

Sor María de los Angeles entró presurosa, y luego de contemplar melancólica al tífico y mover tristemente la cabeza, le rodeó el cuello con un paño blanco.

Pasaron cinco minutos de profundo silencio. Una campanilla sonó á lo lejos. El enfermo abrió lentamente los ojos inanimados y volvió á cerrarlos con gravedad y abandono. El toque metálico se oyó más cerca, y hasta la sala llegaron murmullos de salmodia y rumores de pasos. Sonó más cerca la campana y alzáronse los murmullos. Por el dormitorio de las blancas cortinas aparecieron las luces temblorosas de los primeros cirios. Formando doble fila avanzaron los enfermos. Detrás venía el fámulo sonando la campanilla, y en seguida el sacerdote, lento y solemne, con sobrepelliz y estola, aprisionando contra su pecho el Viático, bien resguardado bajo blanca muceta. De tiempo en tiempo sus labios salmodiaban latines misteriosos.

Enfermeras y enfermos caimos de hinojos. Al entrar por la puerta saludó el sacerdote:

—*Pax huic domui.*

El fámulo contesto:

—*Et omnibus habitantibus in ea.*

A un signo de Sor María los portacirios se colocaron á entrambos lados de la cama. El capellán pasó á la cabecera, y descorriendo la muceta, se quitó el portaviático para colocarlo sobre la mesita, haciendo genuflexiones. De manos del acólito recibió el hisopo, hizo aspersiones, y con distinta y profunda voz dijo al moribundo:

—Antes de que recibáis el verdadero Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, es preciso que, como católico cristiano, hagáis la protestación de la fe, y así me iréis contestando á lo que os preguntase:

«¿Creéis en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y de las cosas visibles é invisibles?»

El enfermo entreabrió los ojos mortecinos; sus labios temblaron con una inarticulada respuesta, y movió suavemente la cabeza en señal de asentimiento.

—«¿Creéis en Jesucristo, su único Hijo?»

El moribundo volvió á asentir.

—«¿Creéis en el Espíritu Santo?»

»¿Creéis que Padre, Hijo y Espíritu Santo, son tres personas y un solo Dios verdadero?»

»¿Creéis que Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de la Virgen Santa María, quedando ella virgen antes del parto, en el parto y después del parto?»

Esta sucesión sin tregua de preguntas, alteraba el necesario reposo del moribundo; le conturbaba; le inducía á entreabrir los desvanecidos ojos; á mover los labios; á significar con la cabeza su asentimiento... Y el sacerdote continuaba su tiránico ministerio, elevando por grados la voz profunda, fija su reluciente mirada en el rostro cadavérico:

—«¿Creéis que padeció, que fué crucificado y muerto por salvar á los pecadores?»

»¿Creéis que fué sepultado, y descendió á los Infiernos, de donde sacó las almas de los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento?»

El moribundo seguía moviendo la cabeza á cada pregunta; su cuerpo temblaba bajo la colcha. Sor María y Sor Eustaquia rezaban semiocultas al pie del altar... Pálidos e impresionados de angustia asistíamos los enfermos á esta mortuoria escena, como si las palabras del sacerdote se dirigiesen á nosotros... El proseguía con voz tonante y gesto inflamado de católico ardor:

—«¿Creéis que al tercero día resucitó de entre los muertos, y subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre, y de allí ha de venir al fin del mundo á juzgar los vivos y los muertos?»

»¿Creéis que todos hemos de resucitar en nuestros propios cuerpos para que cada uno reciba galardón ó castigo conforme á sus obras?»

El enfermo afirmó, extenuado, estremecido. El sacerdote puso en sus negros labios una Cruz, y le invitó á repetir, palabra por palabra:

—«Adorámoste, Señor, y bendecímoste que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.»

Sojuzgados y temerosos, los demás enfermos repetíamos automáticos las frases que el sacerdote dictaba al postrado. Luego tomó la Sagrada Forma, y elevándola místicamente, dijo con solemnidad robusta:

—*Ecce Agnus Dei, ecce que tollit peccata mundi.*

Las sombras penetraban con sigiloso paso, escondiéndose en los ángulos, revolviéndose entre los lechos, girando informes por el adjunto dormitorio. Los blandones lacrimaban en las inseguras manos de los enfermos, y al proyectar sus trémulas llamas sobre la seca faz del moribundo, dábanles lívidas apariencias espectrales.

El capellán continuó realizando toda la crueldad infinita de su deber. El paciente no podía alcanzar de la Religión el beneficio de morir en reposo. ¿Qué importaba el presente trastorno del alma, ante su eterna salvación? Las palabras volvieron á resonar fuertes, implacables, taladrantes:

—Réstaos confesar los Sacramentos de la santa Iglesia católica, por los cuales nos salvamos:

«¿Creéis que en la Iglesia católica, que es la congregación de los fieles cristianos, por el Bautismo y por los otros Sacramentos nos perdona Dios nuestros pecados y nos hace herederos de su reino?»

»Creéis que por virtud de las palabras que Cristo dijo en la última cena, y cualquier Sacerdote rectamente ordenado, por pecador é indigno que sea, dice, se convierte la sustancia del pan en Cuerpo de Cristo, y la sustancia del vino en su Sangre?»

La cabeza del enfermo se movía más desordenada á cada pregunta. Sus ojos se abrían y cerraban aterrorizados. La boca intentaba enunciar las afirmaciones; pero sólo emitía vagidos que le enviaba su pecho acobardado. Duro y fanático, el sacerdote preguntaba, preguntaba sin tregua, temblando la Hostia en sus dedos:

—«¿Y que esto que yo ahora tengo en mis manos es el verdadero Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo?

»Además de esto, ¿perdonáis de corazón á todos los que os han hecho injuria ó algún pesar?

»¿Pedís asimismo perdón á los que en algún tiempo hubiéreis ofendido por palabra ó por obra?»

La cabeza versátil del enfermo quería afirmar al compás que su boca se abría y cerraba angustiada, atormentada.

El cura le invitó á repetir frase por frase:

—«¡Señor mío Jesucristo, yo no soy digno de que vuestra divina Majestad entre en mi pobre morada; mas por vuestra santísima palabra, mis pecados serán perdonados, y mi alma será sana, salva y perdonada!»

Tres veces tuvo que repetir el moribundo la misma súplica. Su cuerpo se conmovía bajo las sábanas; su lengua barboteaba torpemente los vocablos; los retorció entre sus labios postemosos; los expulsaba mutilados, ó los dejaba caer con acentos guturales, que parecían ayes comprimidos.

El sacerdote le dictó estas lamentables palabras de eterna renunciación:

—«¡En tus manos, Señor, encomiendo mi alma!»

Las sombras envuelven la sala, y la luz amarillenta de los cirios tiembla y chisporrotea, aclarando escasamente los contornos del agonizante. Las Hermanas siguen sumisas al pie del altar, implorando por el que muere. Los enfermos también rezan, y yo me irritaría de la infinita duración de esta ceremonia, si el ambiente trágico que flota en la sala no me impresionase.

El sacerdote acerca el Cuerpo Eucarístico á la boca llagada del tífico, murmurando lentamente:

—*Accipe, frater, Viaticum Corporis Domini nostri Jesu Christi, qui te custodiat ab hoste maligno, et perducat in vitam æternam.*

En seguida se lava los dedos, y el agua así purificada, la ofrece al enfermo...

Rezador y pausado, pone el copón en el portaviático, que se ajusta al cuello; escóndelo entre la blanca muceta, y precedido de los lacrimosos cirios, anunciado por la campanilla en todos los ámbitos del Hospital, se aleja salmodiando misteriosos latines.

La sala queda envuelta en silencio y sombras de muerte. Sor Eustaquia pide una cerilla para encender la mariposa, y casi al mismo tiempo brilla un punto de luz en el foco eléctrico.

Todos rodeamos el lecho del moribundo. Los rostros están desencajados. Entre las sedosas pestañas de Sor María tiemblan dos lágrimas.



## XXIV

La campanilla vuelve á sonar remota, intermitente: la luz nerviosa de los blandones se insinúa entre las tinieblas lejanas. Oyese el murmullo de las salmodias rituales; percíbese el lento rastrear de los pies; suena la aguda campanilla.

Irritado, le digo á Sor María:

—¿Pero no va á concluir nunca este suplicio?

Ella mueve tristemente la cabeza, y mirando al enfermo, me responde:

—Como le queda poco tiempo de vida, es necesario administrarle la Extrema Unción.

El ordenado cortejo entra en la sala. El sacerdote se descuelga una bolsa de terciopelo, y sacando la anforilla de plata que contiene el Santo Óleo, la deja sobre la mesita entre rezos y genuflexiones. Luego abre un libro; pasa registros, y volviéndose hacia el enfermo, lee pausadamente, á la luz oscilante del próximo cirio, estos atemorizadores conceptos:

—«Hermano, todos debemos conformarnos siempre con la voluntad de Dios; pero á vos ahora os es más necesario, para que, estando como estáis oprimido de esta grave enfermedad, alcancéis por la benignidad divina la salud, primero del alma, y después del cuerpo, si ésta fuera útil para el alma. Recibimos prestada la vida, para que cuando nos la pidan, la volvamos de buena gana; y si se os ha llegado el tiempo de pagar esta deuda, alegraos, pues salís de los trabajos y miserias de la vida humana, y junto con la carga del cuerpo, dejáis la costumbre de pecar.»

El sacerdote hizo una pausa para cobrar aliento. Luego continuó leyendo:

—«Pasaréis de esta vida fortalecido con el socorro de los Sacramentos, lo cual habéis de estimar como un gran beneficio; porque cuantas veces habéis recibido los Sacramentos, tantas habéis sido

ungido y adornado con la sangre de Cristo nuestro Señor. Por lo que, seguramente, en cuanto la fragilidad de la condición humana permite, iréis al cielo. Os conocerán los ángeles, saldrán á recibiros los bienaventurados; la bienaventurada Virgen María os abrazará y os llevará á su Hijo, con cuya señal estáis adornado. Con la unción de este Santo Óleo se acrecienta la gracia, los pecados veniales se perdonan, las enfermedades del alma y las reliquias del pecado se sanan, y se llena el alma de aquella alegría que significa el Óleo Santo.»

El lector volvió á detenerse para alentar y limpiarse el sudor que manaba pródigo de su rostro. En seguida se pasó la mano por los ojos, y acercando el libro á la luz inquieta y chisporreante del cirio, continuó:

—«Úngense las principales partes del cuerpo, para que lo que se ha pecado por vicios de los sentidos y los miembros, se sane con esta medicina. Os fortaleceréis para poder luchar con el demonio y evitar los lazos de él, que siempre pone sus mayores asechanzas al fin de la vida...»

Un torrente de sollozos interrumpió al capellán. Alguien se debatía impresionado por las terroríficas sugerencias de la lectura en aquel ambiente de silencio y misterio, alumbrado por los cirios llorosos. El moribundo entreabrió sus ojos de vidrio, y volvió á cerrarlos muy poco á poco. Las Hermanas acudieron al lecho del que sollozaba para acallarle con sus ruegos. La voz profunda del sacerdote renació cansada:

—«Acaso os librareis de esta enfermedad: es á saber, si os conviniere para la salud del alma, porque tal virtud tiene este Sacramento, como dice el Apóstol Santiago; mas no habéis de tener gran esperanza de ello, porque no aflojéis en el cuidado del alma; ni tampoco habéis de estar desconfiado, porque no parezca que menospreciáis la gracia del Sacramento. Llegad á ser ungido con aquella fe con que llegaban en otro tiempo los que habían de ser sanados por los Apóstoles. Y no dudéis que las santas oraciones con que invocamos la sagrada misericordia en persona de la Iglesia y de Cristo nuestro Señor, sean oídas por su divina Majestad, que ninguna cosa desea más que la salud de los fieles: á El sea dada honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

Calló la voz del sacerdote cuando hubo pronunciado esta fatal sentencia, y en el denso silencio imperante sólo se escuchó el débil

alentar del moribundo resonando como un silbido. Sus ojos estaban clausurados: en su rostro seco é inmóvil danzaban los fuegos de los próximos cirios.

El capellán tomó de la mesa la Santa Ampolla, y sacando el vástago de plata tocado del sagrado aceite, cruzó los ojos del moribundo recitando con honda y lenta entonación:

—*Per istam sanctam Unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dóminus quidquid per vissum deliquisti. Amén.*

El enfermo entreabrió tardamente sus ojos sin brillo al sentir el frescor del plateado vástago: luego cerró los párpados como si un sueño invencible gravitase sobre ellos.

El sacerdote ungió después los oídos, las narices en seguida, la boca, las manos, los pies, los riñones, limpiándolos de las reminiscencias del pecado que por ellos se hubiese imbuido...

Precedido de luces y campanillazos se retiró el Santo Óleo corredor adelante. Sor Eustaquia previno que saliesen al dormitorio de las blancas cortinas los enfermos que desearan comer; pero excepto el mendigo Evaristo y el soldado herido por el Teniente Coronel, nadie quiso catar la comida, desganados por aquella lenta escena de mortal aparato.

El moribundo seguía rendido. De tarde en tarde un leve estremecimiento ó un nimio hipo que contraía sus labios cubiertos de oscura costra, eran los únicos vestigios de que aún había en él pálidos vislumbres de una vida que se eclipsaba.

Por tercera vez ingresó el capellán en la sala; pero ahora venía vestido con el traje talar, y le acompañaba la Superiora, que se retiró apenas hubo visto al enfermo. El sacerdote abrió un libro, y sentándose en la cabecera del lecho empezó á recitar los Salmos Penitenciales con voz grave y cansada.

Fatigado de fórmulas mortuorias é incesantes latines, salió al próximo dormitorio, donde el soldado y el mendigo comían mudos bajo la torva luz de un foco eléctrico. La honda voz del sacerdote murmuraba dentro. De trecho en trecho se detenía para descansar: un silencio de mal agüero envolvía entonces la sala, hasta que recomenzaba fortalecido:

—*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam...*

Su voz volvía á debilitarse gradualmente haciéndose imperceptible. Tomaba otro descanso, y luego tornaba á quebrantar el silencio:

—*De profundis clamavi ad te, Dómine: Dómine, exaudi vocem mean...*

Rendido y extenuado descorrí una cortina, y al ver el lecho incitador y discreto, me acosté deseando no percibir aquellos rumores lúgubres y obsesionantes. Poco á poco me quedé traspuesto en un decaimiento de los sentidos laxos. Largo tiempo permanecí en esta atonía, hasta volverme á la realidad la voz dulcísima de Sor María de los Angeles hablando con el soldado. Entonces salté de la cama, y al acercarme á ella, se volvió para decir con ojos enternecidos por las lágrimas:

—¡Acaba de entregar su alma á Dios!

Un cuarto de hora después, los mendigos vestían al cadáver con los andrajos que les entregó Sor Eustaquia. Dos enfermos subieron el cóncavo féretro que sonaba á tumba y trascendía á eternidad; extendieron al tífico con las manos cruzadas, y tomaron el camino del siniestro «Cuarto de las patatas», precedidos de una luz, seguidos de Sor Eustaquia rezadora, que en vez de suplicar parecía ordenar á las celestes potestades por el alma del muerto.



## XXV

Seguimos la enfermera y yo sin poder mirarnos. A Sor María sólo de tarde en tarde la veo, cuando le toca de guardia ó pasa como un fugaz meteoro por el patio. Sor Francisca ha sustituido los calomelanos por el yodoformo. Muda é impasible, me deja por la mañana un buen envoltorio. Si alguna vez quebranta su helado silencio, es para decirme:

—No los escatime.

Tan fielmente observo su recomendación, que no paso dos horas sin explorar mis brazos, semejantes á apagadas solfataras con sus cráteres amarillos cubiertos de reseco polvos.

Con júbilo observo que la hinchazón remite: los brazos se adelgazan, y en lugar de los eczemas quedan grandes manchas negras, como si el linimento ó los polvos hubiesen quemado la carne. La tensión afloja; la blandura se hace más perceptible; los negros presentimientos de contraer nuevas enfermedades, amputación y muerte, ya no me hostilizan como las primeras semanas; pero mi cura procede con tanta lentitud, que no le veo próximo remate, y me atormenta la hastiosa sucesión de los días calurosos en que los miembros se entregan á la inercia y el cerebro enervado sólo concibe nuevas ocasiones de sufrir.

Como anillos que la serpiente infinita del tiempo forja y desforja en su pasar lento é incesante, íbanse sucediendo los días, y en su transcurso los enfermos salían remozados á la calle para continuar sus oscuras existencias, y otros enfermos ingresaban. Entrantes y salientes eran todas almas apagadas, vidas inexpresivas sin luz en la mente ni fuego en el corazón, seres buenos para ocupar en la tierra un hueco tan pequeño como sus vicios y sus virtudes, Las Hermanas los contemplaban sin odio ni amor; les señalaban indiferentemente una cama vacía, y nada más. Yo los veía caer en sus lechos, silenciosos ó dolientes, y ni siquiera me tomaba el trabajo de preguntarles por su mal. El hábito había encallecido la sensibilidad de las enfermeras, y

más que los sufrimientos, me había embotado á mí ese mortal enemigo que se llama fastidio. Si aquellas humildes vidas se hubiesen rescatado á la enfermedad ó á la muerte con que yo continuase en el Hospital una sola hora de más, en el haber de mis acciones generosas no se contaría ninguna salvación. Aquellos seres sumisos, que con tanta tibieza deploraban su mala suerte, me causaba insuperable enojo. Yo comprendía que sólo una desgracia abrumadora era capaz de vitalizar mi moribunda facultad de sentir.

La desgracia llegó, como respondiendo á cabalística invocación.

Dormían todos con el sueño fatigoso ó estertóreo de los enfermos, y solamente yo, habituado á descansar de día, velaba escuchando esos ruidos de la noche, que parecen misteriosas pulsaciones de incógnitos seres. De repente oí fuertes aldabonazos, que despertaron largos y medrosos ecos en el interior callado del Hospital, transmitiéndose de bóveda en bóveda. Los golpes volvieron á repetirse más recios é impacientes. Los enfermos despertaron somnolientos, elevando sus secos rostros rematados por los gorros de empinada borla, y al observar que la paz reinaba en torno, volvieron á caer en los cabezales. Pero estaba escrito que no durmiesen con sosiego aquella noche.

La campana batió sonora, y antes de que sus vibraciones se apagasen en las sombra, repetíamos con sorpresa:

—¡Una entrada!... ¡A estas horas una entrada!...

Quince, veinte minutos circularon, y ya algunos habían anudado el roto cordón del sueño, cuando remotamente parecieron sonar débiles lamentos.

Las orejas se elevaron alerta para percibir en el silencio, y los lamentos se oyeron más claros: aumentaron; se convirtieron en patentes ayes, A cada minuto que pasaba, percebíanse más cerca los gritos. Resonaban lacerantes, desgarradores, como si á la víctima le arranasen en cada largo ¡ay! un girón sangriento de sus carnes. Por el dormitorio de las blancas cortinas empezaron á indicarse reflejos sinuosos de móviles luces, y entre los alaridos esforzados del paciente, oíanse quedas voces recomendando paciencia y tino.

Lenta y fría, hundida la boca y apretado el ceño, apareció Sor Francisca en la puerta de la sala, alumbrando con una palmatoria, detrás siguieron cuatro hombres rendidos, transportando sobre viejas parihuelas el cuerpo aniquilado de un compañero, envueltas las piernas

en una manta chupada de sangre, Sor Eustaquia cerraba el cortejo alumbrando con otra Luz.

En el centro de la estancia detuviéronse los conductores, y muy poco á poco depositaron las parihuelas en el suelo. La incertidumbre de los movimientos conmovía al hombre que transportaban arrancándole gritos temblorosos de horrible sufrimiento, alternados de súplicas desesperadas para que le cortasen las piernas ó le rematasen con un tiro de gracia.

Pálidos de emoción, los conductores se enjugaban el rostro en las mangas de sus blusas, y miraban alrededor con ojos atónitos. Silverio preguntó desde su cama:

—¿De dónde vienen, buenos amigos?

Y uno respondió:

—De la estación.

—¿Cómo ha ocurrido la desgracia?

—Estaba maniobrando un tren, y el compañero ha tenido la mala fortuna de caer entre dos vagones. Las ruedas le han machacado ambas piernas, y todo el camino venimos oyéndolas crujir. Sin duda, con los movimientos rozan los huesos tronchados, y así levanta esos gritos que dan escalofríos.

El mendigo siguió preguntando:

—¿Habrán de operarlo?

—Seguramente.

Sor Eustaquia exploró el suelo á la luz oscilante de la bujía. Un largo rastro de fresca sangre indicaba el tránsito cruentísimo del herido. Viendo la roja estela, sólo se le ocurrió decir esta insensible frase:

—Ya hay faena que limpiar cuando llegue el día.

Luego se dirigió á los compañeros de la víctima:

—Pónganlo en esta cama.

Yo llamé la atención de Sor Francisca, que estaba cerca.

—Pero, Hermana; ¿por qué dejan aquí á ese desgraciado habiendo otras salas que huelgan?

La mercenaria apretó los labios en señal de indiferencia, y sin decir palabra, fué con la palmatoria hasta la cama que ocupó el loco. Entonces repetí la misma pregunta á Sor Eustaquia, y ella me dijo con acerba intención:

—¡Jesús, María y José!... ¿Tan duro tiene el corazón, que no puede perdonarle una mala noche á ese pobre hombre?

—¡Ustedes son las duras! —le dije colérico.— ¡Ustedes, que por no manchar otra sala, nos traen á ese infeliz para que los enfermos limpien mañana!

Sor Eustaquia hizo un mohín desdeñoso, y me contesto:

—¡Bueno, bueno!... ¡Así lo ha dispuesto la Superiora!

—Tan mala persona es la Superiora, como usted.

—¡Calle, estúpido!

—¡Zorra!

Los trabajadores habían levantado la sangrienta parihuela entre los gritos redoblados del herido, y paulatinamente llegaron junto á la cama; pero faltando brazos para trasladar al paciente, miraron en torno por sí algunos enfermos se levantaban para prestar auxilio. La presencia de las Hermanas contenía á los encamados, y aquellos cuatro hombres hubieron de abandonar otra vez las parihuelas para levantar en vilo á su compañero. El empeño era difícil. A cada nimio conato de elevar el cuerpo machacado, respondía el paciente con gritos altísimos de dolor y voces alocadas, pidiendo que le acabasen pronto para no sufrir más tiempo aquellos tormentos imposibles.

Tras otra infausta tentativa, dijo desalentado un hombre:

—¡Imposible!... ¡No puede ser!...

Sin respetar los hábitos monjiles, saltaron de la cama todos los convalecientes. Y, les imité, aunque mis brazos no me consintiesen prestar ayuda.

Los trabajadores volvieron á elevar la parihuela al ras del lecho; pero, ¿cómo depositar al herido? Cuando los auxiliares le tomaban en brazos para hacer el traslado, oíase distintamente el crujir de huesos, y la victima profería tan recios y entrecortados alaridos, que atontaba á los circunstantes.

—¡No puedo más!... ¡Cortadme las piernas de un hachazo!... ¡Quitadme la vida!... ¡No puedo resistir tanto dolor!

Después de infructuosas tentativas, hubo que dejarle por tercera vez en el suelo. Sor Francisca desplegó sus fríos labios, y dijo cortante:

—Colóquese uno á la cabeza; metan otros los brazos por debajo de la espalda; sujétenlo de las piernas y arriba en seguida.

Su orden fué cumplida. El cuerpo destrozado se elevó á pulso; pero apenas hubo ascendido un palmo, se multiplicaron más potentes y

aturdidores los gritos. Las piernas estaban rotas casi á raíz de las rodillas, y cuanto más el cuerpo ascendía, más colgaban las extremidades, trituradas, haciendo crujir los huesos. Atraído por un automático impulso, extendí mis brazos para alzar los pies colgantes. La sangre me manchó las manos sintiendo entre ellas el calor y los estremecimientos de la carne machacada, que pesaba con el grave aplomo de las cosas muertas. Con tiento y solicitud, cerrando los oídos á las penetrantes exclamaciones, depositamos en la cama aquel cuerpo voceador y ensangrentado.

Los obreros habían terminado su penoso deber, y necesitaban retirarse en busca del necesario descanso; pero un oscuro sentimiento de atracción hacia el herido los retenía al pie del lecho, mudos y alelados, enjugándose el sudor con el torso de la Mano ó en las mangas de sus blusas. La actitud fría y desazonada de las enfermeras, parecía invitarles á salir de la sala.

—¿Qué hora será? —preguntó uno con apocada voz.

Otro compañero miró su reloj de níquel, y dijo:

—Pronto darán las tres y media.

El primero volvió á hablar lentamente:

—¡Dos horas y cuarto que le cogió el tren!... ¡Cerca de hora y media en venir!

Ya no dijeron nada. Entristecidos y uraños, dirigieron una postrer mirada, atenta e indefinible, á su compañero, y pasándose las mangas por la frente para borrar el sudor ó quizás el surco trazado por algún pensamiento incisivo, se alejaron seguidos de ambas mercenarias.

Y se acabó el dormir aquella noche. El obrero la pasó encadenando súplicas y alaridos. Los enfermos, acostados ó paseando, rompían á trechos en rudas maldiciones contra las Hermanas que habían llevado aquel nuevo motivo de tormento.



## XXVI

La campana tocó á Maitines. Las pálidas luces del nuevo día se filtraron después por los altos ventanales, y camino de la sala vinieron llantos desolados de mujer.

Acompañada de Sor Eustaquia, seguida de dos niñas, entró la mujer del obrero, desgredada, espantada, malcubriéndose las carnes con andrajos apenas ceñidos.

Al llegar á la enfermería, se arrancó de los ojos el delantal con que los enjugaba, y paseó su mirada de loca buscando al esposo. Ni siquiera tuvo tiempo de verlo. Los gritos de dolor que exhalaba la atrajeron en violenta carrera hacia su cama, y rodeándole con los brazos la cabeza, cubrióla de besos ardientes entre accesos de llanto desbordador y tumultuoso.

Los transportes de la mujer conmovían el cuerpo tronchado del paciente arrancándole voces de insuperable sufrimiento, al par que las niñas asustadas se acogían á la cama, aumentando con sus patéticas exclamaciones infantiles la confusión de los ánimos. Trágicos y ambulantes á la pálida luz del amanecer, los enfermos alzaban las manos á la cabeza, se obturaban los oídos, daban rápidas vueltas para aturdirse y no escuchar el tartáreo clamor de la malograda familia, se revolcaban en las camas, ó protestaban del Hospital y del instante en que introdujeron á la triturada victima.

Más repuesta y serena Sor Eustaquia, hacía vivos intentos por desaferrar á la esposa, que aullaba ronca, ajustando su boca al rostro de su esposo, aumentando con sus espasmos de dolor las violentas sacudidas del cuerpo postrado y sus repercusiones en las piernas destrozadas... Tras larga media hora de clamar compactas las dos bocas, se desasió ella, agotada y sin tino, yendo á caer sobre la cama próxima, arremolinando el cabello, locos y danzantes ojos. Sor Eustaquia vertió agua en un vaso, y acercándolo á sus labios, la hizo que bebiera hasta verla más calmada. La congoja se retorció en su

pecho deseando exteriorizarse, pero sin lograr romper. De tiempo en tiempo, brotaba un suspiro seco; ponía los ojos en su marido, y otra vez la congoja se le enroscaba. Sor Eustaquia le decía:

—¡Llore, hija; procure llorar!

Después del primer torrente, parece que sus lágrimas se habían secado hasta no quedar gota. La Hermana le acercaba el vaso de trecho en trecho, sin parar de aconsejarle:

—¡Llore, hija; llore!

Lo que no pudieron esfuerzos ni razones, lo alcanzaron sus hijas. Fué suficiente que dejando las dos niñas la cabecera del padre acudiesen á cubrir sus rostros en la rota falda de la madre, para que ella sacudiese sucesiva y estrepitosamente el pecho y las lágrimas se despeñasen de sus ojos en creciente raudal, mientras por la boca escapaban lamentos anunciando toda la magnitud de la catástrofe que sobre sus hijas caía.

Absorto en sus cruentos dolores, el herido no reparaba en la patética escena que á su vera se desarrollaba entre madre e hijas, abrazadas en un máximo nudo de angustia y desesperación... La luz iba penetrando más viva y cruda por las altas ventanas; las sombras se deshacían á su frio contacto, y sólo en los hondos rincones flotaban algunos jirones, como restos deshilachados de imprecisos tules... Los rostros de los enfermos se mostraban en su continuo ir y venir ascéticos é insomnes; brillantes y febriles del poco dormir, los ojos. El grupo de la madre y las hijas sugería vagas ideas de un Laoconte andrajoso, y al lado, cayéndole de refilón la luz de la mañana, designábase la figura escueta del malherido, horrorizada la cabeza, arrugada la frente, roja la manta que envolvía sus extremidades. El cuerpo seguía recto hasta las rodillas: bruscamente se desviaba la linea, formando un angulo abierto. Presentíase que las piernas estaban casi cortadas á cercén, apenas sujetas por débiles ligamentos.

A ruegos de Sor Eustaquia, fueron los mendigos por la sopa de ajo, sirviéndose á placer de ella los que tuvieron gana. Después de mucho rogarle para que se fortaleciese con alguna sustancia, la esposa del herido aceptó algunos sorbos de caldo. Las niñas se echaron en el suelo, junto á la cama del padre, y empezaron á comer las sopas que les ofreció la mercenaria, en actitud silenciosa, interrumpidas por intermitentes hipos que elevaban y deprimían sus pechuelos.

Precedidos de Sor Francisca, entraron á las siete tres señores. Al verlos la mujer del paciente, tuvo la intuición de quiénes eran, y colgándose otra vez de la atormentada cabeza, la besó delirante, clamando misericordia á Dios, é impetrando con todo el vigor de su fe ingenua la realización de un milagro que le devolviese sano y salvo á su marido.

Risueño y mefistofélico, paseaba por la sala el médico del Hospital. A dos pasos de la cama doliente, un joven doctor contemplaba al través de áureos espejuelos al obrero. La fuerte luz de una ventana le caía sobre la cabeza solida, de enmarañados rizos. Era bajo el doctor, delgado; pero aquella magna testa de rebelde pelo, y aquellos ojos luminosísimos e inteligentes, ó daban aires de resolución varonil, que ta vez se trocase en fría y desdeñosa indiferencia, vecina de la crueldad, al cumplir practicas de su profesión. Decíase que era muy hábil cirujano, y amor al oficio de sajar y cortar no debía faltarle, cuando con tanto deleite palpitaban las aletas de su nariz como si las acariciase el tufillo de sangre que en el próximo lecho se cuajaba. Acompañaba á los dos médicos un estudiante recién llegado de Barcelona, que sobre una cama se entretenía ordenando anchas bandas elásticas, tortores, pinzas y tijeras.

Mefistófeles se acercó al joven doctor, cambiaron algunas frases, y el primero hizo un signo á Sor Eustaquia para que retirase á la mujer, abrazada, hecha un surgidero de lágrimas.

Con toda la dulzura de que la voluminosas Hermana era capaz, se acercó al lecho invitando á la transida mujer para que la siguiera. Ella se aferró más fuerte á su marido, confundiendo sus gritos de pena con los angustiosos de él. Sor Francisca había detenido á las niñas, y sus llantos alarmaban aún más la sala. Mefistófeles sonreía imperceptible; pero en sus ojos se asomaba un punto de piedad. El doctor joven sólo indicaba impaciencia, consultando el reloj frecuentemente.

Forzuda, vigorosa, desató Sor Eustaquia el nudo opresor que los brazos de la obrera formaban alrededor de su marido. Luego la sacó á rastras, semidesvanecida. Cuando llegó al dormitorio de las blancas cortinas, fué en su ayuda Sor Francisca, y precedidas de las niñas gemebundas, desaparecieron á lo largo del corredor, transportando en volandas el cuerpo de la dolorosa.

Al quedar la sala libre de importunos obstáculos, el médico joven volvió á mirar el reloj, y dijo impaciente:

—¡Hace seis horas que ocurrió la desgracia!... ¡No tenemos tiempo que perder!

Y despojándose de las americanas, se pusieron largas blusas de operar. La del joven era de dril blanco; de grandes cuadros encarnados la de Mefistófeles; la del estudiante, como suelen usarla los alumnos de Medicina. El primero de los enunciados se pasó la mano por la cabeza rizada, y los cabellos crespos comunicaron á su fisonomía mayor expresión de vigor y crueldad. En seguida se volvió hacia las dos Hermanas, que acababan de llegar, y con frase rápida y autoritaria, les dijo:

—Hay que trasladar corriendo á este hombre.

Sor Eustaquia llamó á los mendigos, y al poco tiempo volvieron con una camilla. El joven miró al herido; miró la camilla, y exclamo:

—¡Eso no sirve! Que traigan unas parihuelas.

El Hospital no las tenía, y hubo que buscarlas. El doctor se impacientaba; sus ojos chispeaban ardor; consultaba nervioso la hora:

—¡Las siete y media; son las siete y media!... ¡Y ha pasado mucho tiempo!...

Cuando llegaron las parihuelas, el arriscado joven se lanzó á la cama del herido, y levantando la manta chupada de sangre, dijo con penetrante decisión:

—¡Vengan hombres aquí! ¡Al suelo en seguida!

Viendo al herido en el centro de la sala, cogió una tijera del estuche que el ayudante había abierto, y revuelto el pelo, ardiente la mirada, se echó en tierra junto al cuerpo destrozado.

Parecía un chacal olfateando antes de acometer.



## XXVII

Con las tijeras resplandecientes en la mano, el joven doctor pulsa, palpa las piernas tronchadas. El herido ensordece con sus gritos; el pantalón está roto casi á raíz de las rodillas y una gran mancha lo cubre. Los dedos del cirujano se enrojecen... De pronto eleva sus ojos encendidos como si le faltase algo, y pide:

—Un cigarro.

Mefistófeles contesta:

—A punto lo tenía.

El joven alarga su mano tachada, que parece la de un asesino; pero el otro le pone el cigarrillo en los labios, lo enciende, y después de invitar al ayudante, fuma el también.

Segura y decisiva la tijera corta veloz el pantalón de pana, sube pierna arriba, pasa sobre la herida y prosigue su carrera hasta llegar á medio muslo. En seguida hiende el calzoncillo, y los coágulos se desbordan á uno y otro lado.

—¡La esponja!

El ayudante la acerca empapada de ácido fénico y limpia la pierna. La herida aparece un momento patente, enorme. Los huesos, triturados. La sangre comienza á fluir y cubre la boca... De la derecha pasa á la pierna izquierda la tijera, hábilmente dirigida, y con igual prontitud la despoja de pana y lienzo. Mientras el estudiante limpia con la esponja, el cirujano posa sus sangrientos dedos en el cigarrillo, chupa dos veces, y viéndolo apagado lo lanza lejos. Luego pasea su mirada alrededor, como en solicitud de algo, hasta fijarla en las bandas y tortores. Mefistófeles que le observa, coge una y se la pone en la mano. El joven rasga aún más la pana y se dispone á ceñir el muslo con la ancha banda elástica. El estudiante le pregunta:

—¿No sujeta la parte inferior?

El cirujano le responde:

—¿Para qué, sino hay comunicación?

Listamente envuelve, ciñe con brío el muslo derecho. Cuando ha concluido interroga al paciente:

—¿Ha calmado el dolor?

El obrero le dice con débil acento:

—Algo.

Y el médico:

—Una poca de paciencia, que pronto descansarás.

—¡Dios lo quiera!... ¡Buena falta me hace!

Mefistófeles ofrece otra banda al joven, pero él reconoce la pierna izquierda que tiene la herida más alta, y pide un tortor para apretar con más fortaleza. Cuando termina su obra clama volviéndose á los enfermos:

—¡A ver, muchachos: cuatro que tengan fuerza para trasladar á este hombre!

Los mendigos se ofrecen solícitos. En seguida acuden dos soldados.

El cirujano solicita otro cigarrillo, se lo pone en la boca con los dedos manchados y da orden de salir.

Los enfermos levantan las parihuelas, y precedidos de las Hermanas, seguidos de los operadores, se alejan por el dormitorio de las blancas cortinas entre las quejas de la victima que la distancia atenúa.

Cinco minutos después regresaron pálidos, desanimados.

—¿Les han despedido? —pregunté.

No les habían despedido; pero el cuarto donde llevaron al herido les impresionó tan fuertemente, que no se atrevieron á presenciar la operación.

La curiosidad encaminó mis pasos hacia aquel espoliario. Con estar habituado al olor del ácido fénico, lo primero que percibí al entrar en la pieza fué un recio hálito que me produjo turbaciones. Mefistófeles me preguntó al verme:

—¿Cómo van esos brazos, joven?

—Bien, doctor.

—¿Se siente con ánimo de presenciar la amputación?

—Ya veremos. En último término me retiraré cuando falten.

—Pues sospecho que habrá de retirarse.

A mano izquierda de la puerta había una mesa ovalada. Tendido en ella estaba el herido, y el estudiante al lado limpiando las piernas con la esponja empapada. El ácido fénico mezclado con la sangre corría

mesa abajo por una canal abierta junto á los bordes, y pasando por el orificio practicado en la extremidad de la tabla, caía en un cubo de hojalata. Rígida y fría ante otra mesa, Sor Francisca desinfectaba en una gran palangana los instrumentos quirúrgicos: cuchillos de negro mango y hoja bruñida, bisturíes de azulado reflejo y filos que con sólo mirarlos paralizan la sangre, sierras mordedoras de huesos... Finas, lucientes, rectas ó combadas, las agujas de plata reposaban en un extremo de la mesa, muchas y bien enhebradas, hasta que les llegase su turno de punzar las carnes.

El joven hizo un cucurucho de estraza, y rellenándolo de algodones vertió liquido de un frasco. Luego se acercó al herido, y posándole la mano sobre la frente, le dijo:

—¿Duelen mucho esas piernas?

—Bastante, señor.

—Vamos á ver si calman.

Y elevando los ojos al techo acercó el papel á la nariz del paciente. En seguida tomó una muñeca colgante para consultar el pulso. Las quejas amargas de la victima empezaron á decrecer hasta convertirse en gemidos; sus ojos giraron mortecinos en las órbitas; los párpados se entornaron pausadamente, como si los dedos invisibles del letargo pesasen sobre ellos. La intensa palidez de su rostro se volvió gris y terrosa. Parecía muerto.

El doctor retiró el papel, y golpeándole la mejilla, exclamó:

—¡Pedro, Pedro!...

Los labios del paciente se estremecieron débilmente, y de las profundidades del sueño letárgico brotó una palabra opaca, remota, como si llegase al través de distantes muros:

—¡Qué!

—¿Cómo estás, Pedro?

—Bien.

El médico apoyó otra vez el cucurucho en la nariz del durmiente. Poco después insistió:

—¡Pedro!... ¡Pedro!...

Ni una palabra ni una contracción obtuvo de respuesta, Pedro parecía más muerto que antes.

Inmediatamente entregó el papel al estudiante advirtiéndole:

—Aquí tiene el frasco del cloroformo. Tenga mucho cuidado y no abandone el pulso, porque se nos quedaría entre las manos.

Luego va á la mesa, coge un cuchillo con mano firme, y un aire glacial sopla en la sala...

Sor Francisca se santigua. La sonrisa escéptica se extingue en los labios de Mefistófeles, que también traza sobre su rostro el signo de la Cruz. El estudiante observa el pulso y consulta el reloj. El cirujano se acerca á la victima inmóvil, y en su ancha frente se indica un hondo surco que le presta más dureza y resolución... Durante algunos segundos decide con Mefistófeles el punto por donde ha de cortar. Sus frases son rápidas y truncadas.

El viejo indica con el dedo tembloroso en la pierna desnuda:

—¿Por aquí?...

El joven dice:

—Más arriba... La gangrena invade rápidamente...

Con la punta del cuchillo señala:

—Por aquí.

Mefistófeles asiente:

—Muy bien.

El cuchillo centellea en la segura diestra del joven; lo apoya en el muslo, y sin rasgar la piel, traza una línea diciendo:

—Cortaremos en sentido oblicuo para que pueda formarse mejor el muñón...

—Muy bien.

Sor Francisca vuelve á santiguarse... El cuchillo se hunde carnicero; choca en el hueso; sale empañado... Dos labios palpitantes, frescos y rojos, parece la carne hendida... La sangre se insinúa, fluye, cubre la boca profunda... Antes de que pueda desbordarse llega la esponja de Mefistófeles y la chupa... El cuchillo corta otra vez; vuelve á cortar; se encarniza... Una nube de turbación amortigua mis ojos... Ya no veo nada. Mi cabeza da vueltas; rueda la habitación, y el suelo tiembla bajo mis pies. Tengo apretada y seca la garganta; el estómago me da saltos; las piernas se me estremecen y voy á caer en tierra. Desmayado, agónico, me apoyo en la puerta para no desplomarme. La voz del doctor Mefistófeles suena amistosa:

—Retírese, hombre, retírese. Usted no esta para ver esto.

El cirujano advierte mi estado, y grita colérico:

—¡Salga! ¡Salga en seguida!...

Al elevar la cabeza para salir veo una mano ensangrentada y un cuchillo destilando sangre, que me indican la puerta. Debajo veo un

cuerpo desgarrado, chorreando sangre; y entre tanta sangre que parece una pesadilla de Lady Macbeth, dos puntos blancos, lívidos: los dientes del descuartizador que me quieren morder.

---

## XXVIII

Cuando los médicos volvieron á la sala para recoger las chaquetas, el del Hospital preguntó á su compañero:

—¿Cuánto habremos tardado?

El joven miró el reloj, y dijo:

—Menos de lo que suponíamos: cinco cuartos de hora.

Luego se despojaron cuidadosamente de las blusas para no mancharse las manos recién lavadas, y poniéndose las americanas, comenzaron á pasar juntos sucinta revista á los enfermos.

Cuando me llegó el turno les mostré mis brazos cubiertos de resacas amarillas, agrietadas, entre las cuales había grandes claros de piel fina, negruzca, luciente. Mefistófeles me preguntó:

—¿Seguirá tomando la zarzaparrilla?

—No, señor. Hace tiempo que la suprimió Sor Francisca.

—¿Y el linimento?

—También lo suprimió. Sólo me deja polvos de yodoformo.

El doctor joven sonrió irónicamente. Luego dijo con notoria doblez de intención:

—¡Ah, el yodoformo seca mucho! ¡Ya lo creo!... No dude que antes de dos semanas estará curado.

Ambos se alejaron sarcásticos. Sus sonrisas burlonas me dieron que pensar; pero al mismo tiempo me regocijaba el anuncio de que pronto podría dejar aquella abominable casa.

Cuando terminaron la visita salieron los doctores comunicándose hora para volver á la tarde y reconocer al operado. Detrás salí yo para verlo.

Contiguo á la sala de los sacrificios había un modesto dormitorio, apacible y discreto, donde estaba acostado el obrero. En una cama de roja colcha le vi anestesiado, fiel imagen su cara de la pálida muerte. La ropa se elevaba sin arrugas, cubriendo la inmovilidad de su cuerpo, hace poco largo, aullador, y ahora truncado, silencioso.

La amputación había reducido á la mitad aquella víctima del trabajo.

Lenta y llorosa vino la mujer, conducida por la Superiora. Desde el centro de la sala cruenta divisó el cuerpo rígido y mutilado de su compañero, y exhalando un largo alarido, se arrojó sobre la cama para besarle la frente. Luego paseó una mirada de infinita desolación por el cuerpo reducido, y dejándose caer en la silla que junto á la cabecera había, se cubrió el rostro con la colcha del lecho. Nueva estatua del Dolor, permaneció mucho tiempo en sombrío silencio. La Superiora me hizo un signo, y juntos nos retiramos calladamente, dejando el cuarto en la quietud taciturna que inspiran las grandes aflicciones, imposibles de traducir con gritos y lágrimas.

Jordá y Silverio fueron los encargados de aljofitar el dormitorio, depositando en un lebrillo la sangre que recogían del suelo con fuertes estropajos. Cuando no quedó ni una gota, Sor Eustaquia les ofreció agua fenicada para lavarse las manos.

Pero no paró aquí la limpieza.

Cuando Sor Francisca hubo curado á los enfermos y ya nos disponíamos á descender al huerto, rendidos y excitados de gritos, sangre y emociones, entró en la sala el fámulo trayendo una pesada cesta de mimbre cubierta de blancos paños. De trecho en trecho, una mancha purpurina caía del cesto como para indicar su paso impresionante.

—¿Qué lleva usted ahí? —pregunté al fámulo.

El contrajo en una mueca macabra su rostro sacristanesco, y me respondió:

—Ya podrá suponerlo.

—¿Las piernas cortadas?

—Justo. ¿Desea verlas?

Y como hiciese intento de descubrir la funesta envoltura, le grité alarmado:

—¡Quieto, quieto!... Tengo ya bastante soliviantados los nervios...  
¿Adónde lleva esos restos?

Al «Cuarto de las Patatas» para que los entierren á la tarde.

—¿En el Cementerio?

—¡Naturalmente! Pero no en el católico.

—Pues...

—¡Por María Santísima! ¿Cómo quiere que á estos pies, cortados con hierro, se les de sepultura en sagrado?... Van al departamento que en el Cementerio hay para los renegados, y allí se enterrarán en un hoyo.

—¿Sin oraciones ni ceremonias?

El fámulo volvió á mirarme escandalizado.

—¡Calle; calle por el amor Dios! Usted no sabe lo que se dice.

Y se alejó por el angosto pasillo, con su hórrida cesta goteando.

Jordá se negó á limpiar otra vez. Los enfermos bajamos al patio, y en la sala quedó Silverio para obedecer á Sor Eustaquia.

Por la tarde reconocieron los médicos al operado, y sus impresiones fueron pesimistas. Temían no haber llegado á tiempo con el acero para atajar la marcha ascendente de la gangrena. Al siguiente día no se recataron de asegurar que el enfermo se moría. Habían visto negra, putrefacta, la carne por donde cortaron, y dos grandes manchas violáceas rampaban por ambos muslos.

La sentencia de muerte, retratada en el semblante de los médicos, fué advertida por la mujer del obrero y bajo la influencia de una crisis nerviosa tuvieron que sacarla en volandas para meterla, febril y delirante, en un lecho vacío.

A las cuarenta y ocho horas de practicada la amputación moría la victima, quejándose hasta poco antes de expirar, que sus piernas —las pobres piernas que ya no formaban parte de su ser— le dolían cruelmente...

Y á las once de la mañana, cuando más festivo y magnífico reía el sol en la sala disipando sombras de enfermedad y malos recuerdos, el fámulo pasó llevando sobre la cabeza el despintado ataúd, que difundía en torno aire de abismo y fetidez de sepulcro. El mendigo Evaristo quiso hacer un chiste á expensas de la caja mortuoria, pero sonó á lúgubre, y el silencio no volvió á quebrantarse hasta llegar Sor Eustaquia.

—Vamos á ver —dijo con su recia voz, que no atenuaba las preocupaciones.— Vamos á ver quién se siente con ánimos de bajar el cadáver.

Ninguno se sintió con ánimos.

—¿Nadie quiere ayudar?

Nadie.

Sor Eustaquia dirigió á los mendigos una mirada acariciadora, en que había infinitas promesas de sobras rebañadas por el refectorio:

—Evaristo y Silverio sí que ayudarán, ¿verdad?

Evaristo y Silverio asintieron.

La Hermana miró á Jordá, que con pasividad de bestia domada, esperaba su requerimiento autoritario:

—Sólo falta uno... ¿Por qué no acompaña usted, hermano Jordá?

El iba á obedecer; pero conociendo yo su disgusto, me interpose:

—Jordá no sale de aquí.

—¿Quién manda eso?

—Yo lo mando.

—¿Y si quiere él?...

—Si él quiere, yo no lo permito.

Toda alborotada, me gritó la mercenaria:

—¿Pero, usted quién es?... ¡Vamos á ver!... ¿Quién es usted?

—Quien puede mandarle.

—En el Cuartel.

—En todas partes. Pregúntele ahora si está dispuesto á bajar el cadáver.

Sor Eustaquia se volvió ensoberbecida hacia el soldado:

—¿Quiere usted venir, Jordá?

Viendo que tenía al lado un defensor, Jordá exclamó con su simple é impulsiva irritabilidad:

—¡Repacho, yo no soy ningún esclavo para que me mande á todas horas! ¡Cargue usted con el muerto, si quiere!

Y se revolcó en la cama después de aquel vigoroso esfuerzo de dominación.

Corrida y vibrante, Sor Eustaquia me lanzó una mirada de mortal aborrecimiento, y fué á convencer otro enfermo de humilde categoría.

Al rato de salir con los tres hombres, volvió la Hermana, trayendo un frasco de agua fenicada para regar la enfermería, Por el dormitorio de las blancas cortinas se oyó un monótono salmodiar. La caja estaba en el suelo, y el obeso sacerdote decía los últimos responsos por el alma del muerto.

Cuando hubo terminado, levantaron el ataúd entre el fámulo y sus tres acompañantes, y lentos, silenciosos, vinieron hacia la sala. Un acompasado run-run marcaba el desfile del cortejo. El cadáver, enjuto y mutilado, se removía holgadamente en la caja, y á cada balanceo

chocaba en las paredes cavernosas. Al pasar ante nosotros, Sor Eustaquia dijo á los portadores con sublime indiferencia:

—Déense prisa, que vamos á servir la comida.

Ellos se alejaron por el angosto pasillo, conduciendo el despintado féretro; empezaron á descender la escalera, y al inclinarse la caja, el medio cuerpo del muerto resbaló con estrépito, golpeando la tabla. Un conductor abandonó el asidero, echando mano á la tapa para que no se abriera, y el ataúd resonó lúgubrementemente en el peldaño. El enfermo había exhalado un grito de sobresalto; pero el fámulo le tranquilizó con voz serena:

—No se escapará... Tuve buen cuidado de cerrarlo antes.

---

## XXIX

—¡Qué pesado tiene el sueño!

Abro los ojos y veo al doctor junto á mi cama, risueño, mefistofélico:

—Enséñeme los brazos.

Me quito las vendas, y se los presento. Están hinchados; pero los eczemas se secan y caen rápidamente, quedando una piel sedosa, cubierta de grandes manchas pardas. Mefistófeles me examina los brazos, y luego dice:

—Bueno; esperaremos algunos días.

En el tono de sus palabras parece que hay una concesión graciosa. De mi cama pasa á la de Jordá, y apenas le toma el pulso, murmura:

—Alta.

Sor Francisca escribe en su cuaderno, y poco después se retiran médico y enfermera. Yo lo digo á Jordá:

—¡Dichoso usted que sale!

El me responde:

—Nos vamos todos.

El soldado que hirió el Teniente Coronel se acerca á mi cama.

—¿Usted también se va? —le pregunto.

—Si, señor.

—¿Como ha sido eso?

—Según nos ha dicho el médico, parece ser que ha recibido orden del Jefe para que dé el alta á los que podamos caminar. El Batallón vuelve en seguida á Barcelona.

—¿Y cuántos nos quedamos en el Hospital?

—Usted sólo.

Creyendo serme benigno, el doctor me hizo un flaco servicio dejándome en aquella casa. Por la tarde vi entristecido cómo los soldados sustituían la camisa y el gorro del Hospital por los del

Cuartel. Luego los miré mustio salir de la sala; alejarse por el dormitorio de las blancas cortinas; perderse en las sombras lejanas.

Desde el día siguiente se reverdecieron mis disputas con Sor Eustaquia. Empeñábase ella en que hiciese cuotidianamente la cama, Y yo me obstinaba en dormir duro por no mullirla, Levantábame á las once, y dejando que la colcha cayese por un lado y las sábanas por otro, bajaba al patio. Ella me gritaba airada cuando volvía para comer:

—¿No le da vergüenza de tener así la cama?

Y yo le respondía invariablemente con una frase cuartelaria:

—¡Ya vale, ya!...

Los insultos brotaban de su boca; yo acomodaba los míos á los suyos, y la enfermera solía rematar cogiendo las sábanas del suelo y tendiendo sobre el lecho la colcha listada para encubrir con la regularidad de los pliegues lo desordenado del fondo. Cada tres ó cuatro días me encontraba perfectamente hecha la cama. Como el peso de mi cuerpo iba apelmazando la lana, los colchones disminuían de volumen, y por mucho que Sor Eustaquia se esmerase en extender la cubierta y ordenar aquellos pliegues que eran su obsesión, siempre mi lecho resultaba más bajo que los adyacentes, afeando la uniformidad de la sala. Por la tarde volvía á encontrarlo fresco y mullido. ¿Quién lo hacía?

En estos dares y tomares llegó la antevíspera del *Corpus Chisti* ó no recuerdo qué otra solemnidad religiosa. Al concluir de comer, anochecido, nos dijo Sor Eustaquia, suavizando la aspereza de su voz:

—Hermanos: una noticia he de comunicarles por mandato de la Superiora.

Su voz melosa me llenó de asombro. Los demás enfermos se volvieron expectantes. Sor Eustaquia continuó:

—Pasado mañana es gran fiesta, y hay que solemnizarla.

Los ojillos del auditorio se avivaron. Seguramente habría cambio de comidas, y mucho cuidado de que no cayesen moscas. La oradora prosiguió:

—Por lo tanto, estén prevenidos para hacer mañana tarde confesión general, y recibir pasado el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

—¡Amén! —epilogué yo.

Sor Eustaquia me miró indignada:

—¡Cómo había de callar usted! ¡Más le valiera recogerse, é ir haciendo examen de conciencia!

—Lo tengo hecho, Hermana.

—¡Qué ha de tenerlo, mala persona; si es usted un almacén de pecados!

—Allá nos andamos los dos.

Sentado en una silla cerca del altar, el capellán fué recibiendo á la siguiente tarde la confesión de los enfermos. Cuando me llegó el turno, dije respetuosamente que no me confesaba. El sacerdote puso un gesto de gran asombro; pero no dijo nada, Su ancha cara tradujo en seguida un oscuro sentimiento de no fingida tristeza, y llamó á otro enfermo.

Cuando terminó de confesar, colocóse de pie apoyado en el altar, y pronunció una estudiada plática ensalzando la virtud del Cuerpo Eucarístico que por la mañana recibirían los confesandos, á los que previno alta vigilancia sobre los sentidos pecadores para conservarlos puros en el transcurso de la noche. Al retirarse el bondadoso anciano, detúvose un momento ante mi cama, y moviendo apesadumbrado la cabeza, se alejó diciendo:

—¡Señor Sitges!... ¡Señor Sitges!...

¿Fue el aire de tristeza lo que me impresionó en aquel sacerdote ingenuo? ¿Fueron las reminiscencias de otro tiempo, que como simientes de la fe, germinaban ahora en mi espíritu?... Viendo alejarse al capellán, sentí un gran vacío, y algo muy semejante al remordimiento me punzó en la conciencia, como si al no confesar realizase un crimen.

Al poco rato vino doña Venus Sacristana á renovar los paños del altar, y dejarlo todo dispuesto para celebrar misa al siguiente día. Al verme, simuló un alarde de enojo:

—¡No quiero mirarle, pecador!... Buen disgusto le ha dado al padre capellán.

—¿Por no confesar?

Naturalmente. Es usted un judío.

—¡Cuidado, Sor María!...

—Un hereje.

—¡Sor María, que está pecando!

—No peco; le digo la verdad desnuda.

Yo me acerqué á ella, y por no reirse, me volvió la espalda para extender el paño sobre el altar.

—No se me acerque, pecador. Ya no volveré á hablarle nunca.

—Es el mayor castigo que puede imponerme.

—Bien merecido lo tiene por malo.

—Levánteme la excomuni3n.

—Pues confiese.

—Con usted, en seguida.

—Con el capellán.

Yo no contesté. Sor María terminó de vestir el altar. Con la sonrisa aleteando entre los labios, acercó su cara muy junto á la mía. Viéndola tan propincua, me inflamó un pensamiento audaz, pecaminoso, Yo aproximé mi boca hasta sorber el aliento de la suya, y ella, inocente, rehuyó la cabeza hacia atrás. Su rostro de nieve y púrpura, bien encajado en la tersura de la toca, quedó patente, en la actitud graciosa de recibir un beso. Sor María no pensaba en él; pero la rondó muy cerca, y los testigos la salvaron... Altos los ojos, serena la faz é implorantes los labios, me dijo mimosa:

—¿Le llamo?

—¿Si hubiese sido antes!... Ahora habría que molestarle, y con su obesidad no está para muchas andanzas.

—¿Qué importa? ¡Dígame que sí! ¡Dígame!

—¿Se empeña usted?

—Deseo que confiese.

—¡Ay, Sor María! Usted me haría andar de cabeza.

Ella sonrió triunfante; pero insistiendo con el índice levantado:

—¡A condición de que no callará ningún pecado!

—Por amor á usted, los revelaré todos.

—Es que para hacer una mala confesión, vale más que se abstenga.

Sor María se retiró vivaz para dar cuenta de su victoria al sacerdote. Pasados cinco minutos, vino él, lento y sudoroso, radiante de contento su cara de plenilunio.

Ahinojado á sus pies, hícele dilatada enumeración de mis culpas. Más de dos veces estuve tentado de interrumpir el relato de picardías para suplicarle que hiciese el favor de dejarme en paz la oreja, pues con tanto tirón y pellizco, la tenía sobada y ardorosa. Viéndome contrito y vencido, el capellán fué implacable censurando mis ímpetus irascibles, que ponían en trastorno al Hospital, y luego de mucho recomendarme que no suscitase conflictos en el tiempo que mediaba entre la confesión y la vecina mañana, impúsome dura penitencia, que me leyó buen trecho rozando *Credos* y *Salves*, *Padre Nuestros* y *Ave Marías*.

---

## XXX

El hábito inveterado de no dormir hasta bien corrida la noche, me hacía penoso el abstenerme de pecar mentalmente. Recordando la causa de mi confesión, pensaba en Doña Venus Sacristana, que ahora la imaginaba espléndida é incitante, y cuanto más empeño ponía en alejarla con más obstinación se me aparecía su bella imagen tentadora. Por distraerme y olvidarla, esforzábame en reproducir los negros cuadros del Hospital evocando al loco tendido en el ataúd hediondo; al tífico, agonizando entre los murmullos del *Miserere* y del *De profundis*, al obrero, clamando con las piernas machacadas; pero estos recuerdos habían perdido su vitalidad emocionante, y la figura risueña de Sor María de los Angeles surgía siempre flotando sobre la inmovilidad de la muerte.

Bien poco habría dormido cuando me despertó la hermosa Hermana. Al ver su cara, me entraron cuidados. Estaba grave, zozobrosa, y no había en ella ni rastros de aquella ideal sonrisa que la hacía semejante á los ángeles.

Por decirle algo, le dije:

—¿Qué hora es?

Y ella me respondió severamente:

—La más oportuna, hijo mio, para que vuelva á confesar.

—¿Otra vez, Sor María? —le dije asustado.

—O no podrá recibir al Señor.

—¡Válganme todos los Santos de la Corte Celestial!... ¿Pero yo en qué he podido faltar?

—¿Y aún me lo pregunta, pecador?

Yo imaginé que Doña Venus Sacristana había adivinado por arte de encantamiento que toda la noche estuve pensando en ella; pero mis pensamientos no fueron tan audaces que pudiesen implicar motivo de nueva confesión.

Sin perder la solemnidad del tono, volvió á insistir la bella Hermana:

—Tendrá que reconciliarse con el padre capellán, sí quiere comulgar.

—Pero desconozco la razón.

—¿Aún quiere más razón que las malas razones dadas á Sor Eustaquia?

—¿Yo?... ¿A Sor Eustaquia?...

—¡Pecador, pecador! Si le ha dicho usted un torrente de insultos y obscenidades.

—¡Vamos, Sor María; me parece que éste no es el mejor momento de chancear!

—¡Qué ha de serlo, hijo mio! Es momento de que se reconcilie ó se abstenga de comulgar. Decida usted.

—Pero, entendámonos, Hermana. ¿De qué debo reconciliarme?

—Sor Eustaquia dice que ha venido á despertarle, y que usted la ha rechazado diciendo blasfemias.

—¿Yo? Pues no recuerdo de que Sor Eustaquia me haya despertado.

Sor María se tranquilizó reconociendo la sinceridad de mis intenciones. Luego me dijo:

—Quizás la haya insultado entresueños.

—Quizás; pero me sorprende, porque ni en los momentos de más coraje suelo blasfemar.

Un enfermo próximo confirmó las palabras de la enfermera. Sor Eustaquia me despertó al entrar el capellán, y yo le respondí con fieros gritos adormilados para que me dejase dormir en paz.

Pasada aquella nube, volvió á renacer la sonrisa en los dulces labios de doña Venus:

—Aunque ha pecado inconscientemente —me dijo— ningún trabajo le cuesta reconciliarse para desvanecer escrúpulos de conciencia. Es asunto de un momento. Llamaré al capellán, ¿sí?

Antes de que pudiera contestarle, entró rápidamente en el cuarto ropero, que esta mañana hacía de sacristía, y al momento acudió el sacerdote á medio revestir.

—¡Ya sabía yo que antes de comulgar haría usted alguna suya!

—¡Pero, padre!...

—¡Vamos, vamos! No hable fuerte.

Y se acerco á la cama para oír dos palabras y absolverme en seguida. Después reingresó en el cuarto.

La Superiora llegó al dormitorio juntamente con algunas Hermanas, que se arrodillaron en fila á un lado del presbiterio. Al poco rato se les incorporó Sor María de los Angeles, y tras ella salió de la improvisada sacristía el voluminoso sacerdote seguido del fámulo, ambos revestidos.

Acostados en las camas, y con los rostros vueltos hacia el altar, esperábamos los enfermos. El acólito tocó la campanilla; el sacerdote consagró las Formas, y descendiendo del presbiterio, vino parsimonioso de cama en cama administrando la Comunión.

—*Corpus Domini nostri Jesu Christi, custodiat animam tuam, in vitam æternam. Amén.*

Decía ceremoniosamente, trazando una cruz sobre la boca del enfermo antes de depositar en ella el Cuerpo Eucarístico. La Hermana dispensera venía detrás con un saco en la mano, del que extraía puñados de higos secos, farinosos, que iba distribuyendo de dos en dos, después de recomendar al enfermo que tomase un sorbo de agua.

Cuando terminó la Comunión, volvió el sacerdote al cuarto para revestirse de nuevo y empezar la misa.

Confesado y purificado, cesaron súbitamente las tentaciones que me agitaron toda la noche, y así pude pasar la media hora que duró el santo sacrificio absorto en la mística contemplación de Sor María de los Angeles, sin que ningún mal pensamiento empañase mi alma, recién limpia de pecados.

Fué aquel día de gran fiesta en el Hospital.

A las doce tuvimos de comida garbanzos duros, y por la noche lentejas picadas y un filete de carne acartonada.



## XXXI

Llega la hora cansada de rezar el Rosario. Sor Eustaquia empieza á persignarse, cuando un toque nervioso de la campana le obliga á salir.

Yo paseo entre tanto por la enfermería, y al poco rato la veo asomar por el dormitorio de las blancas cortinas acompañando á un hombre. Ella lo trae cogido del brazo, y él parece un herido con la frente vendada. A compás que se acercan, observo que la venda no le cubre la frente, sino los ojos. Su mano derecha viene delante, palpando temblorosa en el vacío.

Mudos, hieráticos, pasan por la sala enfermo y enfermera; llegan junto al lecho que ocupó Tony, y Sor Eustaquia le abandona, diciendo con desdeñoso acento:

—Ahí tiene usted su cama.

El enfermo extiende sus manos que parecen implorar patéticamente; reconoce el lecho deslizándose á lo largo; toca los colchones y almohadas, apilados desde que salió su antecesor, y tímido se asienta en los hierros desnudos.

Despectiva y asqueada, Sor Eustaquia se estrega las manos en el escapulario, hace el signo de la Cruz, y comienza á rezar. De tiempo en tiempo, mira la inexpresiva cara del enfermo vendado para observar si reza. El mueve los labios suavemente; pasea en torno las manos enjutas buscando algo, y cambia muy poco á poco de postura cuando los hierros se le hincan en las carnes. Sor Eustaquia reza y le mira de través, espionando una coyuntura de poderle reprender; pero él sigue avergonzado y discreto.

Cuando cesan las oraciones y la Hermana huye, búscanle los enfermos para que les explique la causa de su mal. Con la cabeza inclinada, háblales de una pertinaz afección á la vista; pero tal vez oculta gran parte de verdad, porque las congojas baten acumuladas su pecho; los gemidos escapan en fila por su boca, y bajo la venda se presiente que lloran misteriosos sus ojos. Luego se reclina abatido en

los colchones plegados; niégase á comer, y pasa dos horas en inmovilidad de estatua sombría.

Aprovechando una de sus frecuentes idas y venidas, preguntó á Sor Eustaquia el mendigo Evaristo:

—Dígame, Hermana: ¿qué mal tiene ese enfermo?

La mercenaria miró desdeñosamente al recién llegado, y dejó caer con mal talante estas palabras:

—Es un cochino...

Cuando la campana clamó silencio, aún continuaba en la misma postura cavilosa. Los enfermos se acostaron, y al quedar la sala en mudo reposo, se levantó de la cama, pasándose la mano por el vendaje... Estaba llorando... Después puso en el suelo las sábanas; desdobló jergón y colchones, y lentamente, deslizándose, palpando, acomodó las sábanas, extendió las mantas, ingresó en el lecho. Lloró toda la noche.

Por la mañana le reconoció el médico. Sor Francisca fingióse distraída para salir de la sala mientras Mefistófeles le interrogaba. El enfermo aparecía corrido, costándole trabajo pronunciar la causa de su mal. Mefistófeles repetía:

—No tenga reparo en hablar. Figúrese que hace una confesión.

Pero el enfermo seguía titubeando. El médico le preguntó:

—¿Ha tenido usted algún mal paso, verdad?

Aliviado porque en parte le daba hecha la vergonzosa confesión, respondió conciso:

—Sí.

El médico le quitó la venda, reconoció despaciosamente sus ojos, é inquirió en su cuerpo. Luego volvió á vendarlo, y cuando no podía ser visto del enfermo, cabeceó augurando mal. Sor Francisca volvió á su lado, interrogándole con su rapaz mirada. El doctor le dijo muy quedo:

—Perderá ambos ojos.

Cuando á las once pasó la Hermana distribuyendo medicinas, me levanté de la cama, y empujado de la curiosidad, fui junto á la cabecera del nuevo compañero. Allí estaba la tablilla con su nombre, profesión y estado: pero el renglón de la enfermedad aparecía en blanco... Era tan casta Sor Francisca, que no se atrevió á escribir la gálica palabra.

El enfermo estaba casado y tenía hijos. Procedía de otra población catalana, y vino á ésta en busca de trabajo. Un descuido lo había

puesto en aquel amargo trance cuando su familia iba á llegar. Bien sospechaba él la enfermedad, y el miedo de que viniese su mujer, ignorante del pueblo y sin recursos, le envolvía en densa nube de tristeza. Con palabra afligida rogó la ayuda de uno que supiese escribir. Lastimado de su situación, me ofrecí para servirle de amanuense.

Recomendábale á su mujer que prorrogase el viaje hasta nueva orden suya. Una súbita enfermedad lo había postrado en cama, y como estaba solo, sin dinero y alojado en un mesón, los médicos lo habían recomendado ingresar en el Hospital, de donde pronto saldría repuesto.

Esta carta alarmó á la mujer, y en lugar de obedecer las instrucciones que contenía, vendió los pobres enseres de la casa para emprender el viaje con sus hijos. El primer día ignoró el verdadero mal de su marido; pero la dañosa intención de las Hermanas, que no podían aguantar enfermos inoculados de sucias enfermedades, se lo reveló todo al segundo, haciéndole presagiar la fatal ceguera del enfermo.

Condolidos de la errante mujer, los dueños de la posada le cedieron un hueco para que pudiera cobijarse con sus pequeños. Algunas rebañaduras del Hospital, y una marmita de rancho que por mi intercesión le guardaba el cabo de cocina, les servían de mantenimiento.

Toda la mañana y buena porción de la tarde pasábalas la humilde forastera al lado de su hombre, desvendándole con frecuencia para curarle los ojos inflamados, como si el mucho colirio pudiese aclarar la luz cada vez más turbia.

Cuando la inmovilidad de la cama entumecía al enfermo, ella lo tomaba del brazo, y ahogando lágrimas y fingiendo ánimos lo paseaba por la sala, media hora, una hora, paciente y silenciosa, como si ya presintiese el duro oficio á que el destino la condenaba por siempre jamás.

En uno de estos paseos detúvose bruscamente el enfermo, y dando un fuerte rujido, se llevó ambas manos al ojo derecho. Ella tuvo que sujetarle de los hombros para que no cayese, y ayudada de un mendigo le condujo á la cama. El marido no podía reprimir la agudeza del dolor, y con palabra sorda é intermitente murmuraba:

—¡Cómo me llora, Dios mio!... ¡Cómo me llora!...

Trémula y agobiada, la mujer le desató la venda, y al contemplar el ojo lloroso, quedó atónita, horrorizada. El color se le demudo

súbitamente y la cabeza empezó á decaer en un principio de desvanecimiento. Elevando el rostro desencajado y convirtiendo el ojo hacia la luz, dijo el enfermo con profundo desconsuelo:

—¡No veo!

Ella renació de su turbación al oír la trágica palabra. Pasándose la mano por la frente para disipar sombras y conquistar alientos, le dijo con animosa calma:

—No hagas caso: es que te llora el ojo.

El ojo había estallado.

En seguida empapó algodones en la taza del colirio, limpió la cuenca revuelta, y poniéndole la venda, se alejó con el delantal en la boca para contener un momento el tropel de sollozos que la ahogaba.

Al tercer día estalló con igual violencia el izquierdo.

El ciego Homero hubiese dicho:

—Noche eterna cubrió sus ojos.

La mujer dijo:

—¡Pobres hijos!



## XXXII

Mis brazos han perdido su tirantez estallante, y se muestran blandos, suavísimos, cubierta la piel de grandes manchas parduzcas que en ella puso el linimento ó el yodoformo. El doctor me mira burlón, y pregunta:

—¿Hay deseos de salir?

—¡Muchos!

El sonrío sarcástico, y volviéndose á la gélida Sor Francisca, le dice:

—Alta.

Ya no puedo cerrar los ojos como otros días. El júbilo salta en mi cuerpo echando afuera hasta las sombras del sueño, y apenas salen de la sala médico y enfermera, brinco del lecho, tiro el abominable gorro de borla enhiesta y sacando de la mesita el mio empiezo á vestirme.

Sor Eustaquia entra después en el dormitorio. Al verla siento vivos conatos de reconciliarme con ella; pero viene tan hinchada y augusta, que temo degradarme proponiéndome el olvido de nuestro mutuo aborrecimiento. El entusiasmo se apaga y con palabra precisa le digo:

—¿Puedo marcharme ya?

Ella me pregunta:

—¿No quiere esperar á la noche?

—Prefiero salir cuanto antes.

—Pero es el caso que hoy debe justificar aquí.

—Sé perfectamente que pasarán cargo de esta hospitalidad, pero no importa; comeré fuera.

—Pues si tanta prisa tiene, espere un momento que consulte á la Superiora.

Sor Eustaquia se aleja sonante y rápida. Pasan cinco minutos, y por el dormitorio de las blancas cortinas llega el huracán de su voz:

—Puede marcharse cuando gusto.

Como no dejaba entre los enfermos ningún sincero afecto, prescindí de los saludos individuales, y con un

—¡Que se alivien todos! —me retiré de la sala.

Nadie encontré en el camino. Al llegar ante la puerta vi á la Hermana clavera firme, tersa, marmórea, que ya había entreabierto. Yo le dirigí un conciso adiós, y ella me respondió con un leve movimiento de cabeza.

La puerta se cerró silenciosa y me encontré en el vestíbulo, deslumbrado por los claros raudales de sol, algo aturdido con aquella insólita salida que tenía visos de expulsión... ¡Si al menos hubiese saludado á Sor María de los Angeles!... Por vengarme de la ofensa sentí tentaciones de llamar á la puerta y decir que viniese la blanca paloma; pero la discreción se impuso á la tentación, y salí á la calle resplandeciente de luz.

Al pasar junto á la iglesia vi sus puertas abiertas, y entré decididamente por si doña Venus Sacristana andaba alegrando con la gracia de su sonrisa á los Santos aburridos.

Las luces de que se había empapado mi retina no me dejaron distinguir nada en el interior del templo embalsamado de incienso. Poco á poco fueron disipándose las nieblas, y en el lejano presbiterio vi brillar un punto radiante que parecía un alma temblorosa y aérea.

Mis pasos resonaron profundos en la iglesia desierta: los ecos se remontaron veloces, corrieron por el coro, rebotaron por los muros, se perdieron en el seno de las soledades. Cuando llegué ante el altar, tosí fuerte por si alguien alentaba en aquellas penumbras, y la tos sonó hueca, se dilató, se desparramó por los fríos ámbitos. Tosiendo fuerte y pisando recio, me acerqué á la sacristía. Allí puse fino oído: pasó un rato, y no advertí otros barruntos de vida que los latidos de mi corazón concertando con la pulsación de mis sienes. Muy quedamente, como amado que á hurtadillas busca á su amada, murmuré:

—¡Sor María!...

Por la iglesia corrió un eco extenso é implorón.

Comprendiendo que aquel sonoro recinto era en absoluto abandono de los vivos, me retiré con pausa, rodeado de los fantásticos tumultos que despertaban mis pasos, Al llegar ante la cancela hice una postrer tentativa, y volviendo la cabeza, grité:

—¡Sor María!... ¡Sor María!...

Mi voz se propagó como un lamento, y el lamento se lo sumió el vacío.

Deslumbrado del sol y atónito de verme en libertad, ancha la calle delante, y sobre la cabeza cargada de vagos ensueños la insuperable esmeralda del cielo, recorrí emocionado el trecho que me separaba del Cuartel. La guardia ya no estaba en la puerta, ni la corneta daba al aire sus canciones de oro, ni el tropel de soldados se oía en el patio anchuroso. El vasto edificio dormía empozado en polvo y silencio. Hecho para contener muchedumbres, el abandono había demudado su fisonomía y arrancándole el alma tempestuosa y bélica, dejando sólo su cuerpo indolente y fofo, que al herirlo con los pies, ó al despertarlo con las voces, exhalaba amargas quejumbres de vacuidad y soñolencia.

Viendo despejado el patio, subí á los dormitorios en busca de algún ordenanza. En las hondas cuadras donde los soldados se apretaban como hormigas laboriosas, imperaba igual sosiego que en el patio. Las silenciosas arañas tejían en los rincones sus tenues encajes, y el suelo estaba sembrado de los múltiples despojos que dejan los súbitos abandonos... De un dormitorio pasé á otro, y en todos encontré polvo y telarañas, quietud y ruinas de cosas: el sol bañando sereno y dulce aquella caducidad inservible.

En esto sonaron fuertes martillazos, que repercutieron en las extensas bóvedas, y descendí las escaleras siguiendo la dirección de los golpes. En el almacén encontré á un capitán y dos soldados clavando cajones y guardando capotes en grandes arcas pintadas de azul.

—¿Usted por aquí? —me dijo el capitán sorprendido.— Yo le creía en Barcelona.

—Acabo de salir del Hospital.

—Verdaderamente que huele usted á enfermo.

—El yodoformo que me han puesto en los brazos.

—En los brazos, ¿eh?... ¿Yodoformo en los brazos?... ¡Bien, hombre, bien!...

Aquel olor escandaloso había sugerido al capitán la idea de otra enfermedad. Dejando el tono humorístico, me preguntó:

—¿Quiere esperar que terminemos el empaque para irnos juntos á Barcelona, ó prefiere partir antes?

—Deseo volver lo más pronto posible.

—Pues redacte el oficio pidiendo el pasaporte.

Sobre un arcón escribí con débil pulso el oficio en que lo solicitaba, y dejándolo allí mismo para que el capitán lo firmase, salí á la calle en

busca del almuerzo. Al pasar por una plaza, me encontré á Mefistófeles, que iba visitando enfermos.

—¿Cómo tan pronto?

—Porque el Hospital sentía tanta impaciencia de echarme como yo de salir.

El exageró su sonrisa burlona, y con acento muy significativo, me dijo:

—¡Cuídese!... ¡Cuídese mucho!

Por la tarde vi en un café al joven doctor, y más irónico que Mefistófeles, me preguntó por la salud. Yo le respondí que me encontraba perfectamente, y como si hubiese escuchado las palabras de su colega, me dijo al separarnos:

—¡Cuídese!... ¡Cuídese mucho!

Esta coincidencia y la sonrisilla que acompañó á la frase sentenciosa, me llenaron de secretos cuidados.

Al tercer día llegó mi pasaporte, y en el primer tren salí para Barcelona. Otro sargento ocupaba mi puesto, y yo tuve que resignarme á prestar servicio. Desgraciadamente, fué por muy poco tiempo.

Las Hermanas de la Caridad no me habían curado. Conociendo mi genio áspero é insumiso, renunciaron á la lenta curación por medio de los depurativos, y se esforzaron en solapar el mal ahogándolo temporalmente bajo las densas capas de calomelanos y yodoformo. La enfermedad reapareció bruscamente á los pocos días, Más impetuosa que antes, más ardiente y desoladora.

—¡Doctor, ya renació aquel fuego que habían escondido entre cenizas!

—¿De veras?... ¡Pues agua boricada para apagarlo! ¡No hay como el agua boricada!

Esta vez no me convenció el médico del Batallón sobre la virtud curativa del agua boricada, y apenas tocaron marcha, fui en busca de otro charlatán, que me recomendó como eficacísimos los baños sulfurosos de no se donde.

—Crea usted que para ese viaje no necesito mochila —le dije.

—¿Cómo?...

—¡Sin duda se ha figurado usted que soy algún Capitán General para permitirme el lujo de visitar balnearios!...

A seis reales cada baño los estaba tomando en la Rambla, sin éxito perceptible, cuando una mañana me vió el Teniente Coronel, y

reparando en los brazos vendados, me dijo:

—¿Otra vez?

—Otra, mi Teniente Coronel.

—Pero, ¿qué han hecho en el Hospital?

—Me han hecho perder el tiempo.

—Quítese las vendas.

Cuando vió mis brazos hinchados y en carne viva, hizo un gesto de sorpresa, y con su voz estentórea, exclamo:

—¿Y está usted en el Cuartel?... Dígale al médico que le extienda la baja.

—Pero, mi... mi Teniente...

No me hizo caso. Crespa la perilla, resonantes las espuelas, se alejó con marcial énfasis corredor adelante.

Al otro día ingresé en el Hospital Militar.



## XXXIII

Los enfermos estamos acostados. Un sanitario espera en la puerta, tohalla al brazo y palmatoria encendida. Reina temeroso silencio. El sanitario se cuadra marcialmente, y sin mover apenas un músculo de su cara, grita con brío:

—¡Sala: el médico!

Restitúyese el silencio hasta percibirse la respiración de los enfermos. El médico entra severo y callado, cubierto con teresiana. Detrás viene el cabo de sala: á continuación otro sanitario con cuaderno abierto y lápiz apercebido.

El médico se acerca á la primer cama: el sanitario le alumbra; el libretista lee en su cuaderno lo que el día precedente recetó el doctor. El enfermo apura de un sorbo su medicina que un rato antes le llevo el practicante... Para impedir que por odio al Cuartel arrojen los soldados la medicina y prolonguen la duración de la enfermedad, el médico exige que tomen en su presencia lo que receta.

Cuando llegan ante mi cama, dice el sanitario:

—Entrante.

Me incorporo en el lecho, y empiezo á quitarme las vendas. Los eczemas en supuración retienen el lienzo con que encubro mis brazos, y voy levantándolo muy poco á poco para no concitar grandes dolores. El médico allega su recia mano, coge de un extremo, y arranca violentamente lienzo y eczemas, que van á parar en medio de la sala. Yo elevo la cabeza con los ojos en blanco reprimiendo un grito doloroso, y en este momento da otro feroz tirón el verdugo, y descubre mi brazo izquierdo. Ambos chorrean sangre. Aún no repuesto, me pregunta con sequedad:

—¿Ha padecido enfermedades venéreas?

—No, señor.

—Acuéstese.

Me tiendo en la cama; él lanza fuera la ropa que me cubre, y minuciosamente reconoce todo mi cuerpo. Luego me arroja en un puñado la ropa de que me despojó, y se aleja dictando al libretista no recuerdo que cantidad de arsénico.

Cuando la visita termina, sacan los enfermos el traje azul ribeteado de grana que el Hospital les entrega, y comienzan á vestirse. Como al entrar me quitaron el uniforme, llamo al sanitario, requiero un traje, y él me contesta:

—Cuando el médico lo ordene.

Al medio día traen la comida. En un plato me vierten sopa, y cuando llega el cocido, pasan de largo ante mi cama. Reclamo mi ración, y el sanitario me arguye:

—Cuando el médico lo disponga.

A las cuatro de la tarde siento mortales desfallecimientos, y empiezo á renegar del Hospital, del médico y de mi sombra.

—¿Hasta cuándo me tendrán á dieta? —pregunto á un enfermo que pasea.

—Nadie lo sabe.

—¡Pues ya sé bastante!

—Al medico le sobra talento: pero es tan distraído, que lo mismo puede tenerle ayunas dos días, que dos meses.

—Mejor: así aprenderá á no comer. ¿Y cuando me dará traje?

—¡Uf! No tenga prisa.

—Pues voy á divertirme.

—No se apure. ¿Tiene dinero?

—No mucho.

—¿Quiere usted ropa? Ofrezcale una peseta al sanitario. ¿Desea comer? Un real panecillo y onza de chocolate; dos reales, ración de huevos; tres, de menudillos; cuatro, de gallina...

—¡Sanitario! ¡Sanitario!

Llega el sanitario, y le abordo sin repulgos:

—Oiga usted, amigo: ni mi enfermedad pide reposo, ni aconseja ayuno. Necesito traje, una ración de huevos y otra de gallina.

—Mucho pide usted, Todo eso valió medio duro.

—Ahí esta.

El sanitario se guarda el dinero, da media vuelta, y vuelve á los cinco minutos trayéndome lo pedido.

—Sólo una cosa le encargo —me dice,— Que esconda bien la ropa cuando venga el medico.

A los diez días de estancia en el Hospital Militar, el doctor desfrunció sus labios olímpicos para dictar al cabo:

—Media ración.

Durante la tercer semana, ordenó:

—Ración entera.

Al mes, volvió á decir:

—Ropa.

¡Estaba lucido el médico!

Ningún recuerdo emocionante conservo de esta segunda etapa hospitalera. Los enfermos no estábamos revueltos como en aquel abominable establecimiento, asistido por Hermanas de la Merced.

Había dos grandes sala de medicina; dos de cirugía; una de oftálmicos; otra que nos albergaba á los enfermos de la piel...

Ocho ó diez Médicos Mayores, inteligentes casi todos, curaban empleando radicales procedimientos...

El «Cuarto de las patatas» estaba siempre bien surtido; pero como en mi sala no agonizaba nadie, ojos que no ven... El tiempo se deslizaba calmoso, aunque menos aburrido que en Manresa. Los rezos no runruneaban monótonos y adormecedores: contábanse historias de Cuartel sazonadas de robos y vilezas, á que hemos convenido en llamar gracias picarescas del soldado, promovedoras de la risa; léíanse folletines de aventuras espantables, y sobre una cama se establecía la banca, los enfermos acudían de otras salas, y el más fullero se llevaba las monedas, mientras el sanitario explotaba el juego cobrando el asiento, vendiendo aguardiente y sacando una peseta de cada café que encargaba al establecimiento próximo.

La comida era muy aceptable, y las raciones extraordinarias, tráfico establecido entre los sanitarios y la cocina, hacían más llevadero el tiempo.

¿Cuánto estuve en este segundo Hospital?...

¿Tres meses?...

¿Cuatro?...

He perdido la cuenta.

**FIN**



MANUEL CIGES APARICIO (1873—1936). Escritor y periodista. Huérfano de padre se trasladó con su madre a Azuaga (Badajoz). Estudió segunda enseñanza en Badajoz. Regresó a Enguera y sentó plaza como soldado en marzo de 1893. Su primer destino fue Cataluña y posteriormente Cuba.

El 1 de enero de 1896 publicó con el seudónimo «Escipión» un artículo en *El País* reclamando la autonomía para Cuba. Una vez en la isla comenzó a remitir correspondencias a Henri Rochefort para *L'Intransigeant* criticando las operaciones militares y la política de Weyler. Interceptadas sus cartas fue acusado de alta traición, siendo encarcelado en la fortaleza de La Cabaña hasta mediados de 1899.

De regreso a España trabajó en las redacciones de *El Pueblo* (Valencia), *Vida Nueva* (Madrid), *El País* (Madrid), *El Progreso* (Zaragoza, 1903—1904) y militó en el republicanismo. Entre 1903 y 1910 publicó cuatro libros autobiográficos, *Los cuatro libros: El libro de la vida trágica: del cautiverio* (1903) relata su estancia en la prisión colonial y fue un auténtico éxito, de forma que se reimprimió cuatro veces más; con él inició la serie, compuesta además por *El libro de la vida doliente: del hospital* (1906); *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra* (1906) y *El libro de la decadencia: del periodismo y la política* (1907); y dos de denuncia social en la serie «Las luchas de nuestros días»: *Los vencedores* (1908) y *Los vencidos* (1910).

Ingresó en el Partido Socialista Obrero Español en noviembre de 1909, poco antes de abandonar España rumbo a París, perseguido por la ley de Jurisdicciones. En la capital francesa perteneció al Grupo Socialista Español y allí recibió la visita de Pablo Iglesias en 1910 cuando éste iba camino de Copenhague para participar en el Congreso de la Segunda Internacional. Recorrió el norte de Africa como enviado especial de El Pueblo y poco a poco se fue alejando del socialismo. En 1916 visitó al rey Alfonso XIII en el Palacio para hacer gestiones favorables a los presos en poder de las potencias germánicas lo que le valió ser dado de baja en el Grupo Socialista Español de París en enero de 1917. Ese mismo año regresó a Madrid para incorporarse a la plantilla de El Imparcial como analista de política internacional, puesto que ocupó hasta 1925.

En 1928 y 1929 fue director de La Voz de Aragón (Zaragoza). Políticamente se aproximó al republicanismo y, en concreto, a Manuel Azaña. Fue Gobernador civil de Baleares desde el 16 de febrero de 1933 al 21 de diciembre de 1935. Colaborador de El Liberal y El Mercantil Valenciano y creador de Política, diario de Izquierda Republicana. Tras el triunfo del Frente Popular fue nombrado Gobernador civil de Santander (22 de febrero a 3 de junio de 1936), Lugo (3 de junio a 5 de julio de 1936) y de Avila desde esa fecha, donde le sorprendió la rebelión militar del 18 de julio de 1936.

Detenido, fue fusilado en Avila el 5 de agosto junto a Licinio Avila, concejal y fundador del socialismo en dicha ciudad y Manuel Alonso Zapata, diputado socialista por Madrid en 1933.

# Notas

[a] En la presente edición se han mantenido las normas ortográficas de la edición de 1906, a partir de la cual se ha realizado esta. (N. del E. D.). <<

[1] Errata de la edición original, donde aparece *apuellos*. (N. del E. D.). <<

[2] Errata de la edición original, donde aparece *Y opreso*. (N. del E. D.). <<

## Índice de contenido

Cubierta

El libro de la vida doliente: del hospital

I[a]

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

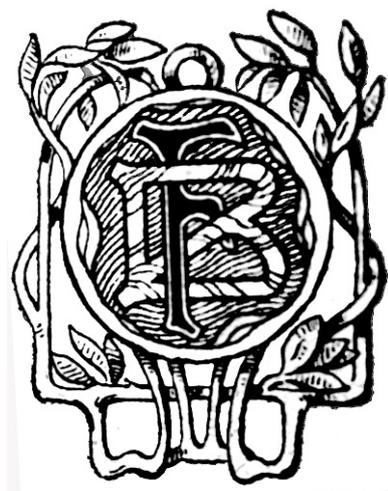
Sobre el autor

Notas



**IMPRESO**  
**EN LA IMPRENTA**  
**de**  
**Bernardo Rodríguez.**  
**Barquillo, núm. 8.**  
**MADRID**

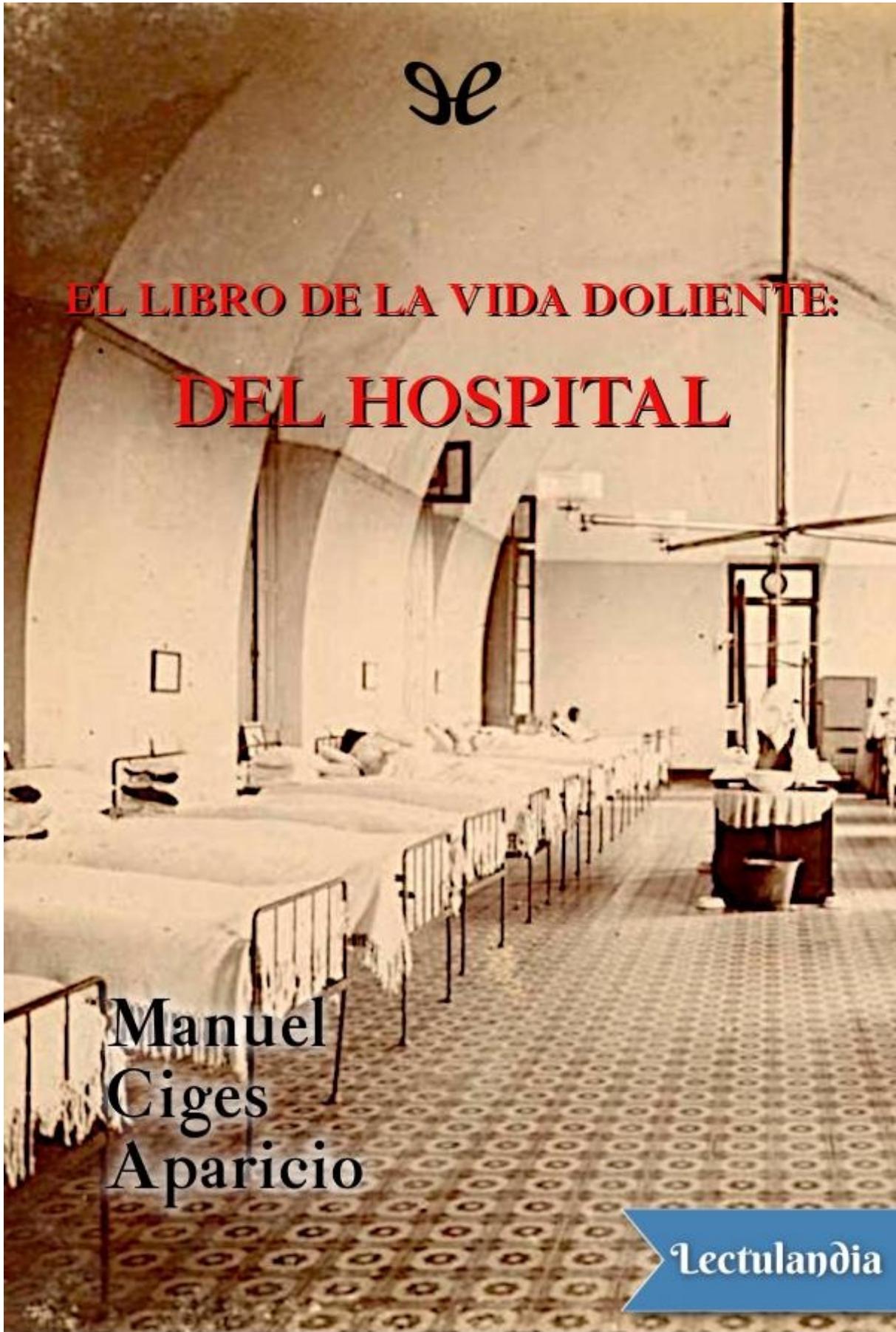






A decorative flourish consisting of two stylized, mirrored curves that meet at the top and bottom, resembling a calligraphic 'S' or a similar symbol.

# EL LIBRO DE LA VIDA DOLIENTE: DEL HOSPITAL



A historical black and white photograph of a hospital ward. The room features a series of beds with metal frames and white linens, arranged in a long row. The walls are arched, and there are large windows. A nurse in a white uniform is visible in the background, and a table with a white cloth is in the foreground. The floor has a patterned tile design.

Manuel  
Ciges  
Aparicio

Lectulandia